



FOCIÓN Y SUS CRÍTICOS MÁS RECIENTES

UNA CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA
Y POLÍTICA GRIEGAS

7

JACOB BERNAYS

Berlín, 1881



Traducción y edición:
Venancio Andreu Baldó y Adrià Fernández Lull

1. CRÍTICA DE FOCIÓN EN EL SIGLO XVIII

Los escritos latinos de ocasión compuestos por Gottlob Heyne para la universidad de Göttingen durante casi medio siglo (1763-1808), que ahora están agrupados en los seis volúmenes de sus *Opuscula*^I, ejercieron con su aparición, y todavía largo tiempo después, una influencia en el desarrollo de la vida espiritual alemana tal como por lo demás no suelen ejercerla los productos de la literatura programática. Desde luego circunstancias externas, ya desaparecidas, contribuyeron no poco a ello. La posición significativa de la Universidad de Göttingen en el siglo XVIII, lo que se había tornado paulatinamente —sobre todo mediante el contacto de Hannover con Inglaterra— en una posición mundial, garantizaba atención y difusión a toda persona competente que de allí saliera. A la sombra de la ausencia de censura académica —la cual fue mucho más efectiva y real en Göttingen que en las restantes universidades alemanas, en gran parte desde luego como efecto retroactivo de la libertad de prensa inglesa— Heyne pudo, al igual que Michaels y Meiners, entregarse sin restricciones a su natural espíritu libre. Además la capacidad de leer latín de forma fluida no estaba limitada en absoluto en el XVIII —como fuera el caso a finales del XIX— al estrecho círculo de los eruditos. Con todo, las circunstancias externas solo pueden ser consideradas como causas secundarias que favorecieron este efecto. La causa principal venía dada por el gran valor interno —para la época, y todavía hoy no extinto— de aquellos pequeños ensayos. Heyne estaba condicionado tanto por los aspectos positivos y las carencias de su naturaleza como por su condición de escritor de Programas. Esta le negó la incisiva agudeza de espíritu y la persistencia en la capacidad de trabajo que son condición forzosa para poner en marcha, a partir de momentos específicos perfectamente verificados, una obra más grande capaz de desafiar a su tiempo; todas sus obras más voluminosas han debido desalojar, pocas décadas después, el brillante lugar ocupado en una primera instancia. Por el contrario poseía una mirada clarividente para los materiales fructíferos, la pasión de un hombre de negocios para esbozar planes que otros pudieran llevar a cabo. Y sobre todo poseía —en una medida poco frecuente entre los eruditos— un sentimiento para lo efectivo en cada momento dado o, para utilizar una expresión de los periodistas franceses, un sentido de la actualidad. De esta manera pues, durante el cuarto de siglo pacífico entre la Guerra de los Siete Años y el comienzo de la Revolución Francesa, adaptó con feliz

aciertos los materiales de sus Programas a las más altas inclinaciones científicas que se alzaban por doquier en aquella floreciente generación del nuevo espíritu alemán. Así contribuyó a la depuración y clarificación de las visiones mitológicas de la antigua “historia de los pueblos”, de manera tanto más sugestiva cuanto menos quería, y podía, pretender agotar el material. Hombres como Herder, en cuyas *Ideas*¹ fue elogiado como el “más sutil investigador de la historia griega”, y donde fue mencionado con más frecuencia que cualquier otro filólogo, trataron de cuidar estas semillas sembradas por Heyne y utilizarlas para un círculo más amplio de lectores. Pero cuando la excitación política se apoderó de las mentes, en los años previos a la Revolución Francesa, y el manifiesto espectáculo de la revolución agitó los ánimos, entonces Heyne escogió sus materiales con una referencia más evidente a los acontecimientos contemporáneos. Los tratados compuestos durante los años de terror ya apuntaban, en el título, en dicha dirección. Entre ellos la discusión sobre las leyes del campo —que fuera motivada por la apelación comunista a una *loi agraire*, y que portaba el epígrafe de *leges agrariae pestiferae et execrabiles*—,² alcanzó una importancia científica determinante por el hecho de ser la primera exposición certera, luego desarrollada por Niebuhr, sobre el alcance de las *leges agrariae* romanas, las cuales estaban circunscritas al campo comunitario. Ahora bien, del hecho de que —incluso allí donde el título calla y el contenido no lo delata al lector de hoy—, a menudo había con todo una intención política colateral, la cual era completamente evidente para los contemporáneos, de ello ofrece un claro ejemplo la naturaleza del *Foción*.

El *Foción* apareció como Programa con motivo del cambio del Representante del Rector, el 2 de enero de 1787, y está recogido en el volumen III —ya editado al año siguiente, 1788— de sus *Opuscula*. Sin duda es inconfundible en él la tendencia a matizar la admiración por el héroe ateniense de la virtud, y con una crudeza un tanto llamativa afirma³ que su comportamiento en el último período de su vida no puede fácilmente verse libre del “reproche de partidismo, obstinación y arbitrariedad”. Sin embargo tal censura no incluye en el propio tratado referencias concretas a personas y situaciones del presente. La breve insinuación⁴ según la cual “la memoria de Foción habría recibido nueva vida en el presente” resulta incomprensible para un lector actual de los *Opuscula*, especialmente si no está instruido. Todavía comprende menos

¹ Libro 13, c. 1.

² *Opuscula* 4, pp. 351-373. Una versión alemana se publicó al mismo tiempo en los *Politische Annalen* de Girtanner, 1793, vol. 3, p. 193. Este trabajo de Heyne fue puesto de relieve por Niebuhr en *Römische Geschichte* 2, Nota 271.

³ P. 355: “*Phocionem a ninimio partium suarum studio, a pertinaciae et imprudentiae culpa liberare haud facile est.*”

⁴ P. 355: “*Phocionem dicimus, cuius etiam novissimus temporibus recordatio et memoria revixit.*”

por qué Heyne, al recoger en esta colección un Programa aparentemente inofensivo, se sintió obligado a enfatizar de forma expresa, en una nota suplementaria —que por lo demás no ilustra en absoluto el asunto—, su “malestar” con la formulación.⁵ Ahora se dice que en el Programa el comportamiento de Foción era sentido —entre los más allegados de Heyne y en los círculos más elevados— como una mordacidad hiriente, y que en general era interpretado así por los contemporáneos. De ello se percató por primera vez el autor de estas páginas cuando, estudiando las obras de Mirabeau, leyó el escrito *Aux Bataves sur le Stathoudérat* [*A los Bátavos acerca del Estatuderato*, V. A.]. Dicho escrito apareció cuando las tropas prusianas invadieron los Países Bajos a raíz de las luchas entre el partido de Orange y el de los Patriotas. Está fechado el 1 de abril de 1788 y habla con estruendo de trompeta, como dicha fecha permite suponer, sobre la Revolución Francesa, para cuya historia el mismo no ha sido olvidado, ni puede serlo, por su “grito de maldición contra los pueblos agradecidos”⁶ y por su enumeración en 26 párrafos, con una formulación ya muy clara, de los Derechos Humanos.⁷ Como la mayoría de los escritos del impetuoso orador, este también nos hace añorar ese arte de la disposición calculada que por lo demás tanto se ha alabado a los franceses. La luminosa locuacidad de la apelación “a los Bátavos” ocupa solo la parte más pequeña del volumen. La más amplia contiene materiales sobre la historia, más antigua y más reciente, de los Países Bajos; los materiales están presentados, o más bien esparcidos, en largas “notes” sin conexión. La nota 25 está consagrada al tutor de Guillermo V de Orange, el duque Ludwig Ernst von Braunschweig, quien hubiera de deponer sus cargos y abandonar los Países Bajos en el año 1784. Después de informar sobre el documento oficial completo de la así llamada “*Consultationsacte*” del 3 de mayo de 1776, mediante la cual el Orange ya mayor de edad, de 18 años, concedía a su hasta entonces Regente el mantener de hecho sus plenos poderes previos, concluye la nota con los siguientes datos (2, p. 123), cuya reproducción no abreviada es imprescindible para el objetivo que nos proponemos:

M. Schloetzer, savant Professeur d'histoire à la Université de Goettingen, a fait imprimer en 1786 une apologie fort ample du Duc de Brunswic relativement à sa conduite en qualité de tuteur et d'ami de Stathouder. Il a mis à la tête de cet écrit une gravure représentant la tête de Phocion, d'après une pierre Antique; et dans le cours de

⁵ P. 363: “Nullum animi iudicium praeconceptum aut studio vel ira inflexum attuleram.”

⁶ I. p. 26: “Malheur, malheur aux peuples reconnoissans! Ils cèdent tous leurs droits à qui leur en a fait recouvrir un seul! Ils se forgent des fers! Ils corrompent, par une excessive confiance, jusqu’au grand homme, qu’ils eussent honoré par leur ingratitude!”

⁷ I. pp. 116-138: “Le tableau des droits qui vous appartient en qualité d’hommes!”

l'ouvrage il compare fréquemment les services du Duc à ceux de Phocion et les torts prétendus des Hollandois envers le Duc à ceux des Athéniens à l'égard de Phocion. Quelques renseignemens sur la pierre gravée terminent le livre. L'auteur s'attache à prouver qu'elle représente indubitablement la tête de Phocion. À peine cet ouvrage eut il paru, que le célèbre Heine, Colleague de Scholtzer, profitant de l'occasion d'une solennité académique, publia un programme, où, sans faire aucune mention de l'apologie citée, il discute l'histoire de Phocion; il soutient que l'on n'a accoutumé de juger ce personnage illustre que d'après le récit de Plutarque, et il oppose à celui-ci le témoignage de quelques autres anciens historiens; il montre qu'à bien des égards on devrait changer de sentiment sur Phocion, et il prouve surtout, qu'en supposant même toute la conduite de Phocion dictée par des vues louables, il n'en était pas moins devenu dangereux pour la liberté des Athéniens par la protection outrée qu'il accordoit aux Macédoniens ses compatriotes,⁸ et que, sous ce aspect, le peuple d'Athènes n'étoit nullement blâmable de l'avoir immolé aux intérêts de la patrie. M. Heine réfute ensuite l'opinion de M. Schloetzer concernant la pierre antique que l'on croit représenter la tête de Phocion. Il fait voir que ce nom n'est pas celui du personnage représenté, mais la signature d'un Artiste beaucoup plus moderne, etc. Cet écrit excita vivement la curiosité par les applications, dont il était susceptible. M. Heine crut devoir soutenir son système et l'appuya de quelques nouveaux détails dans une Gazette Littéraire imprimée à Goettingue et très-répandue dans l'Etranger. Nous ignorons si M. Schloetzer a répondu.

La noticia sobre el estado de cosas aquí expuesto podía llegar fácilmente a conocimiento de Mirabeau, pues en el año 1787, cuando apareciera por primera vez el Programa de Heyne, viajó al norte de Alemania y estuvo en contacto con los círculos más cultivados del lugar^{II}. La noticia se confirma hasta el último detalle si indagamos en ello. De hecho el muy afamado, como historiador y periodista, Profesor August Ludwig Schlözer fue convencido por el duque de Braunschweig, por mediación del último príncipe de Hardenberg, para componer a partir de la masa de papeles recibida un escrito de defensa, el cual, recompensado brillantemente “con dinero y piedras preciosas”, fue leído con avidez en tres ediciones, las cuales se sucedieron rápidamente la una a la otra y aportaron a Schlözer la extraordinaria suma, para aquella época, de más de mil ducados.⁹ El Prólogo de la primera edición data del 15 de septiembre de 1786, y la página del título está ocupada, hasta la mitad, por un grabado en cobre de una gema con la leyenda “ΦΩΚΙΩΝΟΣ” [*De Foción*, V. A.], lo que Schlözer considera de forma expresa, al final del

⁸ En honor al conocimiento histórico de Mirabeau supongamos que, delante de “ses compatriotes”, ha desaparecido la palabra “contre” por un error de imprenta. Desde luego esta expresión sigue estando formulada todavía de forma completamente torpe. La ortografía del extracto de arriba es la del original de 1788.

⁹ Véase *Schlözer's öffentliches und Privatleben*, de su hijo mayor Christian von Schlözer (Leipzig, 1828), 1, pp. 342 y 343.

índice onomástico, el retrato de Foción.¹⁰ Mediante este frontispicio el desterrado Braunschweig era equiparado, de manera harto llamativa, al virtuoso ateniense, y además, como insinúa correctamente Mirabeau, en el curso del libro se comparan a menudo los servicios de Foción con los del duque, y el comportamiento supuestamente incorrecto de los holandeses con respecto a él con el de los atenienses con respecto a Foción.¹¹ Ello es especialmente visible allí donde se menciona la resolución de los Estados de Holanda, del año 1784, desfavorable al duque. Schlözer dice (p. 75 de la primera edición, 87 de la tercera) que si a raíz de esta resolución se afirmara que “el duque ha sido despojado por el Soberano de Holanda, por su Soberano”, ante tales afirmaciones “solo podría pensarse en aquellas de la historia antigua: el honesto anciano Foción fue condenado a muerte por su Soberano (la can...)”¹² de Atenas, Roma fue incendiada mediante resolución de su Soberano (Nerón)”.

La vehemencia contra todos los partidos democráticos, que ya se destaca en este pequeño ensayo, se expresa casi en cada página del libro de Schlözer, y debía lógicamente ser un acicate para los que tenían un parecer diferente. Heyne, quien —como tantos eruditos alemanes en aquel período prerrevolucionario, y pese a todas las precauciones en el comportamiento externo— abrigaba con todo inclinaciones favorables a la libertad, y para quien desde luego tampoco resultaron de su agrado las consecuencias pecuniarias del escrito apologético de Schlözer, se complació en aprovechar la oportunidad para amortiguar la influencia política del mismo al tiempo que, de paso, desde su condición de erudito, hacía que se tambaleara la comparación del duque con Foción. Como ocasionalmente hace notar Mirabeau, Heyne obvia en su Programa universitario —el cual se publicó apenas tres meses después de la aparición del escrito de Schlözer— toda mención expresa a su colega Schlözer, y los asuntos holandeses son igualmente pasados por alto. Pero de hecho la consideración introductoria sobre la contemporaneidad del tema —la cual, al ser recogido el Programa en los *Opuscula*, queda reducida a las frases mencionadas arriba, no comprensibles por sí

¹⁰ El título completo de esta primera edición, redactado intencionadamente en un estilo de cancillería, reza: “Ludwig Ernst, duque de Braunschweig y Lüneburg, canceller real y del Alto Imperio Romano. Un informe según las actas del proceso contra su persona, durante el tiempo en el que ocupó, desde la más elevada posición, los puestos de Mariscal de Campo, Tutor y Representante del señor Albacea Príncipe Guillermo V de Orange, en la república de los Países Bajos Unidos. Göttingen, 1786”. El nombre de Schlözer no aparece en el título, sino solo bajo el Prólogo.

¹¹ Por ejemplo en las páginas 272, 278, 319, 418, de la primera edición, y 312, 318, 362, 471, de la tercera.

¹² Los puntos proceden de Schlözer quien, por lo demás, desde luego, utiliza las expresiones más enérgicas y rudas sin pudor, pero sin embargo no se atrevió, dado el sentido del gusto alemán de entonces, a escribir con todas las letras la “*canaille*”.

mismas— era originalmente tan detallada¹³ que ningún lector informado sobre el escrito de Schlözer podía desconocer la referencia al mismo. En el propio debate histórico se esfuerza Heyne por mostrar que en la lucha partidista, de la que cayó víctima Foción, no habría estado toda la injusticia en un solo bando, esto es, en el lado democrático hostigado de forma tan virulenta por Schlözer. Y en una larga reseña sobre las obras de arte que tiene como referencia a Foción se afirma —respecto de aquella gema que Schlözer había utilizado para el frontispicio— que en absoluto representa a Foción, sino que la inscripción ΦΩΚΙΩΝΟΣ designa al tallista. Una auto-reseña aparecida catorce días después en el *Göttingische Anzeigen von gelehrten Sachen* (Noticias de Göttingen sobre cuestiones eruditas), del 15 de enero de 1787, dio ocasión a Heyne para defender —en un alemán vigoroso, y de una manera más minuciosa de lo que había sido el caso en los pequeños escritos latinos—, al *demos* ateniense, vilipendiado como “*canaille*” por Schlözer —el cual sigue aquí sin ser mencionado—, para destacar “la enorme culpa de Foción como ciudadano y magistrado”, y para dar expresión desatada a su profundo rechazo de la “política real” macedonia, que él compara con un “mildiu venenoso”. Especialmente debió contrariar y herir a Schlözer el que se sacara a colación el error del frontispicio. Con todo perseveró en ello en la segunda edición, la cual apareció ya dos meses después del Programa de Heyne. Y el Prólogo^{III}, datado del 1 de marzo de 1787, solo comenta a este respecto que la autenticidad de la gema “habría sido negada de forma breve en un Programa de Göttingen, si bien sin aportar testimonios o pruebas”. Heyne creyó satisfacer esta exigencia de “testimonios y pruebas” remitiéndose brevemente, al recoger el Programa en los *Opuscula*, a la *Historia del arte* de Winckelmann.¹⁴ Posteriormente ha

¹³ Reza en efecto en la p. II de la impresión original, que ahora es difícil de encontrar:

Phocionem dicimus, cuius etiam novissimis temporibus recordatio ac memoria revixit comparatione facta inter eum et Principem vivum summis in rep. honoribus et dignitatibus ornatum iisdemque inter factionum furores exutum. Alienum esset ab hoc consilio ac tempore, quo haec scribuntur, comparationem hanc aut verbis persequi aut ad iudicii trutinam expendere: contra consentaneum saltem hoc, ut viri antiqua memoria celebrati virtutem recolamus. Imprimisque res eius in rep. gestas studiaque et concilia accuratius cognoscamus, quibus ille in tanta adversae factionis odia incidit ut capitis periculum adiret.

En los *Opuscula* 3, 346, está suprimida toda la parte del comentario desde la línea 2 “*comparatione*”, hasta la línea 4 “*exutum*”, y en lugar de “*comparationem hanc*” de la línea 5, están las palabras “*laudes eius*”, que son una chapuza posterior para evitar la ruptura de la conexión lógica.

¹⁴ P. 351 de la primera edición, 229 de la impresión de la misma por Lessing (Berlín, 1874).

resultado que Winckelmann y Heyne todavía fueron muy condescendientes en su juicio sobre la gema; en absoluto es antigua, sino que fue manufacturada en el siglo XVI por Alexander Caesari.¹⁵ Pero es que la naturaleza de la gema es en el fondo para Schlözer solo una cuestión secundaria. Por eso en dicho Prólogo a la segunda edición prosigue de la siguiente manera: “Ese retrato, sea por ende auténtico o no, icon todo se mantiene también en esta segunda edición debajo del nombre de Ludwig! Pues Foción sigue siendo el honesto anciano de 84 años de siempre. Sigue siendo el inocente inmortal que hace 2.105 años tuvo la desgracia de ser despedazado por un animal salvaje, la plebe tumultuosa de Atenas (“χαλεπωτατον θηριον” [“el animal más terrible”, V. A.]¹⁶ lo denomina su por lo demás buen amigo Demóstenes.

Con todo todavía en ese mismo año de 1787 Schlözer se vio forzado a rebajar considerablemente tal tono de suficiencia que descansaba en un supuesto *consensus gentium*. En los debates de la Academia Francesa sobre las inscripciones¹⁷ Rochefort sopesó el mérito de Foción frente al de Demóstenes y atribuyó al hombre tan ensalzado por Schlözer una “política de servidumbre”. El informe sobre estos debates, elaborado sin duda por Heyne, para el *Göttingische Anzeigen* del año 1787,¹⁸ no desaprovecha la ocasión para destacar el juicio desfavorable de Rochefort sobre Foción. Ciertamente en el año 1787 apareció la obra de Konrad Mannert —quien más tarde se hiciera célebre por sus trabajos geográficos— *Geschichte der unmittelbaren Nachfolger des Alexanders*, en la que aquel llega a la conclusión, después de ponderar de forma exhaustiva las circunstancias que dieron lugar al resultado final (p. 143), “que sería sin duda conceder excesivo honor a Foción si fuera celebrado en la Historia como un mártir en aras del bien del Estado”. Ahora Schlözer se sintió obligado, en consideración al duque de Braunschweig, a justificar de manera detallada su admiración por el griego, con el cual había comparado al duque, contra la crítica desatada. En la tercera edición —provista, amén de la gema, de una silueta del duque—, consagró a este objetivo un Apéndice especial, que es declarado, en el Prólogo datado del 1 de diciembre, como “absolutamente irrenunciable si se pretende que la imagen de Foción —un Foción nunca antes, pero sí recientemente, impugnado por tres eruditos, de manera conjunta—, se

¹⁵ Véase Fiorillo, *Pequeños Escritos*, 2, 192; Visconti, *Oeuvres diverses* 2, 296; R. Rochette, *Lettre à M. Schorn*, p. 148.

¹⁶ La falta de acentuación procede de Schlözer, quien no consideró necesario aportar la fuente de esas palabras; están tomadas de la *Vida de Demóstenes* de Plutarco, c. 22, cuando, al irse al exilio, alza las manos contra la Acrópolis y grita: “ὦ δέσποινα Πολιάς, τί δὴ τρισὶ τοῖς χαλεπωτάτοις χαίρεις θηρίοις, γλαυκὶ καὶ δράκοντι καὶ δήμῳ;” [“¡Oh dueña de la ciudad! ¿Por qué te complaces con las tres bestias más difíciles, la lechuza, la serpiente y la plebe?”, V. A.]

¹⁷ Vol. 43 (1786), p. 34.

¹⁸ 20 de octubre, Ejemplar 168, página 1680.

mantenga en la página del título no solo en buen estado, sino incluso sin ofensa real alguna”. Este Apéndice —del que no tuvo noticia Mirabeau, como muestran las palabras finales de sus afirmaciones arriba mencionadas— menciona sin duda otra vez (p. 775), si bien con brevedad intencionada, el Programa de Göttingen. También es tenido en cuenta, por encima, Rochefort. Pero los intentos de refutación más minuciosos van dirigidos contra Mannert. En el Apéndice se presentan las acciones y sufrimientos, tanto del duque como de Foción, de forma entrelazada e ilustrándose mutuamente. No solo ambos hombres de Estado son comparados desde todos los aspectos posibles; el pueblo ateniense y los líderes del partido antimacedonio son objeto de censura, de igual manera que en la obra principal lo era el partido holandés de los Patriotas. Como prueba de la censura de Schlözer sea suficiente mencionar que él nombra una vez a Demóstenes (p. 774) como un “hombre declaradamente repelente”, y enseguida, como si efectivamente lo hubiera demostrado, dice sin más (p. 777) “el repelente Demóstenes”, y finalmente, allí donde menciona conjuntamente a Demades y Demóstenes (p. 784), exclama entre paréntesis: “¡Qué deshechos de seres humanos!”.

La manera en que aquí, sobre las espaldas del viejo Foción y de Demóstenes, se libra una lucha de opiniones sobre el derecho o la injusticia de Braunschweig y de los holandeses, no puede dejar de observarse hoy en día sin una sonrisa. En la época de Schlözer tal proceder no era en sí tan llamativo. Hacia finales del siglo XVIII las grandes figuras históricas de la Antigüedad clásica eran familiares como fisonomías políticas —desde luego a veces con rasgos deformados o incluso embellecidos de manera injustificada— para todo el mundo literario culto de todos los pueblos y culturas, y la controversia política en parte se aminoraba, en parte se agudizaba, encubriendo las opiniones sobre personas y partidos del presente mediante el juicio sobre seres humanos y asuntos griegos y romanos. Es sabido que la Revolución Francesa conformó de esta manera una fraseología completa, calculada para el uso cotidiano, cuyo último giro, y de más largo alcance, puede ser la carta del primer Napoleón vencido al príncipe regente, en la cual le anuncia que “como Temístocles, él se asienta en el hogar del pueblo inglés”. Pero también en la concepción de eruditos serios confluían, de una manera ahora extraña para nosotros, las figuras antiguas y las modernas. Esto se deja apreciar especialmente en el caso de Niebuhr, mucho más próximo al siglo XVIII que al XIX. Por ejemplo pierde todo sentido su caracterización de M. Manlio Capitolino^{IV} si no nos damos cuenta de que este cuadro histórico fantasioso está esbozado según el retrato de Mirabeau, tal como este se reflejaba en la cabeza de Niebuhr, y su comparación de Goethe con M. Valerio Corvo¹⁹ raya ya sobremanera,

¹⁹ *Römische Geschichte* 3, nota final 235.

para nuestra sensibilidad, en lo extravagante. De esta manera Foción se convirtió entonces, mediante aquellas referencias pomposas del siglo XVIII a la Antigüedad, también en un nombre genérico para los hombres de Estado virtuosos. Una parte no insignificante de esta glorificación puede ser atribuida a las ambiguas impresiones de juventud extraídas de Cornelio Nepote; las narraciones leídas en el libro de texto sobre la estricta moral de Foción se incrustaron en su memoria, desplazando el recuerdo de los rasgos menos agradables, los cuales habían sido explicitados precisamente por Nepote en su retrato del promotor del dominio macedonio —con una acritud por lo demás inhabitual en él, pero explicable desde su posicionamiento respecto del partido de César—. ^v Con todo en el caso del siglo XVIII el nombre de Foción fue revestido con la apariencia sagrada de un hombre de Estado moral gracias básicamente a un libro, muy leído en toda Europa, del abad de Mably, cuya pluma en el ámbito del periodismo era en aquella época tan influyente como lo fuera en el ámbito filosófico la de su hermano el abad de Condillac, todavía hoy en día conocido por todos como el difusor más eficaz del sensualismo. Después de una no breve actividad ejercida entre bastidores para el ministro cardenal de Tencin, en las altas esferas de la política práctica, Mably había utilizado la ensayística política, en su mayor alcance posible, para fundamentar con una implacabilidad seca pero de una lógica aguda la misma doctrina que expuso Jean Jacques Rousseau con toda la magia de su locuacidad, esto es, la doctrina de que todo el mal de los Estados modernos tenía su origen en las necesidades artificiales del lujo, y de que la salvación solo podía encontrarse mediante una regulación moral de la política y un retorno a una simplicidad de las costumbres, tal como se alcanzaran, en mayor o menor medida, con la Constitución de Licurgo. Entre los amigos más jóvenes de Mably el marqués de Chastellux, conocido entonces por su participación en las Guerras de Independencia de América, defendió una tesis que se apartaba de aquella rigidez filosófico-espartana, tesis que también elaboró más tarde de forma específica mediante la difusión de un libro donde pretendía demostrar históricamente la superioridad y la progresividad de las circunstancias modernas en comparación con las de la Antigüedad.²⁰ Las conversaciones orales en las que había intentado persuadir a su joven amigo las revistió ahora Mably, en la redacción escrita, con el atuendo antiguo de las

²⁰ *De la félicité publique, ou considérations sur le sort des hommes dans les différentes époques de l'histoire, par le marquis de Chastellux*. Primero en 1772, después en una nueva elaboración de 1776, y *édition augmentée de notes inédites de Voltaire*, París, 1882. Compárese Voltaire, *Mélanges littéraires*, vol. 63, p. 182, de la pequeña edición Kehler. Las relaciones entre Mably y Chastellux son debatidas por Rulhière en su académica *Réponse à Nicolai*, quien fuera el sucesor de Chastellux en la Academia Francesa; véase *Oeuvres de Rulhière* (1819), vol. 6, p. 74.

“conversaciones” de Foción y un joven ateniense el cual, en una especie de cumplido hacia el marqués, portaba el nombre de Aristias. Estas conversaciones “sobre la relación de la moral con la política” las habría registrado supuestamente Nicocles, compañero político —y de muerte— de Foción, el cual se habría complacido en transmitir las a Cleófanes, mencionado por Plutarco²¹ como salvador de la vida de Foción en una batalla en Eubea. El manuscrito griego pretende haberlo hallado el editor —quien solo más tarde renunció a un anonimato original— en el monasterio de Monte Casino, con motivo de un viaje a Italia. Este libro,²² aparecido de tal manera, y cuya perspectiva conjunta está suficientemente caracterizada por el lema horaciano (*Odas* 3, 24, 35) *quid leges sine moribus vanae proficiunt*, despertó rápidamente furor. Todavía antes de que el editor se hubiera dado a conocer públicamente fue premiado y condecorado como el mejor producto literario del año,²³ y el efecto fue tan duradero que todavía muchos años más tarde Rousseau²⁴ se sintió instado a reclamar el derecho de propiedad sobre los pensamientos allí desplegados. De hecho, sobre todo con este libro, Mably se convirtió, junto a Rousseau, en el autor preferido de aquellos hombres del terror que, a la manera de Saint Just, querían forzar el mundo a la virtud mediante la guillotina,²⁵ y todavía tras la caída de Saint Just la Convención²⁶ remitió a los Comités, para su realización “en un plazo de cuatro días”, de la forma más honorable posible, la solicitud de trasladar al Panteón las cenizas de Mably, “el varonil autor del Foción (*le mâle auteur de Phocion*)”; desde luego parece que el asunto se estancó en los Comités.

Si bien Mably solo utilizó la máscara de Foción para predicar su propio sistema político y moral, con todo pretendió prestar a dicha máscara una fisonomía histórica correcta, y se percató, de una manera más concreta que los restantes críticos de Foción, de que su peculiaridad como hombre de Estado estaba condicionada por las influencias filosóficas vividas en la Academia platónica. Ahora bien, Mably solo reconoció el lugar de origen de la “clave” de Foción, sin ser capaz al

²¹ Vida de Foción, c. 13.

²² *Entretiens de Phocion sur le rapport de la morale avec la politique, traduits du Grec de Nicoclès, avec des remarques*, primera edición 1763.

²³ Véase *Brizard's éloge (Oeuvres de Mably 1794, 1, pp. 33-103)* y *Biographie universelle* (Michaud), Artículo "Mably".

²⁴ *Confessions, livre 12 (Oeuvres, edición octava de 1782, vol. 32, p. 326): Quelque temps après parurent les Dialogues de Phocion, où je ne vis qu'une compilation de mes écrits faite sans retenue et sans honte.*

²⁵ Esta relevancia histórica de Mably ha sido apreciada de manera penetrante por Benjamin Constant, *Esprit de conquête, Seconde partie, chap. 8.*

²⁶ Sesión del 21 de pradiar, año 3, esto es, 9 de junio de 1795; *Moniteur*, tomo 11, p. 1.064, 65 de la edición original. Sobre las relaciones de Mably con el comunismo ha hablado recientemente Paul Jenet (*Les origines du socialisme contemporain, Revue des deux mondes*, 1 de agosto de 1880, p. 559).

tiempo de manejar dicha “clave” de una manera realmente reveladora. Quizá tampoco lo lograra dado el estado entonces poco avanzado de la investigación sobre la historia de la filosofía griega, cuyos progresos más significativos tuvieron lugar por primera vez en el siglo XIX. Sobre la base de los conocimientos ahora disponibles sería bien posible captar los puntos históricos correctos bajo los cuales aparece Foción como uno de los pocos hombres de Estado que, en una posición destacada y duradera, a partir de ella, se tomó en serio el asumir principios filosóficos como guía de la praxis política. Una consideración más detallada de cómo finalmente fracasó tal intento de reconciliar lo aparentemente incompatible presenta un interés que va más allá de la personalidad de Foción, y quizá incluso de su participación en los destinos de Atenas a los que su sino personal está tan estrechamente vinculado. Pues para elaborarla se precisa de aquella “relación de la moral con la política” abordada por Mably, y de un debate sobre la divergencia tradicional entre la filosofía y la vida griegas.

2. CONTRASTE ENTRE LA FILOSOFÍA GRIEGA Y LA VIDA GRIEGA

La vida griega desarrollada tenía dos fundamentos. La religión descansaba sobre una encarnación del concepto de dios limitada a una forma humana nítidamente esbozada, frente a la concepción de las potencias divinas como ilimitadas y susceptibles solo de una interpretación simbólica. La política descansaba sobre una encarnación del concepto de Estado limitada a la Constitución de una ciudad estructurada, frente al Estado-pueblo y al gran Estado que abarca varios pueblos. Dicho brevemente: los fundamentos de la vida griega desarrollada eran el antropomorfismo y la comunidad ciudadana (*polis*). La filosofía griega, en todas sus múltiples formas, no dejó de agitarse inquieta en torno a ambos fundamentos, y su proceso de desarrollo es el proceso de derrumbe de dicha vida peculiar griega. Por lo que respecta a los asuntos políticos, la filosofía griega, o bien por convicción o bien por sabiduría mundana, no se prestó nunca a una legitimación sistemática de lo existente —como la que han intentado muchos sistemáticos modernos—, y para los asuntos teológicos solo lo hizo en la hora de su muerte, cuando el así llamado neoplatonismo emprendió una configuración sistemática de ensayos similares esporádicos por parte de los estoicos. Si se ha de considerar según eso la filosofía griega como el movimiento reformador y revolucionario más significativo de la Antigüedad, se destacan entonces importantes diferencias en relación a los movimientos similares de la Modernidad. Sobre todo se destaca la diferencia siguiente. Los esfuerzos más recientes por purificar la religión y mejorar el Estado estaban dirigidos en un comienzo, y a menudo también a lo largo de todo el transcurso de la lucha, solo contra los abusos de un principio cuya legitimación en sí era reconocida por ambos partidos en

lucha; la filosofía griega por el contrario iniciaba la lucha desde cero, batiéndose contra los propios principios sobre los que descansaba la vida helénica. A esta peculiaridad respecto del objeto de la lucha está estrechamente vinculada la peculiar forma de la misma. Los reformadores y revolucionarios modernos deben alzarse primeramente contra los abusos, ya que se proponen objetivos prácticos de manera inmediata, y están obligados por ende a generar efectos sobre la masa la cual, educada bajo el dominio de los principios contrarios, no está por ello preparada para un rechazo incondicional de los mismos. La filosofía griega por el contrario renunciaba a movilizar a las masas. Aunque combatía con igual determinación el Olimpo que la Acrópolis, con todo nunca provocó ni un movimiento iconoclasta ni un disturbio. Con la única excepción de los cínicos, mantuvo siempre una actitud aristocrática, presta a permanecer como minoría. Sin embargo, quería modificar en silencio las convicciones religiosas y políticas de las mentes escogidas, y logró también crear un grupo de nobleza espiritual el cual, extendido a lo largo de toda la Hélade, y actuando a la manera de compañeros espirituales de hetería, tomó distancia interna respecto de una ciudadanía entendida de forma estrecha, y poco a poco introdujo aquella separación entre los que actúan y los que piensan, a causa de la cual se extinguieron, en un proceso de debilitamiento espiritual, las comunidades griegas.

En lo que se refiere al posicionamiento de la filosofía griega respecto de la divinidad, estos comentarios no necesitan ser corroborados con casos concretos y detallados, pues aquel debería estar presente para todo individuo familiarizado de alguna manera con la historia de la filosofía griega, en cualquiera de los períodos de la misma. Permítase solo —como prueba del hecho de que la lucha, desde un inicio, no estaba emprendida contra los abusos, sino contra los principios mismos—, recordar muy brevemente al fundador de la Escuela Eleata, Jenófanes. Este no se limita a zaherir el abuso llevado a cabo por Homero y Hesíodo con la humanización de los dioses, a saber, que “atribuyen ahora a los dioses, como cualidades supuestamente sagradas,²⁷ aquello que incluso es considerado insulto y vergüenza entre los hombres: robar, cometer adulterio, engañar”. Dirige también su ataque contra los dos pilares de la creencia griega en los dioses: contra el principio antropomórfico en sí mismo y contra la teogonía. Para hacer escarnio del corto entendimiento de los seres humanos que se construyen dioses según su propia imagen corporal, dice:²⁸ “Si los animales tuvieran manos, pudieran pintar y crear obras de arte como los seres humanos, entonces los caballos y los bueyes

²⁷ En Sexto Empírico en *Adversus Mathematicos* 9, 193: “πάντα θεοῖς ἀνέθηκαν Ὅμηρός θ’ Ἡσίοδος τε Ὅσσα παρ’ ἀνθρώποισιν ὀνειδέα καὶ ψόγος ἐστίν, κτλ.” [“Homero y Hesíodo atribuyeron a los dioses todas las cosas que son objeto de crítica y censura entre los seres humanos, etc.”, V. A.].

²⁸ En Clemens Alexandrinus, *Stromata* 5, p. 715, Potter.

se construirían figuras divinas similares a los caballos y los bueyes”. Y como defensor de la eternidad de dios zahiere duramente, con amarga lógica, contra la creencia de que un dios pueda ser engendrado por otro:²⁹ “Aquellos que afirman que los dioses han nacido serían tan ateos como aquellos que afirmaran que los dioses mueren; pues en ambos supuestos se da el caso de que los dioses carezcan de ser en un determinado momento”.

Para el otro asunto —a saber, que los filósofos griegos adoptaron tradicionalmente, frente a la ciudadanía en general y especialmente frente a la democrática, una actitud de indiferencia hostil, que aspiraron, más allá de los estrechos límites del espíritu cantonal, a una ética cosmopolita, y que defendieron, como preludeo de ello, la formación de grandes Estados— es precisa una exposición más minuciosa de los datos concretos, dado que han sido menos considerados y dado que iluminan la influencia de la filosofía en el carácter político de Foción. Ya en el primer filósofo, el cual se ocupa de cuestiones de filosofía natural, se manifiesta con claridad esta orientación. El milesio Tales aconsejaba a los jonios, antes de que su rebelión contra los persas concluyera infelizmente, el abandonar la flexible Constitución federal que garantizaba completa independencia a cada ciudad jonia, y el hacer de la isla de Teos, situada geográficamente en el centro, la capital de un Estado unido y la sede de una autoridad gubernamental, ante la cual las restantes ciudades jonias, todavía habitadas, incluida también su patria, la gran Mileto, deberían tener exclusivamente “la consideración de distritos”.³⁰ Una tal disposición a sacrificar la soberanía de la propia ciudad en aras del bien general era para un griego algo tan inhabitual que Heródoto —quien antes, en otras ocasiones, había mencionado a Tales como simplemente “el milesio”—,³¹ aquí, a raíz de este consejo político, lo denomina ciertamente un “hombre milesio” pero, con una malicia genealógica por lo demás³² remarcable en él, añade que “por procedencia habría sido fenicio”,³³ con la intención al tiempo de hacer comprensible el por qué no llevaba en la sangre el específico patriotismo milesio. También en un segundo aspecto es este

²⁹ En Aristóteles *Rhetor.* 2, 23, p. 1399b 6: “ὁμοίως ἀσεβοῦσιν οἱ γενέσθαι φάκοντες τοὺς θεοὺς τοῖς ἀποθανεῖν λέγουσιν· ἀμφοτέρως γὰρ συμβαίνει μὴ εἶναι τοὺς θεοὺς ποτε” [“De igual manera son impíos quienes dicen que los dioses nacen y quienes dicen que mueren, pues en ambos casos se cumple que los dioses no existen”, V. A.].

³⁰ “Νομίζεσθαι κατάπερ εἰ δῆμοι εἶεν” [“Ser consideradas como si fueran *demos*”, V. A.], Heródoto 1, 170.

³¹ 1, 74 y 75 “Θαλῆς ὁ Μιλήσιος”.

³² 5, 56: “Ἰσαγόρης ὁ Τισάνδρου οἰκίης μὲν ἐὼν δοκίμου, ἀτὰρ τὰ ἀνέκασθεν οὐκ ἔχω φράσαι· θύουσι δὲ οἱ συγγενεές αὐτοῦ Διὶ Καπίῳ” [“Iságoras, hijo de Tisandro, siendo de una casa ilustre, pero no puedo referir sus ancestros. Sus parientes hacen sacrificios a un Zeus cario”, V. A.].

³³ 1, 170: “Θάλεω (γνώμη) ἀνδρὸς Μιλησίου, τὸ ἀνέκασθεν γένος ἐόντος Φοίκινος” [“(Sentencia) de Tales el Milesio, de ascendencia fenicia”, V. A.].

primer filósofo griego un modelo para los posteriores. La castidad^{VI} que le atribuye una tradición muy extendida siguió siendo norma para los pensadores griegos más destacados, sin duda con importantes excepciones como por ejemplo Anaxágoras, Sócrates y Aristóteles. El impulso más próximo e imperioso para la misma era sin duda la aspiración a concentrar tiempo y energía en el trabajo científico. Pero con toda certeza contribuyó a ello de manera esencial —en el caso de hombres que habían roto por completo con las concepciones religiosas y políticas del entorno—, el penoso dilema que sin duda les perturbaba en relación a la educación de los niños. Ellos no podían dar por bueno el dejar crecer a sus hijos en las supersticiones dominantes, pero tampoco querían asumir la responsabilidad, al iniciarlos en los fundamentos filosóficos, de colocarlos en una posición aislada para la que su carácter quizá no resultaría lo suficientemente fuerte. En todo caso tal renuncia a la vida familiar ha debilitado todavía más la ya de por sí débil relación de los filósofos con sus comunidades ciudadanas, y se entiende fácilmente que fueran percibidos por una honorable ciudadanía como “personajes peculiares”, como se menciona de forma expresa en el caso de Tales.³⁴ Esta desvinculación de su entorno más inmediato se muestra, de forma más clara que en Tales, en el fundador de la doctrina del devenir, Heráclito, y en quien fundara y al tiempo coronara la doctrina de los átomos, Demócrito. En el caso de Heráclito ello se evidenció tras su intento frustrado de conducir la política de su madre patria Éfeso por cauces aristocráticos, y sus ásperas expresiones de descontento sobre el creciente aluvión de la democracia le aportaron el sobrenombre de “reprensor de la plebe (ὄχλολοῖδορος)”.³⁵ Demócrito evitó durante su etapa de madurez su patria Abdera, dedicando tal período a viajes científicos. Sin embargo, ninguno de los dos se decidió todavía a emigrar definitivamente, resistiéndose al aliciente de trasladar su domicilio a Atenas. Es posible que Heráclito haya recibido, y rehusado, una invitación formal en este sentido, procedente sin duda del partido aristocrático ateniense;³⁶ acabó sus días en la soledad del templo de Artemisa de Éfeso. Demócrito arribó en sus viajes a una Atenas resplandeciente durante la Pentecontecia pero, como él mismo^{VII} cuenta, “no conocía allí a nadie” y retornó a su eremitismo abderita. Otro jonio sin embargo, un espíritu similar a aquellos pensadores, sintió la fuerza de atracción de la gran ciudad ateniense, sin duda el único lugar de la Hélade donde se podía ser socialmente libre y ser respetado sin ser ciudadano. Cuando a la “gran alma”³⁷ de Anaxágoras se le hizo demasiado agobiante su existencia en su

³⁴ Diógenes Laercio 1, 25. “μονήρη αὐτὸν γεγονέναι καὶ ἰδιαστήν.”

³⁵ Heraclitea, p. 31.

³⁶ *Heraklitische Briefe*, p. 16.

³⁷ Platón, *República* 6, 496b. “ἐν μικρᾷ πόλει ὅταν μεγάλη ψυχὴ φύῃ καὶ ἀτιμήσασα τὰ τῆς πόλεως ὑπερίδῃ.”

patria de Clezomene, y sus obligaciones —a las que, como descendiente de una casa burguesa respetable, no habría podido sustraerse— le parecieron incompatibles con su vocación de investigador, legó su enorme patrimonio a sus parientes y puso rumbo a Atenas. A aquellas palabras llenas de reproche³⁸ —“nada te preocupa tu patria”—, habría respondido señalando al cielo: “No calumnies, a mí me preocupa mucho mi patria”. En Atenas vivió 30 años como ciudadano protegido^{VIII} (meteco), siendo el primero de una larga y brillante lista de filósofos que de grado pagaban la libertad de no participar activamente en una comunidad ciudadana al precio de una discriminación jurídica, y de los posibles peligros que tal posición vital traía consigo incluso en Atenas, donde desde luego dicha posición, dado un transcurrir habitual de la cosas, era menos opresiva y apenas era percibida. Pues los intereses de la gran ciudad marítima y comercial habían dado lugar a que las diferencias jurídicas entre ciudadanos y no ciudadanos —precisamente considerables en Atenas, cuyos ciudadanos se consideraban hijos originales de su tierra (autóctonos)— fueran pasadas por alto lo más posible en la vida cotidiana, y en las clases sociales más elevadas fueran completamente compensadas por el poder uniformador de la formación. Los metecos disfrutaban de tan poca igualdad jurídica (ισονομία) que por ejemplo solo la muerte de un ciudadano era castigada con otra muerte, mientras que la de un meteco lo era simplemente con el exilio. Pero disfrutaban de igualdad en el trato social (ισηγορία). En efecto tal deferencia solo se daba en la medida en que el meteco no incurriera en la sospecha de poseer una influencia tácita en los círculos de los ciudadanos dirigentes. Las consecuencias de una tal sospecha ya alcanzaron a Anaxágoras, tanto más duramente cuanto más poderosos eran los partidarios que ganaba en Atenas su concepción de la vida, incompatible con la ciudadanía burguesa. Ya la Antigüedad³⁹ reconoció en la elevada conducta vital de Pericles —la cual descansaba en una sublime indiferencia respecto de los objetivos vitales del filisteo burgués—, una repercusión de las liberadoras doctrinas filosófico-naturales y teológicas de Anaxágoras. Y los opositores de Pericles —cuya política aspiraba abiertamente a diluir la ciudad de Atenas en una comunidad estatal helénica—, captaron la raíz espiritual de dicha política —con un fundamento mayor del que ellos podían quizá barruntar desde su parcialidad partidista—, cuando primero vituperaron el estudio de la filosofía de la naturaleza a través del decreto popular de Diopites,⁴⁰ y después cuando acusaron a Anaxágoras de negar a los dioses helenos y lo culparon de desviarse de la moralidad de los antiguos helenos (μηδισμός)^{IX}. Algo similar le aconteció a Protágoras, el más importante de

³⁸ Diógenes Laercio 2, 7. “Πρὸς τὸν εἰπόντα ‘οὐδέν σοι μέλει τῆς πατρίδος’, ‘εὐφήμει’, ἔφη ‘ἐμοὶ γὰρ καὶ σφόδρα μέλει τῆς πατρίδος’, δείξας τὸν οὐρανόν.”

³⁹ Véase Plutarco, *Vida de Pericles*, c. 5.

⁴⁰ Véase Plutarco, *op. cit.*, c. 32.

los sofistas errantes, quien gozaba igualmente de estrechas relaciones con Pericles. Ahora bien, tales acciones específicas no podían impedir en absoluto, a la larga, el efecto transformador que ejercían sobre los espíritus helenos la alta especulación de la filosofía natural y la enérgica propaganda de los Sofistas. Todavía antes de que se dieran a conocer los Socráticos, el politeísmo ya había sido despojado, para la pujante juventud, de su condición de intocable, la menudencia municipal era insoportable para los más dotados fuera de Atenas, y para la propia Atenas se había tornado imposible perpetuarse en las todavía tan amplias fronteras de una sola ciudad; los intentos de convertirse en un Estado grande debían fructificar, o la decadencia política de Atenas era inevitable. Ahora bien, el último intento de este tipo dotado de perspectiva, la expedición a Sicilia, había fracasado de forma definitiva, coincidiendo precisamente con la conformación del Círculo socrático y con su firme decisión de dirigir su atención —renunciando a la investigación de la naturaleza— a la moral y a la política —esta segunda iba unida para ellos a la primera de forma indivisible—. También este Círculo abarcaba desde luego un número de miembros que simplemente habían inmigrado a Atenas y que vivían allí como metecos. Pero como el propio Sócrates, también Esquines y Antístenes, Jenofonte, Platón y Espeusipo, eran ciudadanos atenienses de pleno derecho. Y aquí se da por primera vez el caso de que ciudadanos célebres —relacionados entre sí, sucediéndose unos a otros, y sin emigrar ni romper la conexión con su patria— renunciaran básicamente a la carrera política que se les ofrecía, solo cumplieran, con fría obediencia a la ley, aquellos más imprescindibles de entre sus deberes como ciudadanos y, apartándose por completo de intrigas y conjuras, no ocultaran con todo su profunda repulsa por los pequeños objetivos y los grandes pecados de la Constitución ciudadana democrática existente. Ya en el comportamiento de Sócrates, el precedente común de las asociaciones filosóficas atenienses, se expresa de manera clara una tal predisposición. Y aunque la irónica profesión de cosmopolitismo que se pone en su boca no pueda tener una garantía histórica más digna de confianza que los restantes dichos aislados que se le atribuyen, con todo es bastante comprensible que se le creyera capaz de haberlo expresado. Se cuenta en efecto que cuando alguien —de manera similar a como le aconteció a Anaxágoras (véase arriba)— quiso reprocharle falta de patriotismo^x, encubriendo dicho reproche con una pregunta sarcástica: “¿A qué ciudad perteneces realmente?”,⁴¹ que entonces él habría dado una respuesta ambigua, intraducible al alemán, a saber, que él sería un κόσμιος. Esta palabra, en el uso habitual de la lengua griega, designaba simplemente un ser humano que no gusta de ser molestado, de vida tranquila y reglada. Pero

⁴¹ Cicerón, *Tusculanae* 5, 37, 108: “*cuiatem se esse diceret.*” Epicteto, *Dissertationes* 1, 9, 1: “ποδαπός ἐστιν.”

como respuesta a una pregunta sobre la ciudadanía, ya solo por la terminación de la palabra que recuerda a los términos de pertenencia tribal,⁴² permite el siguiente sentido: yo no pertenezco a ninguna ciudad individual, sino al mundo en su totalidad (cosmos). El motivo más profundo por el cual Sócrates y sus verdaderos alumnos se mantuvieron alejados de la política práctica de sus patrias era su concepción del concepto de virtud. Cuanto más marcadamente aislaban la virtud de la simple costumbre transmitida, cuanto más la consideraban fruto del trabajo espiritual individual y cuanto más la hacían descansar sobre la convicción personal, tanto menos podían acomodarse a las exigencias de la política cotidiana la cual, según costumbre tradicional, considera lícito en los asuntos públicos lo que es reprobable en las relaciones privadas. Un Sócrates y un Platón alejan de sí la jefatura de los bandidos que, legitimada en los intereses públicos, pasa por alto la moral privada —lo cual constituye para los políticos habituales el encanto peculiar de su actividad—. La política ateniense les parecía inserta en una contradicción inextricable con la moral. En consecuencia, ellos preferían aparecer ante los otros como “no buenos ciudadanos” a través de la inactividad política —pero es que incluso Niebuhr⁴³ ha censurado con completa seriedad a Platón en estos términos—, solo para no ser juzgados ante su propia conciencia como malos seres humanos. No se puede describir el ambiente dominante en los Círculos socráticos con mayor énfasis que lo hace Platón cuando pone en boca de Sócrates las siguientes palabras —cuya poderosa construcción bien merece ser presentada al lector en una traducción más cuidada de la que ha gozado hasta ahora—. Las palabras rezan:⁴⁴ “Quien pertenece a los pocos que han gustado la dulzura y la dicha del pensamiento filosófico, y que al tiempo ha adquirido un visión completa de la locura de la gran muchedumbre, de que casi nadie hace algo razonable en los asuntos políticos, de que tampoco hay a mano ningún compañero de lucha a cuyo lado podría acudir en ayuda de la justicia e imponerse, que él se parece más bien a un ser humano que ha caído entre

⁴² Plutarco, *De exilio*, c. 5: “κόσμιος είναι φήγασ ὡς ἂν τις Ῥόδιος εἶπεν ἢ Κορίνθιος.”

⁴³ *Kleine Schriften* 1, 467 y 472.

⁴⁴ *República* 6, 496c: “τούτων τῶν ὀλίγων οἱ γινόμενοι καὶ γευσάμενοι ὡς ἡδὺ καὶ μακάριον τὸ κτῆμα, καὶ τῶν πολλῶν αὐτῶν ἰκανῶς ἰδόντες τὴν μανίαν, καὶ ὅτι οὐδεὶς οὐδὲν ὑγιὲς ὡς ἔπος εἶπεῖν περὶ τὰ τῶν πόλεων πράττει οὐδ’ ἔστι σύμμαχος μεθ’ ὅτου τις ἰὼν ἐπὶ τὴν τῷ δικαίῳ βοήθειαν σφάζοιτ’ ἂν, ἀλλ’ ὥσπερ εἰς θηρία ἄνθρωπος ἐμπεσὼν, οὔτε συναδικεῖν ἐθέλων οὔτε ἰκανὸς ὢν εἰς πᾶσιν ἀγρίοις ἀντέχειν, πρὶν τι τὴν πόλιν ἢ φίλους ὀνήσαι προαπολόμενος ἀνωφελὲς αὐτῷ τε καὶ τοῖς ἄλλοις ἂν γένοιτο — ταῦτα πάντα λογισμῷ λαβὼν, ἡσυχίαν ἔχων καὶ τὰ αὐτοῦ πράττων, οἷον ἐν χειμῶνι κονιορτοῦ καὶ ζάλης ὑπὸ πνεύματος φερομένου ὑπὸ τειχίον ἀποστός, ὁρῶν τοὺς ἄλλους καταπιμπλαμένους ἀνομίας, ἀγαπᾷ εἴ πῃ αὐτὸς καθαρὸς ἀδικίας τε καὶ ἀνοσίων ἔργων τὸν τε ἐνθάδε βίον βιώσεται καὶ τὴν ἀπαλλαγὴν αὐτοῦ μετὰ καλῆς ἐλπίδος ἴλεως τε καὶ εὐμενῆς ἀπαλλάξεται.”

animales depredadores, y que debe esperar —dado que no quiere participar voluntariamente de la injusticia, y que no se encuentra en situación, como individuo, de hacer frente a todas las criaturas salvajes—, quien sopesa todo esto, ese se calmará, se cuidará de sí mismo; de manera semejante a lo que ocurre en una tormenta, cuando un golpe de viento levanta remolinos de polvo y lluvia torrencial, se hará a un lado y se resguardará bajo un pequeño muro en ruinas, y mientras ve cómo los otros se manchan de forma vil, él estará contento con solo poder pasar su vida en la tierra, libre de una conciencia injusta y de malas acciones, y con poder despedirse de la vida con alegre esperanza, con el ánimo sereno y pacificado”.

Tal delicadeza nacida del egoísmo más noble, que no puede admitir el sacrificio de la paz del ánimo en aras de la patria, tenía que sentirse de lo más incómoda en una democracia de ciudad, precisamente porque esta se presentaba a cada individuo con la pretensión de implicarlo, con toda su responsabilidad personal, en el engranaje político. También aquí era muy poco probable que se desistiera de la falsa ruta emprendida en otro tiempo, pues responde a la esencia de tales democracias de ciudad el que las mismas, espoleadas hacia delante por el aguijón de la así llamada opinión pública, sean arrastradas, consecuencia tras consecuencia, hasta caer en el abismo. Antes bien aquella delicadeza filosófica podía sentirse más a sus anchas en un gran Estado, donde la participación en la política está necesariamente más diluida, y se halla diversamente escalonada. Además en los grandes Estados con dirección monárquica era un aliciente también la esperanza de que tal vez pudieran lograr, ejerciendo influencia y consejo sobre el soberano único —lo cual no exigía emprender de forma inmediata ningún trabajo bronco y puramente político—, el hacerse útiles al gran Todo y el desarrollar ideales para los cuales nunca podría esperarse acogida por parte de la ciudadanía democrática de una *polis*. Se pensaba que, dado que no había en el presente perspectiva alguna de que los filósofos se tornaran reyes^{XI}, se debía arriesgar e intentar que acaso los reyes existentes se tornaran filósofos. Pero presentes había solo entonces, en todo el marco del mundo helénico y semi-helénico, solo dos verdaderas monarquías grandes, la usurpatoria en Siracusa y la hereditaria en Macedonia; la pareja de reyes espartana, al margen de las diversas limitaciones a las que estaba sometida, no puede ser considerada como una monarquía precisamente porque eran dos. Por ello cuanto más se distanciaban los Socráticos de una Atenas irrevocablemente democrática, desde la caída de Alcibíades, más firmemente dirigían su mirada a las Cortes reales en el occidente y en el norte. Las esperanzas apenas comprensibles que despertaron en Platón y sus amigos los bellos espíritus manchados de sangre, Dionisios padre e hijo, y las amargas decepciones con que fue castigada —de manera simplemente demasiado fácil de entender— esta confianza portadora de desdicha, tan solo es preciso

recordarlas, sin necesidad de debatirlas de forma más minuciosa. Sin embargo es sin duda exigencia el rastrear de más cerca las relaciones que vinculaban, todavía en vida de Sócrates, a la corte macedonia con los filósofos de Atenas, relaciones que se mantuvieron en pie, sin interrupción, y en medida creciente, durante todo el tiempo que duró el reino macedonio, por lo tanto también en la época en que Foción se adhirió a los Círculos filosóficos.

3. LOS REYES MACEDONIOS Y LOS FILÓSOFOS

Que el auténtico fundador del poder macedonio, Arquelao, ya intentara atraerse a Sócrates a su Corte, es un hecho atestiguado por Aristóteles, cuya credibilidad es independiente de los diversos revestimientos en los que se nos ha transmitido la respuesta negativa de Sócrates; estos bien podrían remontarse, en su mayor parte, como fuente última, a un Diálogo socrático, quizá aquel que había compuesto Antístenes^{XII} con el título de *Arquelao o del reinado*. Lo que fracasó en el caso de Sócrates —porque para este la vida social en Atenas era irrenunciable y todo cambio de lugar resultaba penoso— fructificó, como es sabido, en el caso de los dos joyas de la poesía del Círculo socrático; tanto Eurípides como Agatón volvieron la espalda a su patria Atenas y pasaron sus últimos años de vida en la capital macedonia.

Arquelao, quien fuera asesinado en el año de la ejecución de Sócrates (399 a. C.), también se había acercado a Platón cuando este ya se hallaba en la edad viril, y al menos no recibió rechazo alguno. Esto está fuera de dudas por el informe de Espeusipo,⁴⁵ hijo de la hermana de Platón e inmediato sucesor suyo en la Academia. No es incompatible con ello⁴⁶ el hecho de que Platón, al elaborar, tiempo después de la muerte de Arquelao, el Diálogo *Gorgias*, haga mencionar a uno de los participantes en aquel diálogo las crueles acciones criminales a través de las cuales Arquelao se labrara el camino al trono,⁴⁷ a consecuencia de lo cual hacia el final del diálogo⁴⁸ también Arquelao, junto a otros tiranos abominables —“si es verdad lo informado sobre él”— es remitido a la condena eterna. Con todo sigue siendo cuestionable si aquellos crímenes de palacio durante el gobierno de Arquelao ya eran públicos en Atenas; de ninguna manera, por la naturaleza del asunto, podían ser tan notorios como las fechorías del viejo Dionisio, con el que pese a todo Platón se involucrara profundamente.

⁴⁵ En Ateneo 11, 506a: “φίλτατος ὄν Ἀρχελάω.”

⁴⁶ Como cree Zeller, *Philosophie der Griechen* 2^a, 1, 370.

⁴⁷ Platón, *Gorgias*, 477.

⁴⁸ Platón, *Gorgias*, 525d: “εἰ ἀληθῆ λέγει Πῶλος”.

En las décadas que siguieron a la muerte de Arquelao no se puede rastrear dato alguno, con nuestros medios, sobre un supuesto contacto entre el Regente macedonio y el filósofo ateniense. Platón pasó en parte aquel tiempo en viajes científicos, y en parte estaba requerido por los infaustos proyectos sicilianos. También se inició en Macedonia un largo período de confusión que amenazó con destruir la obra política de Arquelao; se sucedieron precipitadamente violentos cambios de gobierno y, estando en el trono Amintas, padre de Filipo, durante un tiempo el reino entero quedó en manos de olintios e ilirios. Solo con la entrada en el gobierno del hermano de Filipo, Pérdicas el tercero (365 a. C.), parece haberse recompuesto la situación política macedonia, y entonces vemos incluso a Platón y a la Academia ganar pronto peso e influencia en la dirección de los asuntos de allí.

Eufreo, un ciudadano de la ciudad eubea Hestia-Oreos, que Pericles había poblado⁴⁹ con colonos atenienses tras una retirada pactada de los habitantes originales, se hizo, durante su larga estancia en Atenas,⁵⁰ miembro de la Academia platónica.⁵¹ Ahora bien, cuando Pérdicas, tras su llegada al trono, se puso en contacto con Platón, este le recomendó a Eufreo como valioso consejero.⁵² Además de por la valía personal del hombre, al que Demóstenes también describe de una manera respetuosa en la *Tercera Filípica*, la elección de Platón podría estar determinada igualmente por la circunstancia de que los habitantes originales de Oreos, al haber sido expatriados en época de Pericles, se habían asentado en Macedonia,⁵³ y ahora tal vez podrían ofrecer a este hombre de Estado extranjero un útil apoyo popular. Eufreo supo granjearse pronto la plena confianza del joven rey, y sin duda pretendió acercar la residencia macedonia a la moral helena más noble, la cual solo con dificultad se abría paso en la ruda tierra del norte. Una enumeración de los hombres de Estado surgidos de la Escuela de Platón, que Ateneo ha tomado sin duda prestada de un discurso del sobrino de Demóstenes, Demócarea, colorea sarcásticamente esta posición influyente de Eufreo y sus esfuerzos civilizadores, diciendo “que él habría sido como rey en Macedonia, y que habría actuado con tal pedantería que a la mesa real no habría tenido acceso nadie que no supiera manejar la geometría y la filosofía”.⁵⁴ Pero

⁴⁹ *Vida de Pericles* de Plutarco, c. 23; compárese Tucídides 8, 95, al final: “Ὀρεὸν αὐτοὶ Ἀθηναῖοι εἶχον.”

⁵⁰ Demóstenes, *Filípicas* 3, § 59; compárese con nota final VIII: “παρ’ ἡμῖν ἐνθάδε οἰκήσας”.

⁵¹ Harpocración, bajo el epígrafe “Εὐφραῖος” [“Eufreo”, V. A.].

⁵² Espeusipo, en Ateneo 11, 506e; compárese con la *Carta quinta* de Platón.

⁵³ Teopompo en Estrabón 10, p. 445.

⁵⁴ Ateneo 11, p. 508: “οὕτω ψυχρῶς συνέταξε τὴν ἐταιρίαν τοῦ βασιλέως ὥστε οὐκ ἐξῆν τοῦ συσσιτίου μετασχεῖν, εἰ μὴ τις ἐπίσταιτο τὸ γεωμετρεῖν ἢ τὸ φιλοσοφεῖν.” Compárese Plutarco, *Vida de Dionisio*, c. 18, sobre la estancia de Platón junto al joven

también una de las decisiones políticas que tuvo más consecuencias está asociada con la participación de Eufreo y de Platón en los sucesos macedonios. A instancia de estos Pérdicas premió a su hermano Filipo, el posterior vencedor en Queronea —de cuya gran capacidad durante su estancia como rehén en Tebas era fácil estar informado en Atenas—, con un co-principado macedonio el cual, en algunas listas macedonias de reyes, aparece incluso mencionado como punto de arranque cronológico de todo el período de gobierno de Filipo.⁵⁵ Esta toma de poder la utilizó Filipo para procurarse un ejército fuerte y obediente, y así —cuando Pérdicas cayó muerto en una batalla contra los ilirios, tras cinco años de gobierno— pudo aparecer bien pertrechado en el campo de batalla político, apartar a los restantes pretendientes a la corona en favor de su sobrino y tutorando, el hijo de Pérdicas, y prescindir pronto del título de tutor para, como soberano de Macedonia con plenos poderes propios, ejecutar el destino de Grecia. Por ello no sin razón Espeusipo^{XIII}, el sobrino de Platón mencionado arriba, quien declara lo acontecido como “asunto conocido por todos”,⁵⁶ afirmó que Filipo debería a Platón el inicio de su poder.

Estos hilos no son sin embargo los únicos que conducen de los paseos porticados de la Academia al palacio macedonio. Dos años antes de la llegada al poder de Pérdicas, y de la recomendación de Eufreo por parte de Platón, había llegado a Atenas Aristóteles, se había adherido a la Academia, y allí pronto se vio obligado a asumir la primacía debida a su espíritu. Ya por su nacimiento, como hijo del médico de la casa de Amintas, padre de Filipo, pertenecía a los círculos macedonios de la Corte, y su trayectoria vital posterior lo colocó en una situación de proximidad y confianza con respecto a los tres grandes señores macedonios: Alejandro, Filipo y Antípatro. A Antípatro lo unía una amistad personal tan firme que pudo nombrar a este príncipe como su albacea. Veinte años completos, desde el 367 a. C. hasta la muerte de Platón en el 347, por lo tanto también durante los doce primeros años del gobierno de Filipo —en los cuales este no apartaba la mirada de su objetivo, con pasos ya rápidos ya medidos—, vivió Aristóteles en el propio centro de los acontecimientos, en Atenas. Una cabeza política de este calibre, y en un lugar tan apropiado, tenía por fuerza que seguir el paso de los acontecimientos con la mayor de las atenciones. Su amigo íntimo y colega en la Academia, Hermias de Atraneo, era un instrumento

Dionisio: “τὸ τυραννεῖον, ὡς φασι, κονιορτὸς ὑπὸ πλῆθους τῶν γενωμετρούντων (cuyas figuras dibujamos en la arena) κατεῖχεν.”

⁵⁵ Véase Gutschmid en “*Symbola Bonnensium in honorem Ritscheli*” (Lipsiae, 1867), p. 105, 8.

⁵⁶ En Ateneo 11, 506e: “ὡς περ ἀγνοοῦντας τοὺς ἀνθρώπους (acerca del acusativo, véase *Diálogo de Aristóteles*, p. 121, nota 2) ὅτι καὶ τὴν ἀρχὴν τῆς βασιλείας Φίλιππος διὰ Πλάτωνος ἔσχεν.”

declarado de Filipo.⁵⁷ Y si, poco tiempo después de abandonar Atenas, se le confió la educación del heredero al trono macedonio, ello permite concluir con seguridad que la observación del ajetreo político de Atenas no lo había imbuido de ningún tipo de inclinaciones democráticas, y que no utilizó en contra de los intereses macedonios la influencia social que debieron proporcionarle sus relaciones con la Academia. Más bien, desde una concepción en cierto modo viva de las relaciones realmente existentes, debe ser sin más una evidencia que Aristóteles perteneció al núcleo intelectual del partido macedonio en Atenas, y que su acción no debe haber sufrido menoscabo por el hecho de haberse ejercido en silencio. Una toma de partido abierta le estaba vedada por su condición de ciudadano protegido, una situación fastidiosa que tuvo que sufrir, pese a toda su precaución, de forma directa, y de la que se lamenta literalmente en una carta a Antípatro. No puede desde luego dudarse de que él, de la misma manera que estuvo en contacto epistolar con Antípatro durante su segunda estancia en Atenas (334-321 a. C.), también lo estuvo durante su primera (367-347) con Filipo, si bien la cuestión de la autenticidad o falsedad de aquellas cartas a Filipo —las cuales asumió la Antigüedad en el legado de Aristóteles—, no podemos resolverla, dada la ausencia de citas de las mismas. Los fragmentos conservados de las cartas a Antípatro⁵⁸ están provistos de un sello de autenticidad evidente. Que tales escritos dirigidos a los dirigentes macedonios contuvieran algo que pudiera parecer a un patriota ateniense una amenaza al Estado, es bastante creíble. Así nos enteramos, sin asombro alguno, de que el fogoso sobrino de Demóstenes, Demócates el enemigo de los filósofos,⁵⁹ imputara tal condición a las “cartas interceptadas de Aristóteles”.

30

Un posicionamiento político igual al de Aristóteles puede atribuirse a otro destacado miembro de la Academia, el calcedonio Jenócrates, el segundo sucesor de Platón en la dirección de la Escuela. Aunque también las relaciones personales entre ambos hombres parecen haberse debilitado^{XIV} en la segunda estancia de Aristóteles en Atenas —cuando este emprendiera su propio camino filosófico a la cabeza del Liceo, sin cuidarse de los dogmas platónicos a los que se aferraba rígidamente un Jenócrates en proceso de envejecimiento—, sin embargo deben de haber sido muy profundas durante su primera estancia ateniense. Pues ambos⁶⁰ se dirigieron a la Corte de Hermias de Atraneo, el príncipe ya mencionado arriba, unido en estrecha amistad con Aristóteles y dependiente de Filipo. A pesar de que Jenócrates viviera igualmente en Atenas como meteco, y

⁵⁷ Véase Boeck, *Kleine Schriften* 6, 185.

⁵⁸ *Vita Aristotelis Marciana*, p. 8, Robbe: “ἐπιστέλλον Ἀντιπάτρῳ γράφει· ‘τὸ Ἀθήνησι διατρίβειν (permanecer como un meteco, véase nota final VIII) ἐργῶδες”.

⁵⁹ “Ἐπιστολὰς Ἀριστοτέλους ἁλῶναι κατὰ τῆς πόλεως τῆς Ἀθηναίων”, en Aristocles, en las *Praeoperationes Evangelicae* de Eusebio 15, 2, p. 792a.

⁶⁰ Estrabón, 18 p. 610.

de que incluso una vez fuera gravemente incomodado a causa de un dinero de protección^{XV} no satisfecho —por parte del arrendatario de dichos impuestos—, el gobierno ateniense se decidió con todo a agregarlo a una embajada^{XVI} ante Filipo, evidentemente porque se sabía que el discípulo de Platón y amigo de Aristóteles se hallaba en buenos términos con el amenazante detentador del trono macedonio. La no menos buena relación de Jenócrates con Alejandro se manifiesta, del lado del rey, por los riquísimos regalos, no aceptados en su totalidad,⁶¹ y por una lisonjera invitación a asistir los Consejos,⁶² a lo que replicara el filósofo con la dedicatoria de un escrito mayor sobre la monarquía; con aportaciones escritas de este tipo honró incluso a Hefestión, el amado de Alejandro. También el tercer señor macedonio, Antípatro, le hizo ofrecimientos de dinero, y se sometió a una cortesía quizá algo pesada para alguien acostumbrado a Aristóteles, esto es, la de escuchar una lección de Jenócrates.⁶³ Después de la batalla de Cranón Jenócrates fue incorporado de nuevo —como ya había ocurrido en la época de Filipo—, a una embajada ateniense ante Antípatro, embajada que, para bien o para desgracia, había de hacer entrega a este de la ciudad. Con su aparición extemporánea despertó sin duda primero la malevolencia del vencedor. Pero sin embargo Antípatro supo hacer de manera que la liberación de los presos atenienses —la cual ya estaba seguramente decidida—, pareciera consecuencia de una cita de la Odisea⁶⁴ que Jenócrates trajera oportunamente consigo al ser invitado a la mesa de la Corte.

Ahora bien, una liga de hombres donde a cuatro de sus miembros —tan conocidos como Platón, Aristóteles, Hermias y Jenócrates—, puede demostrárseles, sin duda con nuestros pobres datos, un apoyo tan claro y duradero a la causa macedonia, bien puede ser considerada en su totalidad, con pleno derecho, como una herramienta eficaz de promoción de la política macedonia en la sociedad. Y desde luego Foción se adhirió a esta alianza en su temprana juventud, alimentó su contacto con el principal dirigente de la misma, con Jenócrates, hasta el final de su vida, de más de 80 años, y quiso asumir también en su actividad pública los fundamentos allí enseñados de una moral filosófica como regla de

⁶¹ Los pasajes que lo confirman han sido compilados por Davisius, sobre *Tusculanae* de Cicerón 5, 32, 91.

⁶² Plutarco, *Adversus Colotem*, cap. 32: “παρὰ Ξενοκράτους Ἀλέξανδρος ὑποθήκας (véanse los *Monatsberichte* de la *Berliner Akademie* 1876, p. 593) ἤτησε περὶ βασιλείας.” Compárese el rótulo del fragmento 48 del *Florilegium* de Estobeo, y Diógenes Laercio 4, 14: “πρὸς Ἀλέξανδρος περὶ βασιλείας δ’[...] πρὸς Ἡφαιστίωνα.”

⁶³ Diógenes Laercio 4, 8 y 11.

⁶⁴ 10, 383: “ὦ Κίρκη, τίς γάρ κεν ἀνὴρ, ὃς ἐναίσιμος εἶη, / πρὶν τλαίη πάσσασθαι ἐδητύος ἠδὲ ποτήτος, / πρὶν λύσασθ’ ἐτάρους καὶ ἐν ὀφθαλμοῖσιν ἰδέσθαι;” [“¡Oh Circe! ¿Qué varón de buen juicio se atrevería a gustar de la comida o del licor sin haber liberado antes a los suyos y verlos con sus ojos?”, V. A.].

conducta. Con qué firme fidelidad, despreciando toda consideración de prudencia, estaba entregado a aquellas doctrinas académicas, lo muestra su comportamiento en el asunto que le motivó su condena a muerte. Y dado que en dicho suceso se muestra la influencia de la Academia en la formación de su carácter —de manera mucho más contundente que en su participación, documentada históricamente, en las lecciones de Platón,⁶⁵ y que en sus relaciones nunca interrumpidas con Jenócrates—,⁶⁶ por ello bien podemos comentarlo ahora, sin consideración a la cronología de los hechos.

4. LA MORAL ACADÉMICA DE FOCIÓN

La marca que distingue la moral platónica, trasplantada a la Academia, reside en la sentencia de que el ser humano debe preferir antes sufrir injusticia que cometerla. Para las teorías morales modernas, las cuales se encuentran todas, de manera consciente o inconsciente, bajo el sello del ideal bíblico, esta sentencia es sin duda suficientemente familiar. Sin embargo para toda la Antigüedad no platónica^{XVII} su simple formulación teórica le es tan ajena como lo ha seguido siendo en todas las épocas su realización práctica. El sentimiento popular griego, como en general el sentimiento popular antiguo, solo exigía que lo bueno fuera compensado con lo bueno, y permitía que lo malo se pagara con lo malo; dicho mal —o bien compensación por el mal infligido o bien protección contra la injusticia amenazante—, deja de ser injusto. En la auto-negación que se torna indefensa —al no permitir determinadas acciones tampoco como protección— no se veía la prueba de una altura moral que desbordara la capacidad de los seres humanos comunes; antes bien se consideraba un signo de una mentalidad sumisa, servil, esto es, la negación de aquella virtud que es absolutamente el sostén indispensable de las restantes virtudes, a saber, la negación de la valentía, la cual solo es reconocible en una resistencia enérgica, y nunca en una entrega sufriente. También el verdadero Sócrates debe de haber compartido, o al menos no haber combatido, esta opinión ampliamente dominante en el entorno. Si se hubiese opuesto, su discrepancia con respecto a lo pareceres convencionales habría chirriado tanto que resulta imposible que pudiera haber escapado en tal caso a la atención del propio Jenofonte, por muy poca que sea la capacidad intelectual que, por lo demás, se quiera atribuir a este último. Ahora bien, Jenofonte hace que su Sócrates reconozca expresamente el valor varonil en el hecho de que “se supere a los amigos

⁶⁵ Plutarco, *Vida de Foción*, c. 4; *Adversus Collothem*, c. 32.

⁶⁶ Plutarco, *Foción* c. 4, 27, 29.

haciendo buenas obras, y a los enemigos incrementando el mal”.⁶⁷ Y el hecho de que también otros socráticos entendieran a su maestro de manera similar, lo muestran las siguientes palabras⁶⁸ puestas en su boca, que supuestamente justificarían un rechazo de la invitación de Arquelaos (véase arriba): “Aquel que haya sido llevado a la situación de no poder compensar tanto el bien recibido como el mal que se la ha infligido, este sufre una violencia por exceso”. El Sócrates platónico, esto es, Platón, es el primero en haber completado la ruptura con la antigua moral asentada en el derecho de compensación, el primero que vitupera el dar por bueno el uso, ante los malos, de armas similares, y que elogia al sufridor como un valiente moral. Se cuenta ciertamente⁶⁹ que el Diálogo *Gorgias*, en el que Platón desarrolla esta doctrina,⁷⁰ atrapó el ánimo de un terrateniente corintio con virulencia iluminadora, y que tras la lectura precisamente de este escrito fue impelido a sacrificar su propiedad y a consagrarse a la filosofía platónica. Por lo demás la vida privada griega deja entrever poca repercusión de aquel enaltecimiento platónico del sufrimiento de la injusticia. El que un hombre de Estado, en horas de difíciles decisiones políticas, declare públicamente que prefiere sufrir a realizar injusticia — una tal política académica en el sentido propio del término— no conoce en toda la historia antigua, y quizá tampoco en la moderna, ningún otro ejemplo que el dado por Foción a raíz de la circunstancia que a continuación relatamos.

Tras la muerte de Antípatro, su hijo Casandro, para asegurarse de cara a sus sucesivas empresas la posesión de Muniquia, la fortaleza de Atenas, puso al frente de la ocupación macedonia —en lugar de su hasta entonces mandatario, en el que no confiaba plenamente— a Nicanor, hombre por completo entregado a él. Poco después entró en Grecia el enemigo de Casandro, Poliperconte, nombrado regente por Antípatro, quien prometió a los atenienses la abolición de la Constitución de Antípatro —de la que hablaremos con más detalle más adelante— y la reinstauración de la anterior democracia. Para evitar la aceptación de este ofrecimiento Nicanor, el comandante de la fortaleza de Casandro, quiso negociar personalmente con el Consejo ateniense en el puerto del Pireo, y se desplazó allí después de que Foción, quien desempeñaba entonces el cargo de estratega por cuadragésima quinta vez,⁷¹ le proporcionara una escolta segura. Se advirtió a Foción sobre el hecho de que todas las medidas de Nicanor adoptadas en los últimos tiempos tenían el claro

⁶⁷ *Memorabilia* 2, 6, 35: “ἀνδρὸς ἀρετὴν εἶναι, νικᾶν τοὺς μὲν φίλους εὖ ποιοῦντα, τοὺς δὲ ἐχθροὺς κακῶς.”

⁶⁸ Aristóteles, *Rhetorica* 2, 23, p. 1398a 24: “δι’ ὃ Σωκράτης οὐκ ἔφη βαδίζειν ὡς Ἀρχέλαον· ὕβριν γὰρ ἔφη εἶναι τὸ μὴ δύνασθαι ἀμύνασθαι ὁμοίως καὶ εὖ παθόντας ὥσπερ καὶ κακῶς.” Compárese nota final XII.

⁶⁹ De un *Diálogo aristotélico* en Temistio, *Oratio* 23, p. 556, Dindorf.

⁷⁰ A partir del párrafo 469e.

⁷¹ Plutarco, *Foción*, c. 8.

propósito de apoderarse del Pireo; el comandante ateniense en el Pireo ya había preparado su detención. Pero Foción lo dejó desplazarse sin impedimento, y cuando se le pidió cuentas por ello, replicó que Nicanor poseía su plena confianza; en el caso de que la traicionara, “que entonces prefería, Foción, presentarse como quien sufre la injusticia antes que como quien la causa”.⁷² No mucho tiempo después Nicanor se acercó desde Muniquia y ocupó el Pireo. El propio Plutarco, quien muestra por lo demás una admiración sin reservas por el carácter de Foción, y quien también personalmente se muestra satisfecho con los fundamentos platónicos, se sintió aquí obligado a un reproche abierto, el cual toca la cuestión de la relación entre la moral privada y la política.

Plutarco acompaña aquellas palabras de Foción —que encontró transmitidas en las fuentes históricas a su disposición de forma demasiado clara como para poder o bien ponerlas en duda o bien pasarlas por alto—, con la siguiente protesta:⁷³ “Una afirmación de tal tipo, cuando uno debe tomar decisiones sobre su propia persona, puede aparecer como noble y generosa; pero quien pone en juego de esta manera el bienestar de su patria, siendo además estratega y funcionario del Estado, sobre este no estoy seguro si no lesiona un derecho superior y más digno de respeto, a saber, aquel que debe a sus conciudadanos”.

El hombre que se apartó de la escena política con una tal inocencia a-política la había pisado unos cincuenta años antes, y se había afirmado en los cargos más elevados con un carácter de intocable, algo raro en todas partes pero especialmente en Atenas. Brillantes lazos familiares, que podrían haber facilitado su trayecto vital, no los poseía; las miradas se dirigieron hacia él por primera vez por su capacidad en la guerra, de la que dio prueba en la batalla naval de Naxos (376 a. C.). Y sin duda el sostén peculiar de su posición política se lo prestó su utilidad como hombre de guerra, utilidad que en el transcurso del tiempo, cuando desaparecieron los grandes jefes del ejército —Cabrias, Ificrates y Timoteo—, llegó a ser imprescindible. Éxitos militares tales que pudieran haber espoleado la fantasía de los contemporáneos no podía sin embargo exhibirlos. Nunca había vencido en una batalla decisiva; de igual manera tampoco introdujo cambios revolucionarios en la táctica o en el armamento. Los autores griegos, cuyo modelo literario sigue el bueno de

⁷² Plutarco, *Foción*, c. 32: “ὁ δὲ Φωκίων ἐπὶ τῷ προέσθαι τὸν ἄνδρα καὶ μὴ κατασχεῖν ἐγκαλούμενος ἔφη πιστεύειν μὲν τῷ Νικάνορι καὶ μηδὲν ἀπ’ αὐτοῦ προσδοκᾶν δεινόν· εἰ δὲ μὴ, μᾶλλον ἐθέλειν ἀδικούμενος ἢ ἀδικῶν φανερὸς γενέσθαι.” Compárese *Gorgias* de Platón, p. 469c: “εἰ ἀναγκαῖον εἶη ἀδικεῖν ἢ ἀδικεῖσθαι, ἐλοίμην ἂν μᾶλλον ἀδικεῖσθαι ἢ ἀδικεῖν.”

⁷³ Plutarco, *Foción*, c. 32: “τοῦτο δὲ ὑπὲρ αὐτοῦ μὲν ἂν τινὶ σκοποῦντι δοκοίη καλοκαγαθικῶς λελέχθαι καὶ γενναίως· ὁ δὲ εἰς πατρίδος ἀποκινδυνεύων σωτηρίαν, καὶ ταῦτα στρατηγὸς καὶ ἄρχων, οὐκ οἶδα, μὴ μείζον τι παραβαίνει καὶ πρεσβύτερον τὸ πρὸς τοὺς πολίτας δίκαιον.”

Nepote,⁷⁴ tenían sin duda razón cuando afirmaban que con Ifícrates, Cabrias y Timoteo habría concluido la serie de “generales atenienses dignos de ser considerados”, y cuando no incluían en absoluto a Foción en dicha serie. El éxito que conllevó más participación de su parte, la liberación de una Bizancio asediada por Filipo, no fue fruto tanto de una acción militar como política, la cual le fue posible gracias a que su colega en la Academia platónica, León,⁷⁵ —quien se encontraba a la cabeza de los bizantinos—, le garantizó el acceso a la ciudad, algo que habría sido negado a todo otro general ateniense. Foción pertenecía a la clase de “los generales que avanzan con seguridad”, los preferidos con diferencia por César Augusto,⁷⁶ los cuales se proponían sus tareas estrictamente según las reglas del arte y según la cantidad de medios disponibles, y entonces las llevaban a cabo con la puntualidad de un autómatas. Le faltaba el fuego sagrado o demoníaco que, según la conocida palabra francesa, impregna al nacido soldado, y que solo él presta energía explosiva al cálculo militar. A la cabeza de las tropas no parece haberse sentido especialmente cómodo. Mientras los grandes generales de la época difícilmente soportaban la vida en los círculos burgueses de Atenas, pasaban el mayor tiempo posible en el campamento y, acabada la campaña, preferían asentarse en cualquier lugar antes que en Atenas,⁷⁷ Foción, cumplidos debidamente los encargos militares, retornaba siempre lo más pronto posible a su humilde vida hogareña, a su respetable ama de casa, la cual amasaba el pan^{XVIII} con sus propias manos.⁷⁸

Su peculiaridad oratoria era del mismo estilo que la guerrera. No gozaba de la capacidad de ganarse los ánimos de los oyentes con la violencia de una palabra arrebatadora, ni la de captar su entendimiento con el lazo de la dialéctica artística, y tampoco aspiraba desde luego a ello. Pero sabía hacer valer, con una seca eficacia incomparable, el derecho del sano entendimiento humano frente a la violencia o los artificios retóricos. Cuando, tras un discurso impetuoso de Demóstenes o Leóstenes, aparecía el sobrio, nunca gesticulante Foción,⁷⁹ y con breves y vivas frases, con una comparación oportuna aquí y allá, trazaba el balance, con una claridad

⁷⁴ Timotheus 4, 4: “*Haec extrema fuit aetas imperatorum atheniensium: Iphicratis, Chabriae, Thimotei; neque post illorum obitum quisquam dux in illa urbe fuit dignus memoria (ἀξιόλογος).*”

⁷⁵ Plutarco, *Foción*, c. 14, según la lectura correcta.

⁷⁶ Suetonio, *Augusto*, cap. 25: “*Nihil minus perfecto duci quam festinationem temeritatemque convenire arbitrabatur. Crebro itaque illa iactabat: ‘σπεῦδε βραδέως. ἀσφαλῆς γάρ ἐστ’ ἀμείνων ἢ θρασὺς στρατηλάτης’* (de *Fenicias* de Eurípides, 608)” [“Creía que nada convenía menos al perfecto general que la prisa y la temeridad. Constantemente pronunciaba aquellas palabras: ‘apresúrate despacio; es mejor un general que no cae que uno temerario’”].

⁷⁷ Teopompo en Ateneo 12, 532b, traducido por Nepote, *Chabrias* 3, 4.

⁷⁸ “*Μάπτουσαν*”, Plutarco, *Foción*, c. 18.

⁷⁹ Plutarco, *Foción*, c. 4.

inexorable, entre los objetivos de altos vuelos de sus oponentes y los escasos medios de Atenas, entonces era aplastante la eficacia de una tal ironía nacida del estado de cosas existente. El propio Demóstenes ha descrito con la metáfora más plástica posible la falta de ímpetu al tiempo que la sólida dureza de la oratoria de Foción cuando, al levantarse este en la asamblea popular, susurró aquel a sus amigos^{XIX}: “El cuchillo de cocinero accede a la tribuna”. Y un hombre de este tipo, cuya acción y lenguaje eran tan poco apropiados para ganarse a las masas, bien en el campo de batalla bien en la tribuna de oradores, fue designado estratego durante 45 años, un cargo, como es sabido, de los pocos que en la Atenas democrática quedaban al margen del azar del sorteo, y que no era elegido en las divisiones que suponían las tribus, donde habrían podido imperar determinadas relaciones locales, sino por el conjunto de la ciudadanía, de forma unida e indivisible.⁸⁰ La circunstancia colateral mencionada por los antiguos cronistas⁸¹ de que Foción nunca se habría presentado como candidato, es más, de que nunca habría estado presente en una Asamblea electiva, es digna de ser tenida en cuenta para este tipo de hombre, aunque no intensifique de manera considerable lo llamativo del asunto. La explicación para esta continuidad en la elección de Foción, tan inhabitual para el *demos* más humilde de Atenas, solo puede buscarse, de un lado, en su carácter personal, de otro en su posición política como caudillo o —tal es realmente el caso por lo general entre los caudillos—, como herramienta de un partido bien capacitado y que abarcaba el núcleo de la ciudadanía ateniense. Ahora bien, su carácter, en la medida en que se manifiesta en su conducta vital externa, parece en efecto apropiado para forzar el reconocimiento también de los reacios. Estar a la cabeza de ejércitos atenienses y de grandes cargos administrativos desde el principio de su mayoría de edad y seguir siendo una persona sin recursos^{XX}, cuando no directamente pobre; sufrir la presencia de un hijo bribón y de un yerno de mala reputación y sin embargo, en la ciudad de los sicofantes, participando de las crudas contiendas políticas, no haber sufrido nunca la más mínima acusación en asuntos de dinero o no haber sido objeto de una anécdota ofensiva; cultivar relaciones cercanas con señores extranjeros poderosos, hacer caso omiso siempre de sus insistentes muestras de simpatía... una dignidad e integridad tales de la conducta personal, en ningún lado frecuentes, y únicas entre los hombres públicos de la Antigüedad, debían también otorgarle, a los ojos de todos y sobre todo de aquellos conscientes de su propia debilidad, el aura de una determinación sin mancha. Y pese a toda su rigidez consigo mismo mostraba en el tráfico diario una sencillez bondadosa y una accesibilidad tales que le hacían posible mantener trato, no solo de negocios sino también amigable, con Demades, hombre de más relajadas costumbres.

⁸⁰ Véase Droysen en el *Berliner Philologische Zeitschrift*, vol. 9, pp. 5 y ss.

⁸¹ Plutarco, *Foción*, c. 8.

Para resumir ambas cualidades, la honestidad moral y la bondad sin adornos, la voz popular le dio a Foción el sobrenombre de ὁ χρηστός, “el bueno”, con la cual palabra se solía designar desde antiguo al ciudadano ateniense de buena masa de pan.^{XXI} A las Gracias tributó sin duda menos sacrificios de lo que podría esperarse de un auténtico ateniense. La amonestación a este respecto hecha llegar por Platón a Jenócrates, el indiscutible amigo de Foción,⁸² estaría también justificada en el caso de este último, aunque sin duda habría sido igualmente infructuosa. Como ocurre de manera general con la segunda generación de los Académicos, se siente poco del aliento poético y del sentido de la belleza artística que en Platón rivalizaban —tratando de imponerse—, con la seriedad del pensamiento y la imperiosa rigidez del profesor de moral. Foción y sus amigos académicos se contentaban con la observancia honesta y al tiempo literal de los imperativos filosófico-morales. Con un cálculo reflexivo, no perturbado por ningún impulso de la fantasía, quieren recorrer su camino vital como seres humanos puros y honestos, sin desear ni osar mucho ni para sí ni para su ciudad. Romper con los viejos dioses, olvidar los antiguos héroes, era mucho más sencillo para ellos de lo que lo había sido para Platón. De esta manera se reunió entonces bajo su bandera doctrinal todo lo que todavía restaba del partido de los aristócratas y terratenientes —con los que, desde Temístocles, hubieran tenido que bregar los fundadores del poder marítimo ateniense y los caudillos de la democracia—. Foción, como cabeza de partido, llegó a ser para la Atenas del siglo IV lo que había sido para la del siglo V Nicias, al que desde luego también recuerda por su competencia y medianía militares, y por su prudencia y sus sombríos barruntos políticos; solo del miedo a los dioses —que persiguió al conservador Nicias durante su vida y que, según la descripción de Tucídides,⁸³ casi lo llevó a la muerte— no se encuentra huella alguna en un Foción formado filosóficamente. Sin embargo, las circunstancias para aquel partido de la tranquilidad y la contención —en la época que confirió a Foción un cargo de estratega casi vitalicio y, después de la batalla de Queronea, incluso una especie de dictadura—, eran mucho más propicias que en la época de Nicias. Se podía recurrir a experiencias ya vividas, las cuales todavía estaban por vivir durante la Guerra del Peloponeso. Y desde que la posición de gran potencia helénica ya no estaba vacante, sino que estaba asumida de forma clara y firme por los macedonios, el partido de la tranquilidad tenía un programa claro, y fácilmente realizable —el mismo que les había faltado siempre hasta ahora— esto es, la incorporación a Macedonia. Era un programa con el que podían concordar aquellos que, como Foción y los Académicos, no podían sentirse espoleados por los estrechos intereses, limitados a la ciudad, de los propietarios de tierras y de los *eupátridas*, pero que sin

⁸² “Θὺε ταῖς Χάρισι”, Diógenes Laercio, 4, 6.

⁸³ 7, 50: “ἦν γάρ τι καὶ ἄγαν θειασμῶ τε καὶ τῷ τοιούτῳ προσκείμενος.”

embargo veían con buenos ojos la fundación de una gran Estado griego — sin consideración sobre si el mismo sería precisamente ateniense—,⁸⁴ y estaban felizmente dispuestos a verse libres, a través del mismo, de la democracia sin límites. No admite duda —nunca se ha dudado— el hecho de que Foción recomendara una política pacífica respecto de los macedonios por motivos puramente objetivos; sobre él no tenían ningún poder los resortes del ansia de dinero y del ansia de fama, los cuales influyeron seguramente en Demades, y quizá en Esquines. Y este ejemplo de Foción valdría ya por sí solo para apelar a la prudencia cuando se acusa de “traidores, movidos por sucio interés personal”,⁸⁵ a una larga lista de personas que abarca a todos los Estados griegos más importantes —acusación con la que la apasionada desesperación de Demóstenes creía poder hacer recaer sobre los partidarios de la causa macedonia, extendidos a lo largo de toda Grecia, una mácula imborrable—. De hecho Polibio, bien experimentado en la historia de su patria arcadia, ha pretendido contribuir a redimir por completo el honor de los hombres de Estado arcadios, los cuales ocupaban el segundo lugar en aquella lista de proscritos de Demóstenes entre los que se encontraba también el conocido poeta Cércidas. De una manera un tanto extensa y seca, pero con todo comprensible y sincera, Polibio expone que Demóstenes habría sido inducido a tachar de traición el “parecer político”⁸⁶ de aquellos hombres solo porque el mismo se desviaba del suyo. Desde luego Demóstenes, ni siquiera en los estallidos más virulentos de una amargura sin consuelo, podía atreverse a abordar al propio Foción con tales sospechas, y el hecho de que, en todas las numerosas elaboraciones escritas que hemos conservado de sus discursos políticos, haya evitado nombrar, ni siquiera una sola vez, el nombre de Foción —pese a que en el debate real los dos caudillos de partido se enfrentaron a menudo de forma agria—⁸⁷ ofrece una prueba contundente del carácter de intocable de este su influyente opositor. Ni siquiera en el discurso *Sobre la embajada fraudulenta* hay excepción a esta regla, aunque en el proceso paralelo Esquines, acusado por Demóstenes, había conseguido como defensores al político de finanzas Eubolo y, “de entre el número de los estrategos, a

⁸⁴ Compárese las palabras de Foción cuando Atenas entró en la “paz común” (κοινή ειρήνη), en Plutarco, *Foción*, c. 16: “δει μὴ βαρέως φέρειν, μὴ ἀθυμεῖν μεμνημένους, ὅτι καὶ οἱ πρόγονοι ποτὲ μὲν ἄρχοντες, ποτὲ δὲ ἀρχόμενοι καλῶς δὲ ἀμφοτέρα ταῦτα ποιοῦντες καὶ τὴν πόλιν ἔσωσαν καὶ τοὺς Ἕλληνας.”

⁸⁵ Demóstenes, *De corona*, § 295: “τῆς ἰδίας ἕνεκ’ αἰσχροκερδεῖας τὰ κοινῇ συμφέροντα προίεντο.” § 296 “ἐπιλείπει με λέγοντα ἡ ἡμέρα τὰ τῶν προδοτῶν ὀνόματα.”

⁸⁶ Polibio, 18 (17), 14, p. 269, 1, Dindorf: “εἰ δὲ τηροῦντες τὰ πρὸς τὰς πατρίδας δίκαια κρίσει πραγμάτων διεφέροντο [...] οὐ δὴ πού διὰ τοῦτο καλεῖσθαι προδότας ἐχρῆν αὐτοὺς ὑπὸ Δημοσθένους.”

⁸⁷ Por ejemplo Plutarco, *Foción*, c. 9, 16, 17.

Foción, el cual destaca entre todos por su justicia”.⁸⁸ Por ese apoyo ofrecido a Esquines, Demóstenes se dirige expresamente por su nombre a Eubolo;⁸⁹ Foción no es mencionado, sino que se hace referencia a él solamente con alusiones generales y palabras respetuosas, como uno de los hombres “que gozaban de la confianza de los atenienses”.⁹⁰

Estas negociaciones sobre la embajada merecen ser analizadas también desde otro aspecto más significativo porque, con la entrada pública en escena de Foción a favor de Esquines, esto es, del partido macedonio, señalan un punto nodal en su actuación política. Hasta entonces (343 a. C.), como ha remarcado expresamente Demóstenes,⁹¹ Foción no había dado ningún paso que hubiera podido marcarlo como partidario de Filipo. Las causas para este cambio de comportamiento son suficientemente evidentes. Después de que los débiles intentos de Atenas por salvar Olinto fueran contestados por Filipo con la destrucción de la ciudad más grande del norte de Grecia, y después de que Atenas, pese a todo, debiera avenirse a concluir la paz que llevó el nombre de Filócrates (346 a. C.) —a la cual dio origen la embajada puesta en cuestión—, Filipo poseía una tal posición de poder, material y moral, que para un calculador militar como Foción debía resultar algo carente de perspectiva el combatirla con los medios de entonces de Atenas, muy conocidos para él. Esta convicción puede haberla reforzado su trato con dos dirigentes macedonios enviados por Filipo a Atenas para la gestión y la finalización de las negociaciones de paz; había elegido además a los dos hombres más importantes de su entorno: a Antípatro, a quien estuviera tan unido Foción el resto de su vida, y a Parmenión. Al hacer esta elección Filipo parece haber querido mostrar por una vez a los atenienses cómo son un verdadero general y un verdadero diplomático. Filipo solía elogiar la fortuna de los atenienses de poder tener a su disposición cada año diez jefes del ejército que ocuparan los puestos del Colegio de estrategos; él mismo, decía, habría buscado incansablemente y había encontrado un solo Comandante en jefe, a saber, precisamente Parmenión⁹², enviado ahora a Atenas. En caso de que Foción necesitara información más detallada sobre la falange macedonia de Filipo y sobre su caballería tesalia

⁸⁸ Esquines, al final de su discurso *Περὶ παραπρεσβείας* [*Sobre la embajada fraudulenta*], V. A.] § 184: “παρακαλῶ δὲ Εὐβουλον μὲν ἐκ τῶν πολιτικῶν καὶ σωφρόνων ἀνδρῶν συνήργον, Φωκίωνα δ’ ἐκ τῶν στρατηγῶν, ἅμα δὲ καὶ δικαιοσύνη διενηνοχόντα πάντων.”

⁸⁹ Demóstenes, *Περὶ παραπρεσβείας*, § 290: “τί γὰρ δὴ ποτε, Εὐβολε, κτλ.”

⁹⁰ Demóstenes, *Περὶ παραπρεσβείας*, § 289: “συνεροῦσί τινες τούτοις τῶν ὑφ’ ὑμῶν πεπιστευμένων.”

⁹¹ Demóstenes, *Περὶ παραπρεσβείας*, § 289: “πάντα τὸν ἐμπροσθεν χρόνον ἀρνούμενοι μὴ πράττειν ὑπὲρ Φιλίππου.”

⁹² Plutarco, *Απορηθηγmata Philippi*, § 2: “Ἀθηναίους μακαρίζειν ἔλεγεν εἰ καθ’ ἕκαστον ἐνιαυτὸν αἰρεῖσθαι δέκα στρατηγούς εὐρίσκουσιν· αὐτὸς γὰρ ἐν πολλοῖς ἔσσεσιν ἓνα μόνον εὐρηκέναι, Παρμενίωνα.”

—quizá todavía más importante para decidir las batallas—,⁹³ no podía recibirla de una boca más experta que de la de Parmenión. Y todavía de mayor alcance pueden haber sido sus conversaciones con Antípatro, el amigo de Aristóteles (véase arriba). Ciertamente Demóstenes, desde su sentimiento democrático, no tuvo reparo en denominar, tanto a Parmenión como a Antípatro, “los servidores de su señor”.⁹⁴ Pero la carrera posterior de este poderoso hombre de Estado dejó claro a “todos” que el “servidor” estaba a la altura de las difíciles tareas de un señor que se basta a sí mismo. Cuando apareció por primera vez en Atenas en calidad de embajador de Filipo (346 a. C.), Antípatro, al igual que Foción, ya había rebasado su año quincuagésimo de vida. Ambos coetáneos tenían también en común algunos rasgos de carácter. No menos que Foción odiaba Antípatro toda pompa en la apariencia externa; el atuendo teatral del poder, que los seres humanos, y especialmente los griegos, suelen exigir de los poderosos —como contraprestación por su subordinación y para satisfacción de su deseo de espectáculo— resultaba desagradable y opresivo para Antípatro. Incluso en la época en la que era requerido sin límites, en toda la Hélade, iba de acá para allá “con su aspecto de hombre privado”, con su escaso abrigo de jinete.⁹⁵ Para los amigos de mesa y vaso era tan inaccesible como Foción. Filipo quien, como otros grandes fundadores de reinos del norte, sabía apañárselas tanto en su condición de bebedor como de regente poderoso, solía decir cuando se quería correr una juerga: “Vino para acá; es suficiente con que Antípatro esté sobrio”. Y de igual manera que en el caso de Foción, a esta sencillez sobria iba unida una bondad natural a la que se entregaba en tiempos normales, esto es, cuando no se sentía obligado a ejercer violencia contraviniendo su inclinación. Para designar su naturaleza se utilizaba, al igual que en el caso de Foción (véase arriba), la palabra “χρήστος” [“bueno”, V. A.].⁹⁶ Ahora bien, al margen del favor de las circunstancias externas, que siempre fueron más propicias para Antípatro, este superaba también a Foción en fuerza de voluntad y en acción enérgica. En las horas de peligro y, casi todavía más, cuando, superado el peligro, se trataba de impedir la vuelta del mismo, el hombre privado y su bondad desaparecían. La violencia de una naturaleza predispuesta al dominio, que no se amilanaba ante nada, se hacía presente en su terrible capacidad de réplica. Aunque también adoraba el tratar con los filósofos, sin embargo lo suyo no era en

⁹³ Saint Julien de la Gravière, “*Le drame macédonien*”, en *Revue des deux mondes*, 1 de septiembre de 1870, p. 128.

⁹⁴ Demóstenes, *Περὶ παραπρεσβείας*, p. 69: “δεσπότη διακονοῦντες.”

⁹⁵ Plutarco, *Foción*, c. 29: “Ἀντίπατρος ἰδιώτου προσώπῳ καὶ φαυλότητι χλαμυδίου καὶ διαίτης εὐτελείᾳ κατειρωνευόμενος τὴν ἐξουσίαν (ocultando su poder aparentando sumisión; compárese Plutarco, *Demetrio*, c. 18, y *Tratados sobre la teoría del drama*, p. 159).”

⁹⁶ Caristio de Pérgamo en Ateneo 10, p. 435d: “ὅτε μεθύειν προηρεῖτο Φίλιππος, τοῦτ’ ἔλεγε, χρὴ πίνειν Ἀντίπατρος γὰρ ἰκανός ἐστι νήφων.”

absoluto el preferir sufrir antes que cometer injusticia (véase arriba). Alejandro —quien no podía renunciar a Antípatro pero que se sentía muy poco atraído por una naturaleza esencialmente diferente de la suya—, al ser ensalzada su sencillez sin adorno, se supone que describió así la doble naturaleza del hombre: “Por fuera Antípatro tiene un vestido con ribete blanco, pero por dentro es completamente púrpura”.⁹⁷

Ahora bien, el hecho de que la estancia de un hombre tal en Atenas sirviera también para arreglar otros asuntos, al margen evidentemente de los de la embajada, sin duda puede ser presupuesto sin temor a equivocación alguna. Las informaciones que él podía dar, en las conversaciones no oficiales, sobre los recursos del poder macedonio y los objetivos de sus dirigentes, y el hecho de que su propia personalidad pareciera ser un aval de que, ante los helenos, se haría un uso moderado del predominio alcanzado, pueden haberle granjeado algunos amigos de la alianza macedonia entre aquellos atenienses que, como Foción, se dejaban influir por una ponderación objetiva. En todo caso parece que Foción, a partir de esta paz concluida a través de Antípatro, aclaró por completo su posición sobre la gran cuestión de la época, y durante los restantes casi 30 años de su vida no se desvió de las decisiones adoptadas entonces. Ciertamente todavía debió enfrentarse militarmente a los macedonios en dos ocasiones, en la liberación de Bizancio (340 a. C.) mencionada arriba, y de nuevo otra vez durante la Guerra Lamíaca, en la que rechazó de forma victoriosa una patrulla macedonia que había arribado a Ramnunte, en las inmediaciones de Atenas.⁹⁸ Sin embargo en ambos casos solo se puede apreciar un cumplimiento en cierto modo mecánico de un encargo oficial militar. De ahora en adelante no podía prestar su participación interna a ningún intento de Atenas de medirse en el campo de batalla con los macedonios —ni admitir la posibilidad de éxito del mismo—. Consideraba a Atenas incapaz de llevar a cabo una guerra real. De los levantamientos tumultuosos, emprendidos sin una reserva militar suficiente, preveía el lamentable final aun cuando el comienzo viniera favorecido por apuros momentáneos del gobierno macedonio. Al margen de las cambiantes peculiaridades de los dirigentes, y del fluctuante panorama político, le parecía que el poder material del Estado macedonio gozaba de una superioridad aplastante sobre la Atenas de entonces. Esta ponderación esencialmente militar de las relaciones de poder se reveló con claridad en todas las afirmaciones suyas que hemos conservado, expresadas en los debates antes de la batalla de Queronea, en la época de la expedición de Alejandro contra Tebas y en el estallido de la Guerra Lamíaca. Sus predicciones se acreditaron perfectamente certeras en los tres casos. En el período previo a Queronea se opuso abiertamente

⁹⁷ Plutarco, *Aphothegmata Alexandri*, § 17: “ἔξωθεν Ἀντίπατρος λαυκοπάρυφος ἐστὶ, τὰ δὲ ἔνδον ὀλοπόρφυρος.”

⁹⁸ Plutarco, *Foción*, c. 25.

a la política bélica de Demóstenes,⁹⁹ para quien —como profano en asuntos militares— resultaba sencillo, pese a unos obtusos generales y a unas tropas faltas de disciplina, el aguardar victorias a partir de la fuerza del entusiasmo político. Después de un gran choque en Queronea, que había costado a Atenas solo mil muertos y dos mil prisioneros,¹⁰⁰ concluyó la guerra, y Atenas, sin capacidad de resistencia y sin voluntad, quedó a merced de Filipo. Se revivió de nuevo el ánimo del partido de Demóstenes cuando Filipo, en la cima de su poder —pues ya casi había levantado el pie para marchar hacia Asia— cayó asesinado en aquellas sangrientas fiestas de bodas, con motivo de las cuales el poeta trágico Neoptólemo recitó aquellos versos¹⁰¹ sobre “los ladrones de grandes esperanzas que se acercan desapercibidos, el portador de una herida de muerte, el Hades”.^{XXII} La eliminación repentina del soberano, a quien se consideraba el alma del poder macedonio, hizo parecer a los observadores superficiales que dicho poder estaba afectado. En Atenas se quería ofrecer sacrificios públicos de agradecimiento por la noticia de la muerte, y la correspondiente propuesta de Demóstenes ya había recibido el visto bueno del Consejo.¹⁰² Pero Foción —quien desde el día de Queronea estaba no menos reafirmado que antes en su cargo de estratego—, elevó una protesta, y parece haber tenido éxito en impedir que la Asamblea aceptara la propuesta. Alegó no solo que es innoble una tal alegría pública por una desgracia, sino también que no habría ningún motivo real para la misma. Dijo: “Pues el poder que visteis frente a Queronea solo ha disminuido en un solo hombre”.¹⁰³ Demóstenes sin embargo no se dejó aconsejar: icómo especialmente en esa ocasión se dañó a sí mismo y a Atenas, sobre todo por haber minusvalorado todo lo macedonio, fruto del orgullo racial ateniense! Cuando Alejandro ya se aproximaba para hacer de Tebas un espantoso cuadro de terror, como le ocurriera a Olinto bajo el brazo destructor de Filipo, todavía proseguía Demóstenes con su “hacer escarnio público del chiflado muchacho de Pella”.¹⁰⁴ Pero Foción, quien

⁹⁹ Plutarco, *Foción*, c. 16.

¹⁰⁰ Licurgo en Diodoro 16, 88.

¹⁰¹ “Αφαντος προσέβη μακρὰς ἀφαιρούμενος ἐλπίδας θανάτῳ πολύμοχθος Ἴαιδας.” Diodoro 16, 92; Nauck, *Fragmenta tragica adespota* 100.

¹⁰² Esquines, *Contra Ctesifonte*, § 160: εἰς αἰτίαν εὐαγγελίων θυσίας τὴν βουλὴν κατέστησεν (Δημοσθένης), donde, como enfatizan los Escolios y Thirlwall, *History of Greece* 6, 145, solo se menciona la βουλή [“el Consejo”, V. A.], con exclusión intencionada del *demos*.

¹⁰³ Plutarco, *Foción*, c. 16: “τὴν ἐν Χαιρωνείᾳ παραταξαμένην πρὸς αὐτοὺς (τοὺς Ἀθηναίους) δύναμιν ἐνὶ σώματι μόνον ἐλάττω γενέσθαι.”

¹⁰⁴ Esquines, *Contra Ctesifonte*, § 160: “ἐπωνυμίαν Ἀλεξάνδρῳ Μαργίτην ἐτίθετο (compárese Hipérides, *Para Licofronte* 6, 25. p. 25a, Blass: ‘Μαργίτης ὁ πάντων ἀβελτερώτατος’), ἀπετόλμα δὲ λέγειν, ὡς οὐ κινήθησεται ἐκ Μακεδονίας: ἀγαπᾶν γὰρ αὐτὸν ἔφη ἐν Πελλῇ περοπατοῦντα καὶ τὰ σπλάγχνα φυλάττοντα (poner el pellejo a salvo).” Plutarco, *Demóstenes*, c. 25: “παῖδα καὶ Μαργίτην ἀποκαλῶν αὐτὸν.” Compárese Plutarco, *Alejandro*, c. 11.

supo apreciar mucho mejor que Demóstenes la intervención decisiva de este “muchacho” en la batalla de Queronea, lo declaró, utilizando un verso homérico, un hombre adulto al que sería mejor no irritar, y no tenía reparo alguno en reconocer públicamente que solo había asumido ese cargo estatal para impedir toda veleidad belicista de Atenas, y para salvaguardar de su ruina a los atenienses, incluso contra su voluntad.¹⁰⁵ Con tal propósito defendió también entonces, frente a la oposición de Demóstenes e Hipérides, el envío de una unidad de la flota para que participara en las empresas de Alejandro, y a raíz de ello formuló la totalidad de su política con la afirmación siguiente —apenas impugnabile en la teoría, y muy difícil de seguir en la práctica—: se debe o bien alcanzar la superioridad militar o bien estar en buenos términos con quienes la poseen.¹⁰⁶ Durante los doce años en los cuales Alejandro llevó a cabo sus grandes hazañas también logró Foción preservar a los atenienses de dar pasos precipitados. Él y el partido a cuya cabeza se encontraba fueron sostenidos en ello no solo por el terror que inspiraban las ruinas de Tebas, y por la perspicacia y energía desplegadas por Antípatro en Grecia como gobernador, sino también por la atención y admiración con las que los contemporáneos acompañaron de buen seguro aquella marcha conquistadora a lo largo de la parte occidental de Asia. Mientras “la diosa Fama dirigió su mirada de águila desde el casco de Alejandro”,¹⁰⁷ debió imponerse el silencio en la escena de los oradores atenienses. En el mercado de Atenas había felicitaciones cuando el anuncio de una victoria en un campo de batalla asiático suplantaba al anterior.¹⁰⁸ Y según una interpretación de Demóstenes difícil de ser malinterpretada,¹⁰⁹ Foción afirmó precisamente en público que debía ponerse todo el empeño para mantener en pie el actual estado de cosas, así como la paz con Macedonia sobre la que el mismo descansaba. Sin embargo cuando Alejandro hubo clausurado, sin sucesión firme, su corta y asombrosa vida, al tiempo que la larga vida de Antípatro pareció transformarse, para los que abrigaban

¹⁰⁵ Plutarco, *Foción*, c. 17: “Δημοσθένους λοιδοροῦντος τὸν Ἀλέξανδρον ἤδη προσάγοντα τὰς Θήβαις ἔφη· (Odisea IX, 494) σχετίλιε τίπτ' ἐθέλεις ἐρεθιζέμεν ἄργιον ἄνδρα [...] ἀλλ' ἡμεῖς οὐδὲ βουλομένοις ἀπολέσθαι τούτοις (τοῖς Ἀθηναίοις) ἐπιτρέπομεν, οἱ διὰ τοῦτο στρατηγεῖν ὑπομένοντες.”

¹⁰⁶ Plutarco, *Foción*, c. 21: “λέγω τοίνυν ὑμῖν ἢ τοῖς ὅπλοις κρατεῖν ἢ τοῖς κρατοῦσι φίλους εἶναι.”

¹⁰⁷ “*When Glory like the dazzling eagle stood/ perch'd on my beaver in the Granick flood*”. Nathaniel Lee, *Alexander*, acto 2, escena 1 (*Works*, 1772, vol. 8., p. 234).

¹⁰⁸ Demóstenes, *De corona*, § 323: “οὐκ ἐπὶ μὲν τοῖς ἐτέρων εὐτυχήμασι φαιδρὸς ἐγὼ καὶ γεγηθὼς κατὰ τὴν ἀγορὰν περιέρχομαι τὴν δεξιὰν προτείων καὶ εὐαγγελιζόμενος κτλ.”

¹⁰⁹ Demóstenes, *De corona*, § 89: “τὴν νῦν εἰρήνην οὗτοι κατὰ τῆς πατρίδος τηροῦσιν οἱ χρηστοί” y § 323: “ἐν οἷς ἀτυχησάντων τῶν Ἑλλήνων εὐτύχησεν ἕτερος ταῦτ' ἐπαινοῦσι καὶ ὅπως τὸν ἅπαντα χρόνον μενεῖ φασὶ δεῖν τηρεῖν.” Sobre el sobrenombre ó χρηστός (el Bueno) de Foción, véase nota final XXI.

esperanzas precipitadas, en una débil senilidad,¹¹⁰ entonces, durante un momento, Foción perdió las riendas. No pudo impedir el estallido de la Guerra Lamíaca, si bien él —quien conocía a Antípatro y estaba en situación de poder comparar de manera imparcial los recursos del reino macedonio, acrecentados hasta el infinito, con los atenienses, casi agotados— previó para esta osadía un fracaso todavía más penoso que aquel que hubo que lamentar en Queronea. Al más virulento instigador de la guerra, Leóstenes, quien apeló con palabras impetuosas a sacudirse el yugo macedonio, replicó Foción: “Tus discursos, joven, se asemejan a los cipreses; son bellos y altos como ellos, pero infructuosos”.¹¹¹ Tampoco los primeros éxitos alcanzados bajo la dirección de Leóstenes apartaron a Foción de su percepción sombría del conjunto de la situación. Sabía que los macedonios podían perder muchas batallas sin gran riesgo, mientras que los atenienses, carentes de tropas de reserva, no podrían sobrellevar una sola derrota de su ejército de tierra. Expresó esta convicción con una comparación extraída de los diferentes tipos de carrera de velocidad helénica, y dijo: “Con una carrera sencilla nos habría ido bien bonito, pero tengo miedo de la carrera larga; pues la ciudad no dispone, en sus existencias, de más dinero, de ninguna otra flota y de ninguna otra infantería”.¹¹² En efecto se evidenció que —después de que llegaron las tropas de Asia para liberar al asediado Antípatro— un pequeño encuentro —en el que los vencidos atenienses, junto a sus aliados, solo perdieron, según los datos más elevados,¹¹³ 500 hombres, y los vencedores macedonios solo 130—, fue suficiente para sofocar aquella mentalidad de perpetuar la resistencia, y para procurar a esa pequeña localidad tesalia en la que tuvo lugar el encuentro un recuerdo histórico indeleble, aquel otorgado a “la batalla de Cranón” como día de la definitiva muerte política de Atenas. Foción, el incansable opositor de la política de agresión, debió asumir, como embajador de Atenas ante su amigo Antípatro, el intento de salvar —de la Constitución municipal de su patria— al menos tanto como fuera compatible con los intereses del reino macedonio.

5. LA CRÍTICA DE FOCIÓN EN EL SIGLO XIX

¹¹⁰ *Carta de Demades*, en Arriano (Biblioteca de Focio, p. 70a 5): “οὐς Ἑλληνας ἀπὸ σαπροῦ καὶ παλαιοῦ στήμονος ἠρτημένους.” Compárese Plutarco, *Foción*, c. 30, y Plutarco, *Demóstenes*, c. 31.

¹¹¹ Plutarco, *Foción*, c. 23: “οἱ λόγοι σου, ὦ μειράκιον, εἰκόασι κυπαρίττοις· καλοὶ (así en las máximas de Foción, § 12, en vez de μεγάλοι) γὰρ ὄντες καὶ ὑψηλοὶ καρποὺς οὐ φέρουσι.

¹¹² “Καλῶς πρὸς τὸ στάδιον· τὸν δὲ δόλιχον τοῦ πολέμου φοβοῦμαι, μήτε χρήματα τῆς πόλεως ἕτερα μήτε ναῦς μήτε ὀπλίτας ἐχούσης.” Plutarco, *Foción*, c. 23. Compárese nota final XVI.

¹¹³ Diodoro 18, 17. En las fuentes utilizadas por Pausanias 17, 10, 5, se reduce las pérdidas de los vencidos a tan solo “unos doscientos”.

Llegados a este punto puede ser interrumpida la revisión histórica —que solo debía traer a la memoria, de forma breve, los hechos más decisivos y libres de toda duda—, y puede expresarse el asombro ante el hecho de que el comportamiento de Foción durante aquellos 30 años —aunque no pueda negarse su carácter consecuente ni pueda ser sospechosa la pureza de las causas de sus movimientos—, sin embargo haya encontrado tan poco reconocimiento en las numerosas y en parte brillantes presentaciones críticas de aquella época, producidas recientemente en Inglaterra y Alemania. Desde luego que el aplicado Grauert¹¹⁴ —cuya juventud coincidió con el período de entusiasmo filohelénico, y quien se dejara arrastrar por la exaltada adoración de su maestro Niebuhr por el “santo”¹¹⁵ Demóstenes— no pudiera transportarse al curso de las ideas de Foción, es harto disculpable dado que, en el adormecimiento político de los años 20 y 30 de este siglo, un joven erudito alemán con vocación disponía de menos posibilidades para aguzar y fortificar su juicio político. Y donde falta un juicio político tal entonces un ser humano bien dispuesto suele asumir, sin entrar en mayores consideraciones, el partido de los vencidos. Cuando, más allá, Grote¹¹⁶ condena de manera incondicional a Foción y —usando lemas como “anti-helénico” y “anti-ateniense”— cree haber demostrado el carácter reprobable de incluso aquellos aspectos de su naturaleza política atribuibles a influencias filosóficas, entonces tal proceder concuerda con el tono jurídico con el cual sin duda se complace mucho este abogado de toda democracia, incluida la radical ateniense. Pero ciertamente puede desconcertar que un hombre como Thirlwall, pertrechado de todo el aparato necesario para una investigación independiente, madurado en la escuela de la vida pública inglesa, y libre de todo partidismo ruin, ni siquiera reconozca a Foción las circunstancias atenuantes y lo lleve al cadalso de la manera más rigurosa. Lo hace en breves escritos, a cuyo examen más cercano nos sentimos requeridos dado que los mismos —como no puede ser de otra forma en un escritor de tal valía—, evitan frases indignas como “no helénico, no ático”, etc., y dado que en las posteriores obras de historia alemanas no se ha presentado nada más potente en disfavor de Foción.

¹¹⁴ Véase *Geschichte Athens seit dem Tode Alexanders d. Gr.*, en "*Historische und philologische Analekten*", 1833, p. 208 y ss.

¹¹⁵ Véase *Kleine Schriften*, 1, 467 y 481, de Niebuhr.

¹¹⁶ *History of Greece*, 12, 482-486.

Ahora bien, Thirlwall, después de narrar la ejecución de Foción, intercala el siguiente epitafio:¹¹⁷

Su destino coincidió con un tiempo sombrío y movido, en el que era difícil actuar políticamente con dignidad, y el mejor patriota podía entregarse a la desesperación. Pero él dudaba, y con todo era activo políticamente. No dudaba solo de su patria (*of his country*) —lo que está permitido hacer a cualquiera sin incurrir por ello en culpa alguna—, sino que dudaba también en nombre de su patria (*for his country*), a lo que nadie está legitimado. En lo que hubiera dependido de él, habría obligado a su patria a dudar de sí misma. Se oponía a todo intento —emprendido por patriotas atrevidos y esperanzados— de reestablecer su independencia. No se apartó de la vida pública, sino que actuó como herramienta de los enemigos de su patria, como el servidor de un soberano extranjero, y se contentaba con suavizar la presión del yugo degradante que él había contribuido a colocar.

Se puede admitir en general la corrección de estas frases por lo que respecta a la incompatibilidad de la desesperación con la actividad política, y con cualquier otra actividad;¹¹⁸ pero no es admisible su aplicación al caso de Foción. La acción política de Foción no se movió en la dirección de su desesperación. Él desesperaba, por motivos militares y políticos bien ponderados, sobre la capacidad de Atenas de afirmarse como Estado a un mismo nivel que la monarquía militar macedonia, o incluso, dado el caso, como Estado promotor de la guerra. Y su acción política aspiraba precisamente —mediante el reconocimiento complaciente de aquello tan inevitable como ansiado por tantos desde tiempo atrás— a facilitar el paso de la ciudad a un gran Estado griego unitario. En nuestros días incluso algunos políticos de los pequeños Estados italianos y alemanes han tenido que solucionar un problema similar, y lo han solucionado, de seguro no para deshonra suya, en el sentido de Foción. Para dar por lícito el paralelismo aquí sugerido hay que evitar desde luego las exageraciones de Demóstenes, quien considera a los macedonios, frente a los helenos, como extranjeros y bárbaros.¹¹⁹ En realidad los macedonios eran una parte de los griegos que todavía no se habían desarrollado al punto de alcanzar una plena madurez cultural. Ya no eran bárbaros, como en toda gran comunidad popular los habitantes

¹¹⁷ *History of Greece* 7, 279.

¹¹⁸ “*Pessimum est quidquid agitur a desperantibus*”, Plinio, *Historia naturalis*, 18, § 36.

¹¹⁹ Demóstenes, *Olíntica* 3, § 16: “οὐ βάρβαρος;” § 24: “βάρβαρον Ἑλλησι”. *Filípica* 3, § 31: “οὐχ Ἕλληνος ὄντος οὐδὲ προσήκοντος οὐδὲν τοῖς Ἑλλησιν.”

del norte, llegados a la cultura más tarde y en peores condiciones, son parientes —miembros del mismo pueblo—, de aquellos que participan de todas las ventajas del sur. La diferencias lingüísticas no eran mayores que las de dorios y jonios; y faltaban por completo las diferencias religiosas, las cuales podrían haber permitido obviar la desproporción de las fuerzas enfrentadas, y haber insuflado al Estado pequeño, en lucha contra el vecino más poderoso, aquel entusiasmo temerario que por ejemplo condujera a la victoria a los macabeos, y en cierto modo también a los partos, contra el gran Estado sirio de los diádocos, y que fortaleciera a los atenienses de la época de Maratón en su resistencia contra los persas. Incluso la Constitución monárquica de Macedonia, aun cuando pudiera generar, ya como monarquía, repugnancia en los demócratas atenienses corrientes, no tenía por qué intimidar en absoluto a un Foción que había conformado sus principios políticos en la Escuela de Platón y en la escuela de la experiencia. Pues la monarquía macedonia estaba muy lejos de ser una monarquía despótica, en el sentido asiático, o ni siquiera absoluta, en el sentido moderno. Sin duda en el trono macedonio, no menos frecuentemente que en otros, personalidades poderosas rebasaron los límites legales. Pero desde un punto de vista jurídico siempre siguieron existiendo dichos límites, e incluso en nuestras escasas fuentes nos es dado reconocer de forma clara la división de la soberanía estatal entre rey, nobleza y pueblo.¹²⁰ Le era lícito a Foción por ende confiar en que, con una confluencia pacífica de los restantes helenos con los macedonios, no solo se mantendrían las Constituciones de las ciudades, en aquellas partes que favorecían el desarrollo interno, sino también que la participación de numerosos elementos helénicos en la dirección del Estado y ejército macedonios atenuarían los rigores todavía existentes de los mismos. Esa esperanza, pese a que Foción no pudo impedir los estallidos guerreros y pese a que Atenas tuvo que aceptar por dos veces una paz dictada, con todo no era por completo vana. Como correctamente subraya Estrabón,¹²¹ Atenas conservó, durante todo el tiempo que duró el reino macedonio, los “rasgos generales” de su Constitución interna como ciudad, y la supervisión superior macedonia solo sirvió para impedir que Atenas ejerciera una política exterior propia. Tampoco, al menos en el caso de la casa de Antípatro —a quien Foción había entregado su confianza— se adoleció de falta de consideración hacia los deseos y las legítimas peculiaridades de Atenas. Casandro aspiró a hacer más llevaderos algunos

¹²⁰ Véase Otto Abel, *Makedonien vor König Philipp*, p. 125 y ss.

¹²¹ 9, p. 398: “εἴ τι μικρὸν ὑπὸ τῶν Μακεδονίων βασιλέων παρελυπήθησαν (οἱ Ἀθηναῖοι) ὥσθ' ὑπακούειν αὐτῶν ἀναγκασθῆναι, τὸν γε ὀλοσχερῆ τύπον τῆς πολιτείας τὸν αὐτὸν διετέρουν.”

aspectos de las normas de su padre Antípatro sentidos como especialmente opresivos.

Ahora bien, el hecho de que Foción hubiera poseído también el valor de llevar a la práctica aquella política que le parecía correcta —esto es, la de hacer voluntariamente lo inevitable—, y de que perseverara hasta el final de sus días en el campo de batalla de la “vida pública”, eso es precisamente lo que menos le puede ser reprochado desde el punto de vista del “patriotismo” (véase arriba). Incluso los filósofos sosegados, con Platón a su cabeza, reconocen la obligación del ciudadano de colaborar en la realización de lo correcto. Toda inactividad política requiere también a los ojos de Platón de una disculpa, y él disculpa la suya diciendo que los partidos existentes querían, a su juicio, lo incorrecto, al tiempo que para lo correcto no se hallaba presente partido alguno (véase arriba). Sin embargo Foción encontró un partido que depositó en él, durante toda una vida, la confianza de la más alta gestión. La valía de este partido, como la de cualquier otro, no puede ser medida por la falta de valía de sus hombres de a pie; utilizó los servicios de Demades —pagados ciertamente de forma contante y sonante— de igual manera que Demóstenes tampoco se avergonzó, en el mismo escrito de acusación,¹²² de asociar su célebre nombre al de Timarco, como compañero político en la persecución de Esquines. Y con todo Demades era, al menos, un ingenioso rufián cuya natural habilidad oratoria era antepuesta, por un experto como Teofastro, incluso a la de Demóstenes^{XXIII}; Timarco por el contrario era solo un tipo sin honor, y nada más. El núcleo del partido de Foción lo conformaban los clubs filosóficos de la Academia y del Perípato, bajo la dirección de Jenócrates, Aristóteles, Teofastro y Demetrio Falereo, quien fuera condenado conjuntamente con Foción, y a quien reemplazara más tarde. En torno a este núcleo espiritual se arremolinaban los ciudadanos pudientes —estimulados por el sueño de un gran poder—, “los mejores (βέλτιστοι)”, como los nombran las fuentes utilizadas por Plutarco.¹²³ Y el cuerpo más considerado de la ciudad, el Areópago, compuesto por los arcontes retirados, empleó su influencia tras la batalla de Queronea para que se pusiera en manos de Foción la casi absoluta dirección de los asuntos públicos.¹²⁴ Si se ha de reprochar a Foción —al continuar su actividad política bajo la Constitución de Antípatro— el haberse prestado “como herramienta de los enemigos de su patria” (véase arriba), entonces dicho reproche debería afectar al conjunto del respetable partido, el cual

¹²² Véase Franke en la ‘Introducción’ de su edición de *Timarchea des Aeschines* (Kassel y Leipzig 1839), p. XXXI, nota final 3.

¹²³ Plutarco, *Foción*, c. 16.

¹²⁴ Plutarco, *Foción*, c. 16: “ἔπεισαν ἐπιτρέψαι τῷ Φωκίῳ τὴν πόλιν.”

permaneció a su lado de manera imperturbable al tiempo que constituía una parte muy importante de la “patria”.

6. LA CONSTITUCIÓN DE ANTÍPATRO

Pues bien, los rasgos esenciales de la Constitución de Antípatro concordaban con las aspiraciones tradicionales del partido conservador, de las que sin embargo, por sus solas fuerzas, este solo había estado cerca una vez, y por breve tiempo, durante el dominio de los llamados Cuatrocientos. En comparación con el estado de cosas anterior, la modificación esencial viene dada por la limitación del derecho general de voto, la cual excluía de la participación en las Asambleas electivas y legislativas a quienes no satisficieran en el censo una cantidad de más de dos mil dracmas (1572 marcos). Respecto del proceder en el cálculo, un investigador de tanta garantía en los asuntos económico-nacionales como Boeckh,¹²⁵ tras una ponderación meditada, se decidió por interpretar en un sentido sencillo y literal las palabras del único informe al que tenemos acceso,¹²⁶ las cuales exigen “la propiedad de más de 2000 dracmas”, y por creer que con este depósito no se entiende una parte de patrimonio separada para la tributación, un así llamado impuesto sobre el capital, sino que se refería a la suma del patrimonio total. A otros¹²⁷ sin embargo un tal tipo de cálculo les pareció que se traducía en un límite muy bajo para el censo, por ende incompatible con la intención y el éxito de la medida. Por ello querían entender que los 2000 dracmas no se referían al patrimonio total, mobiliario e inmobiliario, sino solo al patrimonio inmobiliario, según el criterio para la división en clases establecido por Solón. Sea cual sea la versión a la que uno pueda inclinarse en esta controversia difícilmente dirimible con los medios que hoy tenemos al alcance, en todo caso el límite del censo, como muestra su resultado, debe haber sido uno muy alto para las relaciones de entonces en Atenas. En efecto solo tres séptimos (9000 ciudadanos) de los 21 000 existentes pudieron demostrar la posesión del mínimo para el censo. Cuatro séptimos (12 000) fueron excluidos, presumiblemente^{XXIV} por el procedimiento de una revisión severa de la lista de ciudadanos la cual, como en casos precedentes, era llevada a cabo por el procedimiento de una votación en cada uno de los *demos* (διαψήφισις). Ahora bien, los individuos privados del derecho de ciudadanía no solo eran postergados políticamente, de la forma más dolorosa, sino que se sellaban también las fuentes de ingresos que habrían posibilitado un alivio en la existencia de

¹²⁵ *Staatshaushalt der Athener I*, 635 de la segunda edición.

¹²⁶ Diodoro 18, 18: “τοὺς κεκτημένους πλείω δραχμῶν δισχιλίων κυρίουσ εἶναι τοῦ πολιτεύματος καὶ τῆσ χειροτονίας.”

¹²⁷ Véase Bergk en “*Jahns und Fleckeisens Jahrbücher*”, 65, 397.

la mayoría de aquellos sin recursos económicos. Pues quien no gozaba de ciudadanía plena tampoco tenía consecuentemente ningún derecho a las ayudas del tesoro público, las cuales habían sido preservadas, desde la creación de la democracia, en la forma de dinero para espectáculos y de dietas para el ejercicio de los derechos y obligaciones políticas en el Tribunal de jurados y en la Asamblea del pueblo. En la necesidad ineludible de poner límites precisamente a estos gastos continuos, los cuales ponían en dificultades las finanzas de un Estado agotado, bien se puede encontrar una razón concurrente para establecer un límite tan alto para el censo. Ahora bien, si aquellos 12 000 hombres adultos, privados al tiempo de sus derechos políticos y económicos, hubieran permanecido en el mismo recinto amurallado que los 9000 acomodados, entonces la paz, comprensiblemente, solo habría podido mantenerse a través de una violencia militar muy férrea. Se eligió por ello una gestión similar a la que se había empleado para descongestionar la ciudad del gran número de ciudadanos sin recursos en la época de una Atenas todavía poderosa y conquistadora, esto es, las colonias o, como reza la expresión ateniense, *cleruquías*. Antípatro se declaró dispuesto a garantizar la concesión de tierras en Tracia a los 12 000 expulsados del grupo de ciudadanos áticos de pleno derecho. Desde luego este conato de analogía con las *cleruquías* se derrumbaría por completo si fuera cierto precisamente lo que Grote — sin dar muestras de haberlo reflexionado— presenta en su muy leída obra¹²⁸ como un hecho, a saber, que los 12 000 fueron “deportados” a Tracia. En efecto es asombroso que Grote se haya alejado en este punto tanto del verdadero estado de cosas cuyo inmediato antecesor inglés ya había iluminado de forma suficiente. Thirlwall,¹²⁹ en uno de aquellos comentarios que, sin abuso de citas, dan testimonio del más serio estudio de las fuentes, ya señaló, a partir de las palabras inequívocas de Plutarco,¹³⁰ que nadie fue forzado a trasladarse a Tracia, que por lo tanto no se puede hablar de “deportación”, que en realidad la mayoría aceptó el ofrecimiento de Antípatro, pero que sin embargo no pocos se quedaron, parte en la propia Atenas parte en el territorio ático. Sin embargo quién querría negar que la medida en su conjunto —la cual privaba a 12 000 atenienses de la plena posesión de sus derechos políticos, disfrutados hasta ahora sin interrupción, y no perdidos por ninguna deuda personal— era con todo, pese a tal aligeramiento, de una dureza espantosa. Pero el caso es que Foción ni la aceptó libremente ni la recomendó; tuvo que aceptarla como una medida inevitable, impuesta por el vencedor, a la que

¹²⁸ *History of Greece* 12, 437.

¹²⁹ *History of Greece* 7, 210.

¹³⁰ Plutarco, *Foción*, c. 28, al final, donde de forma clara los 2000 son separados en dos clases, los que permanecen (μένοντες) y los que emigran (μεταστάντες εις Θράκην).

Atenas hubo de entregarse incondicionalmente¹³¹ como consecuencia de la guerra desaconsejada por el propio Foción. Antípatro desde luego perseguía con ello, preferentemente, el propósito de arrebatarse —a los políticos que ansiaban una política exterior independiente— la peligrosa herramienta que habrían encontrado en aquella masa de ciudadanos sin recursos, la cual habría sido azuzada fácilmente para la guerra y de la cual, a su juicio, habrían abusado. Ahora bien, Foción y los suyos tenían que poner a prueba la medida —una vez ya era inevitable—, para comprobar principalmente si era posible un desarrollo interno saludable de la ciudad a partir de la misma. Y ahí no tuvieron más remedio que confesarse que lo ordenado por Antípatro —pese a afectar por el momento, de forma dura, a numerosos ciudadanos concretos—, sin embargo suponía, para la ciudad en su conjunto, solo una reorientación desde la democracia radical a una timocracia del tipo de la existente en Atenas con la Constitución de Solón. Nadie —tampoco los ahora postergados—, estaba excluido para siempre de la plena ciudadanía. No se fijaban diferencias personales por nacimiento o profesión. Las puertas seguían tan abiertas como antes. Para acceder solamente debía demostrarse la posesión de una determinada suma, que cada cual podía esperar adquirir con el esfuerzo propio y con la suerte, y donde el listón no era tampoco en última instancia inamovible. El hecho es que Casandro, el hijo de Antípatro, redujo pocos años después el límite para el censo a la mitad, de modo que, a lo largo de todo el período de 10 años de la administración de Demetrio Falereo, 1000 dracmas¹³² (765 marcos) eran suficientes. Todas estas ponderaciones podrían haber determinado a Foción a no renunciar tampoco a colaborar en la dirección del Estado después de la supresión del derecho de voto general. Además no solo los miembros conservadores de su partido, sino también los filósofos, podían saludar con especial satisfacción una modificación de la Constitución cuya consecuencia inmediata era que los demagogos ya no podrían pagar a su claqué con los dineros públicos. Cualquier lector de Aristóteles sabe que él mismo se refiere a los repartos de dinero a los ciudadanos sin recursos como la fuente de la corrupción de las democracias radicales de ciudad, con alusión inconfundible a Atenas. El derroche para tal fin de los superávits, en su mayor parte ficticios, del fisco —un procedimiento que Demades¹³³ denominó, de forma descarada pero no falsa, el “engrudo” de la democracia—, fue comparado por

¹³¹ Diodoro 18, 18: “ὁ δῆμος [...] ἠναγκάσθη τὴν ἐπιτροπὴν καὶ τὴν ἐξουσίαν πᾶσαν Ἀντιπάτρῳ δοῦναι περὶ τῆς πόλεως.” Compárese Plutarco, *Foción*, c. 26, al final.

¹³² Diodoro, 18, 74: “τὸ πολίτευμα διοικεῖσθαι ἀπὸ τιμήσεων ἄχρι μνῶν δέκα.”

¹³³ Plutarco, *Quaestiones Platonicae*, 10, 4: “κόλλαν ὀνομάζων τὰ θεωρικὰ τῆς δημοκρατίας”.

Aristóteles, de forma más acertada, con el “barril de las Danaides”.¹³⁴ Si Antípatro todavía hubiera necesitado, de una boca extranjera, más aclaraciones sobre ese mal corrosivo de la Constitución ateniense, podría haberlas obtenido entonces, en abundancia, de las conversaciones con su amigo Aristóteles, cuya fuerza de convicción alabara él una vez en una carta.¹³⁵

Más dificultades que en la limitación del derecho al voto —a la que se adaptó, según parece, sin mucha oposición—, encontró Foción en la ocupación por la tropas macedonias de Muniquia, colina que domina Atenas. Empleó toda su influencia ante Antípatro para impelerlo a renunciar a dicha condición de paz. Pero Antípatro quien, a instancias de Foción,¹³⁶ había respetado el territorio ático al atravesarlo con su ejército victorioso, se mostró inexorable en relación a Muniquia. Consideraba sin duda que la indulgencia desplegada tras Queronea, que no dio sus frutos, no podía ejercerse por segunda vez, tras un intervalo proporcionalmente tan breve, sin reforzar con ello a los atenienses en la locura que ya les reprochara Filipo,¹³⁷ esto es, el hecho de que una derrota en el juego de la guerra no significara para ellos más que una derrota en el juego de las tabas. Ahora bien, por muy profundamente penoso que pudiera ser para Foción el deber asumir la dirección de los asuntos públicos bajo los destellos de las sarisas macedonias, con todo podía abrigar la esperanza —después de que la situación tomara un derrotero pacífico permanente, mediante una administración prudente—, de poder obtener de parte del gobernador macedonio una supresión de la opresiva medida militar, al ser ya prescindible en lo sucesivo. Según un indicio, sin duda aislado, en nuestros informes,¹³⁸ tal esperanza de Foción habría estado incluso justificada por una promesa expresa de Antípatro. Sin embargo a lo largo de casi toda la década siguiente, hasta la época de Arato, tal medida solo se puso en práctica durante intervalos muy breves. El propio Foción, durante los 4 años de moratoria que todavía se le concedieron después de la batalla de Cranón, nunca estuvo en situación de poder liberarse a sí mismo y a Atenas de aquel símbolo, siempre amenazante, de la derrota.

¹³⁴ *Política* 7 (6), p. 1320a, 29: “μὴ ποιεῖν (δεῖ) ὁ νῦν οἱ δημαγωγοὶ ποιούσιν· τὰ γὰρ περιόντα νέμουσιν· λαμβάνουσι δε ἅμα, καὶ πάλιν δέονται τῶν αὐτῶν· ὁ τετρημένος γὰρ ἔστι πίθος ἢ τοιαύτη βοήθεια τοῖς ἀπόροις”; p. 1320a, 4: “οἱ νῦν δημαγωγοὶ χαριζόμενοι τοῖς δήμοις πολλὰ δημεύουσι διὰ τῶν δικαστηρίων”; p. 1320a, 20: ἀπὸ εἰσφορᾶς καὶ δημεύσεως ἀναγκαῖων γίνεσθαι (τὸν μοσθὸν τοῦ ἐκκλησιάζειν) καὶ δικαστηρίων φαύλων, ἃ πολλὰς ἤδη δημοκρατίας ἀνέτρεψεν”; 8 (5), p. 1304b, 35: “οἱ δημαγωγοὶ, ἴνα χρήματα ἔχωσι δημεύειν, ἐξέβαλλον πολλοὺς τῶν γνωρίμων”.

¹³⁵ En Plutarco, *Compilationes Alcibiadis et Coriolani* 3, *Aristidis et Catonis* 2.

¹³⁶ Plutarco, *Foción*, c. 26.

¹³⁷ Plutarco, *Apophthegmata Philippi*, 8: “οὐ δοκοῦσιν ὑμῖν Ἀθηναῖοι νομίζειν ἐν ἀστραγάλοις ὑφ’ ἡμῶν νενικῆσθαι;”

¹³⁸ Diodoro 18, 48: “ἀξιοῦντες τὸν Ἀντίπατρον, καθάπερ ἦν ἐξ ἀρχῆς ὁμολογηκῶς, ἐξαγαγεῖν τὴν φρουρὰν ἐκ τῆς Μουνηχίας”.

Debió contentarse con ordenar las relaciones internas de la ciudad, donde no le faltó éxito. También habría conseguido concluir pacíficamente su vida, inhabitualmente larga, si el moribundo Antípatro no hubiera cometido un error para nosotros inexplicable, chirriante, en el nombramiento de su sucesor para el gobierno de Macedonia.

7. EL FINAL DE FOCIÓN Y SU SUCESOR DEMETRIO

Entre los numerosos hijos de Antípatro destacan como especialmente dotados dos de ellos: su hija Fila, una de las mujeres griegas más nobles, con la que el experto soberano no se avergonzaba de reflexionar sobre los asuntos más importantes¹³⁹, y su hijo Casandro quien, en capacidad como hombre de Estado y como militar, estaba casi a la altura de su padre, a quien todavía sobrepasaba incluso en la falta de consideración, en ocasiones violenta, con la que perseguía sus objetivos. Sobre su educación había ejercido influencia el amigo del padre, Aristóteles, y desde luego adquirió de él también, igual que Alejandro, la predilección por Homero, la cual se evidenció, entre otras cosas, en el hecho de que reprodujera con su propia mano una copia de la *Iliada* y la *Odisea*.¹⁴⁰ La primera prueba — al tiempo que enorme—, de su intrepidez natural y de una dialéctica bien aguzada en compañía de Aristóteles, la ofreció en Babilonia ante Alejandro, cuando su padre lo envió allí para salir al encuentro de quienes se querellaban contra su administración, los cuales habían captado la atención de un soberano del mundo siempre desconfiado. Casandro — educado en la libre costumbre macedonia y helénica, y a quien un oriental arrodillado delante de Alejandro le parecía un espectáculo extraño—, no pudo reprimir la risa en ese contexto, y Alejandro, acometido por aquellos estallidos de cólera terribles —los cuales no parece que fueran calculados, como se dice en el caso de Napoleón I, sino solo demasiado instintivos—, asió a Casandro por los cabellos y lo arrojó de cabeza contra la pared. Inmutable comenzó Casandro la defensa de su padre, y cuando Alejandro lo interrumpió con las palabras: “¿Cómo es pensable que los querellantes, si no han sufrido realmente injusticia, hayan hecho el largo viaje hasta Babilonia simplemente por mala voluntad?”, Casandro respondió tranquilo: “Precisamente esto es prueba de su mala voluntad, el que lleven sus acusaciones lo más lejos posible de las contrapruebas”; Alejandro lo denominó por ello un buen alumno en el arte aristotélico de la distorsión, pues sabía sacarle a cada asunto su doble aspecto. La compostura que mantuvo Casandro en este suceso muestra su fuerza de

¹³⁹ Diodoro, 19, 59. Compárese Niebuhr, *Kleine Schriften*, I, 224.

¹⁴⁰ Caristio de Pérgamo, en Ateneo 14, 620b: “οὕτως ἦν φιλόμηρος (Κασσανδρος ὁ τῆς Μακεδονίας βασιλεύων) ὡς διὰ στόματος ἔχειν τῶν ἐπῶν τὰ πολλά. Καὶ Ἰλιάς ἦν αὐτῷ καὶ Ὀδύσσεια ἰδίως γεγραμμένα”. Compárese Gelio, *Noctes Atticae* 9, 14: “*idiographus liber Vergilii*”.

espíritu tanto más cuanto que la impresión que el mismo ejerció sobre él fue profunda e indeleble. Todavía muchos años más tarde —después de haberse ya alzado como soberano de toda Grecia—, al contemplar en Delfos una columna con la imagen de Alejandro, le venció con tal violencia el recuerdo de lo sufrido que tembló en todo su cuerpo.¹⁴¹ Tal como en aquella ocasión, de forma casi temeraria, se había dejado llevar por su sentido de la tradición patria, de la misma manera sometió su propia persona, de forma voluntaria, a las exigencias de la misma, y teniendo ya 15 años parece que, como los niños pequeños, todavía comía sentado a la mesa de su padre, sin tumbarse en colchones, porque según el uso macedonio el tumbarse a la mesa estaba reservado solo a aquellos que hubiera dado muerte a un jabalí por su propia mano, sin palos de ajuste; y aunque era tan experto cazador como guerrero, con todo esa piececita de caza casualmente todavía no había querido caer en sus manos.¹⁴² Antípatro dio reconocimiento al mérito de este hijo en el reparto del poder que llevó a cabo en el año 321 a. C. en la ciudad siríaca de Triparadiso, cuando lo situó al lado de Antígono —al cual correspondía el mando supremo de las tropas en Asia—, en una segunda posición sin embargo muy poderosa, la de "quiliarca"... un cargo que ya Alejandro había adoptado de la jerarquía persa, y con el que había revestido a su amado Hefestión.¹⁴³ Sin embargo no se cumplió la expectativa de Casandro, así reforzada, de que su padre lo nombrara sucesor en el gobierno de Macedonia. Antípatro se decidió en su lecho de muerte por el Regente del reino y tutor de los niños reales, el viejo veterano de guerra Poliperconte, y Casandro debió contentarse una vez más con el segundo puesto de quiliarca.¹⁴⁴ Los motivos que empujaron a Antípatro en esta dirección nos siguen resultando oscuros. Quizá no se habría sentido inclinado a ser el primero en dar ejemplo de una transmisión del más alto poder fuera de la casa real, y habría preferido que su hijo, dotado de tan grandes capacidades, se abriera camino por sí mismo, sin nombramiento oficial. En todo caso parece que Foción, quien seguramente conocía a Casandro personalmente, no tomó en serio desde un principio el nombramiento oficial de Poliperconte, y consideró como verdadero

¹⁴¹ Plutarco, *Vida de Alejandro*, c. 74.

¹⁴² Ateneo 1, 18a: “Ἡγήσανδρός φησιν οὐδὲ ἔθος εἶναι ἐν Μακεδονίᾳ κατακλίνεσθαί τινα ἐν δείπνῳ, εἰ μὴ τις ἔξω λίνων ὅν κεντήσειεν· ἕως δὲ τότε καθήμενοι ἐδείπνουν. Κάσσανδρος γοῦν πέντε καὶ τριάκοντα ὧν ἐτῶν ἐδείπνει παρὰ τῷ πατρὶ καθήμενος, οὐ δυνάμενος τὸ ἄθλος ἐκτελέσαι, καίπερ ἀνδρεῖος γεγονῶς καὶ κυνηγὸς ἀγαθός.” Compárese Diodoro 18, 49: αὐτὸς (Κάσσανδρος) κυνηγίαν ἐπὶ πολλὰς ἡμέρας συστησάμενος κτλ.

¹⁴³ Diodoro 18, 39 y Arriano en la *Biblioteca de Focio*, p. 72a, 17. Sobre la dignidad de los Quiliarcas compárese al mismo Arriano en la *Biblioteca de Focio*, p. 69a, 22, y *Anábasis* 7, 14, 10.; Diodoro 17, 5 (Βαγῶας ὁ χιλίαρχος) y Nepote, *Conon* 3, 2: “*ex more Persarum ad chiliarcum, qui secundum gradum imperii tenebant, accessit.*”

¹⁴⁴ Diodoro 18, 48; Plutarco, *Foción*, c. 31.

sucesor de Antípatro a Casandro, con quien ahora buscaba establecer una relación —tanto personal como para Atenas— tan buena desde luego como la antes existente con Antípatro. Por eso Foción se decidió entonces a apoyar a Nicanor, quien capitaneaba en Muniquia en favor de Casandro. Sin embargo hubo de vivir cómo aquel lo exponía ante los atenienses al mayor de los peligros pues, dejándose solo aconsejar por consideraciones militares momentáneas, Nicanor ocupó el Pireo, como ya hemos descrito arriba, justamente cuando Poliperconte se aproximaba y cuando bajo su protección los expulsados por la Constitución de Antípatro, sedientos de venganza especialmente con respecto de Foción, reivindicaban de nuevo su antigua plena ciudadanía. Como consecuencia Foción fue despojado de su cargo de estratego y acusado de alta traición por la pérdida del Pireo, que se le achacaba a él. La *isangelie* (denuncia) —pues este era el procedimiento jurídico habitual para tales casos—¹⁴⁵ fue presentada por el mismo Hagnónides que también acusara al filósofo Teofastro —con inclinaciones macedonias— de negación de los dioses.¹⁴⁶ Foción trató de entablar negociaciones con Poliperconte para ganar tiempo, y también porque tenía por posible que, entretanto, Casandro se reforzara lo suficiente como para aproximarse a Atenas con una fuerza militar superior. Se desplazó por lo tanto al campamento de Poliperconte en la Fócide, a donde sin embargo le siguieron los querellantes atenienses, y la brusquedad con la cual Poliperconte interrumpió el discurso de defensa de Foción permitió a este darse pronto cuenta de que todo hablar sería en vano, y de que su destino estaba sellado. Golpeó el suelo con el bastón y en lo sucesivo de mantuvo obstinadamente callado.¹⁴⁷ Él, y los enemigos políticos que lo habían acompañado, fueron enviados de vuelta a Atenas bajo protección macedonia, conjuntamente con un telegrama dirigido al *demos* ateniense, en el que el Regente macedonio, en nombre de su tutorando real, expresaba su convicción personal sobre la traición de Foción y sus compañeros, dejando sin embargo la decisión jurídica a criterio del *demos*, pues ahora este disfrutaba de nuevo de su original Constitución libre. En la Asamblea del pueblo convocada al efecto los expulsados por la Constitución de Antípatro, y ahora reincorporados bajo la protección de Poliperconte, predominaban de forma aplastante sobre el partido de Foción. La acusación original de haber entregado el Pireo fue ampliada con una acusación de haber derogado violentamente la Constitución,¹⁴⁸ en referencia a la participación de Foción en la

¹⁴⁵ Plutarco, *Foción*, c. 33: “Ἀγωνίδης κατηγορεῖ προδοσίας”; *Lexicon rhetoricum Cantabrigense*, bajo el epígrafe de “εἰσαγγελία· ἔάν τις προδιδῶ χωρίον (Pollux 8, 52: φρούριον (la ciudadela); compárese Aristófanes, *Ranas*, verso 362, Meinecke) ἢ ναῦς ἢ πεζὴν στρατιάν [“denuncia: si alguien traicionara el territorio o las naves o el ejército de tierra”, V. A.]”.

¹⁴⁶ Diógenes Laercio 5, 37.

¹⁴⁷ Plutarco, *Foción*, c. 33.

¹⁴⁸ “κατάλυσις τοῦ δήμου”, Diodoro 18, 66.

introducción del censo de Antípatro. Y como no podía negar la efectiva pérdida del Pireo durante el desempeño de su cargo, tan poco como su actividad política de cuatro años bajo la Constitución de Antípatro, se mostró dispuesto a sufrir la muerte. Esperaba en vano que, asumiendo toda la culpa, salvaría a sus amigos. Fueron condenados a muerte todos en grupo. Foción bebió la copa de cicuta y, de acuerdo con la agravación de la pena de muerte que establecía el derecho penal ático para la alta traición,¹⁴⁹ la incineración de su cuerpo hubo de tener lugar fuera de las fronteras áticas.

Ahora bien, también en estas circunstancias, por primera vez tan infaustas para él, se acreditó en última instancia la perspicacia política de la que ya había dado varias pruebas. Pese a todas sus zalemas a la democracia radical, el poder del anciano y plúmbeo Poliperconte se derrumbó rápidamente. Todavía en el año de la muerte de Foción (317 a. C.) apareció Casandro, en el apogeo de su virilidad, ante las puertas de Atenas, a la cabeza de una poderosa flota y de un suficiente ejército de tierra, y los atenienses se alegraron de poder entregarse a él bajo unas condiciones no esencialmente diferentes a aquellas bajo las cuales se habían entregado a Antípatro durante cuatro años. El límite para el censo, como ya hemos mencionado, fue ciertamente reducido a la mitad, pero Muniqia debería mantener provisionalmente¹⁵⁰ —lo provisional se hizo definitivo— la ocupación macedonia. Y mientras Antípatro se había dado por satisfecho con que los propios atenienses, aparentemente de forma libre, revistieran a su amigo Foción con el poder de decisión, Casandro reservó para sí —como ya había ocurrido de forma diferente bajo Antípatro— el derecho a nombrar al más alto “administrador de la ciudad (ἐπιμελητῆς τῆς πόλεως)”.¹⁵¹ Designó para ello al compañero de Foción — amigo de Teofrasto y probablemente también de Aristóteles— Demetrio Falereo, a quien no pudo aplicarse previamente la pena de muerte —que había recaído sobre él al mismo tiempo que sobre Foción— por haber abandonado Atenas justo en el momento de la incursión de Poliperconte. Este célebre peripatético, quien destacó tanto en la condición de orador como en la de escritor erudito, dirigió —todo el intervalo de 10 años (317-307 a. C.) durante el cual permaneció inalterado el poder de Casandro sobre Grecia— los asuntos atenienses de acuerdo con el espíritu de Foción, sin duda con más suerte que este, pues la situación general hacía imposible todo arrebato bélico del pueblo ateniense. Su función como “administrador de la ciudad” designaba solo su responsabilidad frente a

¹⁴⁹ Jenofonte, *Hellenica* 1, 7, 22; Plutarco, *Foción*, c. 37.

¹⁵⁰ “κατὰ τὸ παρόν”, Diodoro 18, 74; compárese arriba.

¹⁵¹ Diodoro 18, 74; compárese Suidas bajo el término “Δείναρχος ἐπιμελητῆς Πελοποννήσου καταστάς ὑπ’ Ἀντιπάτρου”, y Plutarco, *Vida de Demetrio Poliorcetes*, c. 39: “καταλιπὼν (Demetrio) τοῖς Βοιωτοῖς ἐπιμελητὲν καὶ ἄρμοσθην Ἰερώνυμον τὸν ἱστορικόν (de Cardia)”.

Casandro; dentro de la jerarquía ateniense de cargos, la cual se preservó en sus antiguas formas, él ejercía generalmente su poder, tal como lo hiciera Foción, en condición de estratega;¹⁵² una vez (en el año 309 a. C.) fue también arconte. A través de él se satisfizo en cierto modo la aspiración de Platón (véase nota final XI), pues su propia persona suponía una confluencia del sentido filosófico y de un poder político casi ilimitado. En términos materiales su éxito fue también mayor del que podrían esperar los políticos expertos. Bajo la administración planificada y tranquila de Demetrio pronto se incrementó el bienestar de la ciudad. Podía jactarse de haber puesto de nuevo en orden las finanzas quebrantadas, por lo cual fue censurado desde luego por Demócates,¹⁵³ — el sobrino de Demóstenes, partidista hasta la iniquidad manifiesta— como un “vulgar funcionario de aduanas”. Sin embargo su aspiración era básicamente oponer resistencia, mediante legislación, a los disturbios de la democracia radical, y todavía se deja ver, a partir de nuestras escasas informaciones, que él fijó su atención sobre la cuestión designada por Aristóteles como la llaga más supurante de la democracia ateniense. En efecto Aristóteles solía decir en su conversación, con un énfasis a menudo cortante:¹⁵⁴ “Los atenienses algo saben por el hecho de haber sido los primeros en introducir el trigo y las leyes; desgraciadamente solo hacen uso del trigo, pero no de las leyes”. En *Política* desarrolla el mismo pensamiento —en un debate de naturaleza general pero con referencia inconfundible a Atenas—, allí donde discute la relación entre los decretos especiales del pueblo y las leyes duraderas, y donde no quiere ni siquiera considerar como Constitución democrática, sino solo como una anti-Constitución (οὐ πολιτεία),¹⁵⁵ una democracia en la que las decisiones del

¹⁵² Véase la inscripción trabajada por W. Vischer en *Rheinisches Museum* 9, 389 (*Kleine Schriften* 2, 90).

¹⁵³ En Polibio 12, 13: “τελώνης βάνουσος”; Duria en Ateneo 12, 542e: “χλίων και διακοσίων ταλάντων κατ’ ἐνιαυτὸν κύριος γενόμενος”.

¹⁵⁴ Díógenes Laercio 5, 17: “πολλάκις δὲ καὶ ἀποτεινόμενος (Ἀριστοτέλης) τοῦς Ἀθηναίους ἔφασκεν εὐρηκέναι πυροῦς καὶ νόμους· ἀλλὰ πυροῖς μὲν χρῆσθαι, νόμοις δὲ μὴ”. Compárese Lucrecio 6, 1: “*Primae frugiparos fetus mortalibus aegris dediderunt quondam praeclaro nomine Athenae et recreaverunt vitam legesque rogarunt*”. Cicerón, *Pro Flacco*, c. 26, § 62: “*Athenienses, unde [...] fruges, iura, leges ortae atque in omnes terras distributae putantur*”.

¹⁵⁵ *Política* 6 (4), 4, p. 1292a, 23: “αἵτιοι δ’ εἰσὶ τοῦ εἶναι τὰ ψηφίσματα κύρια ἀλλὰ μὴ τοῦς νόμους οὗτοι (οἱ δημαγωγοί), πάντα ἀνάγοντες εἰς τὸν δῆμον [...] εὐλόγως δ’ ἂν δόξειεν ἐπιτιμᾶν ὁ φάσκων τὴν τοιαύτην εἶναι δημοκρατίαν οὐ πολιτείαν (compárese para esta expresión con guión, a la manera de Tucídides 1, 137, τὴν τῶν γεφυρῶν οὐ διάλυσιν y los pasajes aportados por Krüger, *Griechische Sprachlehre*, § 67, 1, 4)· ὅπου γὰρ μὴ νόμοι ἀρχουσιν, οὐκ ἔστι πολιτεία. Δεῖ γὰρ τὸν μὲν νόμον ἄρχειν πάντων, τὰ (en vez de τῶν) δὲ καθ’ ἕκαστα τὰς ἀρχὰς κατὰ (en vez de και) τὴν πολιτείαν κρίνειν.” Compárese *Ética a Nicómaco* 7, 11, p. 1152a, 20: “ἔοικε δὴ ὁ ἀκράτης πόλει. ἢ [...] νόμους ἔχει σπουδαίους, χρῆται δὲ οὐδὲν, ὥσπερ Ἀναξανδρίδης ἔσκωπεν· Ἡ πόλις

pueblo, promovidas por los demagogos, desplazan a las leyes para el caso de todas las medidas ejecutivas más importantes. A fin de manejar tal exceso, el Falereo recurrió a la autoridad de los guardianes de la ley^{XXV} (νομοφύλακες) los cuales, en cuanto al nombre, parecen ciertamente haber existido en Atenas desde que Efiartes y Pericles despojaron al Areópago de su poder de inspección general, sin querer sin embargo renunciar al tiempo, en aras de la decencia política, a una institución que fomentaba una legislación atenta a las consecuencias y una constancia en la aplicación de las leyes. Pero la hinchazón democrática había echado por tierra este dique, como otros muchos. En el largo período de tiempo que transcurrió desde Pericles hasta el orador Dinarco, contemporáneo del Falereo, los Guardianes de la ley atenienses no se hacen notar ni una sola vez. Demetrio fue el primero en revestirlos de un poder real, encomendándoles vigilar para que sucediera aquello añorado por Aristóteles. Debían incitar a las autoridades a “hacer un uso” real de las leyes, y en las asambleas del pueblo, donde tenían un sitio junto a los presidentes, debían impedir que las propuestas a su juicio contrarias a la ley fueran sometidas a votación.¹⁵⁶ Demetrio también trató de poner límites al enraizado boato,¹⁵⁷ y el juicio general de los imparciales sobre su actividad de diez años va en el sentido de que desde luego Atenas apenas había disfrutado, durante ningún otro período de su historia, de una administración tan bien ordenada.¹⁵⁸

Es comprensible que el pueblo ateniense dirigido por Demetrio muy pronto hiciera justicia a los méritos de su amigo y predecesor Foción. La memoria del ajusticiado fue honrada de todas las maneras posibles, y sus cenizas —que su fiel esposa¹⁵⁹ había ocultado en el hogar de la casa tras la penosa incineración fuera de las fronteras áticas (véase arriba)— recibieron ahora sepultura con un cortejo fúnebre a cargo del Estado.

Plutarco, quien nos informa de esto, concluye su cuadro vital de Foción señalando que el destino de este hombre habría revivido entre los helenos el recuerdo del destino de Sócrates, ya que la funesta culpa de Atenas habría sido similar en ambas ocasiones.

ἐβούλεθ' ἢ νόμων οὐδὲν μέλει” (incluye una parodia de un verso de Eurípides, Fragmento 912, Nauck: ‘ἢ φύσις εβούλεθ', ἢ νόμων οὐδὲν μέλει’).

¹⁵⁶ Filocoro en Harpocración y Lexicon rhetoricum Cantabrigense, bajo el término “νομοφύλακες· οὗτοι τὰς ἀρχὰς ἐπηνάγκαζον τοῖς νόμοις χρῆσθαι”, y Suidas, bajo el término “οἱ νομοφύλακες· ἐν ταῖς ἐκκλησίαις ἐκάθηντο μετὰ τῶν προέδρων κωλύοντες ψηφίζειν (más correcto ἐπιψηφίζειν Bekker. Anecd. 283, 18), εἴ τι παράνομον αὐτοῖς εἶναι δόξειε καὶ ἀσύμφορον τῇ πόλει”.

¹⁵⁷ Cicerón, *De legibus* 2, 26, 66.

¹⁵⁸ Estrabón, 9, 398: “ἐνιοὶ δὲ φασὶ καὶ βέλτιστὰ τότε αὐτοὺς (τοὺς Ἀθηναίους) πολιτεύσασθαι δεκαετῆ χρόνον κτλ.”

¹⁵⁹ Plutarco, *Foción*, c. 37: “ἢ δὲ γυνὴ παροῦσα κτλ.” con la supresión ya aconsejada por otros de la palabra “Μεγαρικὴ” [“de Mégara”, V. A.], de entre las palabras finales de la frase inmediatamente precedente.

Este paralelismo sería solo injusto en el caso de que se aplicara a la relevancia espiritual de ambos hombres, y de que un discípulo fiel de la filosofía, pero sin embargo solo principiante, pretendiera ser equiparado a un maestro creador como Sócrates. Pero el destino de ambos presentaba en efecto un parentesco: la justicia formal y la injusticia real de la condena fueron casi iguales en ambos casos. Ambos cayeron también víctimas de una larga lucha —la cual constituye un elemento esencial de la historia griega— entre el espíritu elevado e independiente de las personalidades filosóficas y la política, ya roma ya salvaje, de las comunidades ciudadanas democráticas.

8. NOTAS FINALES

^ILos *Opuscula* de Heyne (p. 2). Heyne no se cansa de ensalzar la ausencia de censura en Göttingen. Ya en su discurso de ingreso (vol. 1, p. 44) dice que ello es lo que lo ha movido básicamente a aceptar la llamada de Göttingen. Entre los muchos méritos de Münchhausen declara como el más grande “*quod libertatem cogitandi, sentiendi, scribendi scivit et fundavit, qua an maius bonum mortalibus dari possit dubito*” (vol. 2, p. 420). En el Prólogo al cuarto volumen —que contiene los tratados compuestos en los años iniciales de la Revolución francesa, y que presenta por ello un fuerte colorido político—, señala que habrían sido escogidos intencionadamente tales materiales, “*quibus tractandis hoc ipsum intelligi posset, libertatem dicendi scribendique nunquam manibus extortam fuisse*” (p. VI).

En su afán por procurar dar presencia a sus Programas en los Círculos no estrictamente de eruditos, a través de referencias a los intereses del presente, confiesa expresamente (vol. 1, p. XI): “*imprimis, ut animos etiam ab argumento alienos cognoscendi aliqua cupiditas incesseret, id operam dedi, ut antiqua cum nostris compararem, aut tempora aut eventa observarem, ex iisque commentandi opportunitatem aut arriperem aut elicerem*”. También un ejemplo destacado de dicha presencia, por lo demás histórico, lo menciona él mismo (vol. 6, p. 444): “*Recordor adhuc, eodem anno, quo Prolusionem de coloniis primam scripseram (esto es, el Programa compuesto para el 2 de julio de 1766 de veterum coloniarum iure eiusque causis, vol. 1, p. 220) Benj. Franklinum, qui urbem et academiam nostram inviserat, valde cupidum huius commentationis legendae. Cum in familiari congressu esset qui diceret, ominari se, Americam aliquando se in libertatem esse vindicaturam, 'eveniet id', aiebat, 'eveniet, sed vix intra quinquaginta et centum annos'. Tam parum prospiciebat vir acutissimus memorabile istud eventum paucis annis post habiturum esse locum*”. Sobre la presencia de Franklin en Göttingen, “en otoño de 1766”, viene a hablar también Pütter (*Autobiographie*, p. 490), quien aduce como motivo de la visita el que Franklin entonces “jugaba con la idea de ayudar a promover la creación de una Universidad americana en Filadelfia, y que por eso quería conocer la organización interna de la de Göttingen”.

^{II} De las cartas de Mirabeau a Mauvillon, su colaborador en la composición de la obra *De la monarchie Prussienne, (lettres du comte de Mirabeau à un de ses amis en Allemagne*, sin lugar, 1792, pp. 249-263), resulta que Mirabeau se instaló en Braunschweig de junio a septiembre de 1787 en casa de este amigo, y que pasó los primeros días de septiembre en Hamburgo. Su encuentro allí con hombres destacados, “Büsch, Reimarus, Ebeling, Niehbur”, lo menciona en p. 259, y sobre su trato con

Büsch este mismo nos da información en su *Gründriss einer Geschichte der merkwürdigsten Welthändler neuerer Zeit*, información de un libro ya casi olvidado que no nos desagradará repetir. Se dice allí (p. 539 de la cuarta edición, Hamburgo, 1810): “Cuando en septiembre del año 1787 estaba Mirabeau en mi casa una tarde, dijo con ocasión de una carta que acababa de recibir de París, en la que se informaba de que en el Parlamento parisino se hablaba de una convocatoria conjunta de los Estados: *Ce parlement ne sait pas ce qu’il demande; s’il l’obtient, il s’en repentira*”.

^{III} Según el aporte del hijo de Schlözer —*Schlözer’s öffentliches und Privatleben* 1, 346—, originalmente cerró el Prólogo de la segunda edición con el siguiente comentario: “¡Gran, buen Foción! Una *entremangerie* de profesores puede privarte de tan poco honor y buen nombre como una *cabale* de pensionados holandeses a Ludwig”. Heyne tuvo delante de sus ojos la hoja antes de que el libro fuera enviado al editor, y se desató entre él y Schlözer un intercambio epistolar —quizá interesante para los amantes de los juegos de alusiones indirectas entre colegiales— que ha editado el hijo de Schlözer (*ibídem*, 347-349). Finalmente Schlözer se decidió por cambiar la impresión de esta hoja del Prólogo y por eliminar el comentario de poco gusto. Los restantes aportes del hijo de Schlözer sobre los contenidos de las diferentes ediciones y los Prólogos son por lo general poco claros.

^{IV} Acompañemos aquí el por sí solo, indudablemente, muy hermoso fruto de la capacidad de fantasía histórica de Niebuhr, con sus correspondientes afirmaciones sobre Mirabeau. Después de haber hablado del menosprecio que había tenido que sufrir M. Manlio, el salvador del Capitolio, por parte de “la aristocracia”, prosigue (*Römische Geschichte* 2, 677 de la primera edición, y casi en términos idénticos 2, 318, de la primera): “Era uno de esos hombres poderosos que han recibido la vocación de ser los primeros en su patria, así como una pasión insuperable para hacerla valer, al tiempo que están decididos a arrojar de su lado la envidia y la inclinación de las naturalezas más bajas. Ante estos espíritus demoníacos, tales como revela esta lucha, también se arredran hombres honestos pero asustadizos. Pues en efecto aquellos tienen como compañero un espíritu de cuyas trampas solo los defienden la confianza y el favor de los seres humanos nobles; Dios discernirá su alma de las de aquellos que la arrastran por infaustos caminos; sus errores serán juzgados de forma más benigna que los de aquellos que corrompieron su obra más grandiosa. A tales personalidades violentas les es siempre innato un sentimiento interno de justicia, de verdad y de todo lo grandioso, de amor y compasión, de odio y cólera en su forma correcta; el mismo es útil para las pasiones salvajes, pero no se extingue. Y es una injusticia chirriante —aun cuando su vida se extravíe definitivamente— estimar en ellos las acciones consideradas nobles y dignas de elogio de manera diferente a como son estimadas en un individuo sin tacha, pues las almas vulgares solo gustan de practicar acciones de este tipo de forma calculada”. En las fuentes de la historia romana se buscará en vano un sostén para este retrato de M. Manlio. Que los rasgos del mismo están tomados prestados de la imagen que se ha fabricado Niebuhr del carácter de Mirabeau, de ello se convence uno también fácilmente con tan solo leer la carta al conde Adam Moltke, en la que Niebuhr habla con entusiasmo elogioso del *Essai sur le despotisme* de Mirabeau. La carta fue escrita unos pocos años antes de la primera edición (1812) de *Römische Geschichte*, el 22 de diciembre de 1808, y el pasaje principal “Lebensnachrichten über B. G.”, Niebuhr, 2, 73, reza: “Mirabeau era desde luego un gran pecador. Era un poseído. Pero tenía una gran naturaleza. Y sobre un pecador tal se produce más alegría en el cielo que sobre cien justos. Tales pecadores me resultan, de una manera peculiar, dignos de respeto, aunque no sean realmente lo más elevado”. De manera similar se expresa Niebuhr en el escrito complementario, editado poco años antes de su muerte, para el ensayo *Sobre las Helénicas de Jenofonte* (*Kleine Schriften*, 1, 472): “Ahora soy desde luego lo suficientemente osado como para confesar sin reparos que me puedo imaginar

a Satanás, no desde luego como aquel entusiasta predicador de una sabiduría en la cual se den la mano altura y profundidad, pero sin embargo sí como un poseído sobre el cual a veces llega el espíritu del mal y lo atraviesa. Y a riesgo de que se haga un uso herético de ello, no lo digo de forma hipotética, sino que menciono a Rousseau y a Mirabeau”.

^v También el mejor de los comentadores de Nepote, Nipperdey, ha calificado de forma general al amigo de Cicerón y Ático como un “optimate” cuyos principios políticos lo llevaron a desear “el mantenimiento de la libertad y la dirección republicanas del Estado a través del partido conservador, el cual estaba representado por el Senado” (Introducción a la edición de 1849, p. xv). Pero en la explicación de los detalles individuales ha omitido a veces, como los comentadores anteriores, el destacar la repercusión que tiene esta concepción política sobre el juicio que merecen a Nepote las personalidades descritas, así como el iluminar las alusiones a los acontecimientos romanos contemporáneos. En relación a Foción se contenta con decir que Nepote —quien, dada su bondad, solo muestra habitualmente el lado positivo—, da aquí en parte un ejemplo de “una búsqueda unilateral de lo contrario” (p. xxx); no se investiga más allá el motivo de una tan llamativa “unilateralidad”. En su nota final sobre la frase con la que Nepote inicia su biografía de Trasíbulo —“*Si per se virtus sine fortuna ponderanda sit, dubito an hunc primum omnium ponam; illud sine dubio: nemimem huic praefero fide, constantia, magnitudine animi, in patriam amore*”— Nipperdey se limita a censurar “la gran exageración”. Lo que la propició en Nepote lo muestra ya la siguiente oración: “*Nam quod multi voluerunt paucique potuerunt, ab uno tyranno patriam liberare* (subrayado de J. B.) *huic contigit, ut a triginta oppressam tyrannis e servitute in libertatem vindicaret*”. Al hablar de Trasíbulo piensa en Bruto y en los restantes *percurssores Caesaris*. En la misma biografía de Trasíbulo, c. 2, § 4, las palabras “*neque tamen pro opinione Thrasybuli auctae sunt opes; nam iam tum illis temporibus* [subrayado de J. B.] *fortius boni pro libertate loquebantur quam pugnabant*” miran de soslayo de forma muy clara a los conservadores romanos contemporáneos, aquellos *boni* [subrayado de J. B.] a los que por ejemplo Cicerón, *ad Atticum* 7, 7, 5, somete a un duro examen, para concluir entonces (§ 7) con la siguiente muestra de desesperación impostada: “*Ut bos armenta, si ego bonos viros aut eos, quicumque dicentur boni* [subrayado de J. B.], *sequar, etiam si ruent*”.

Cuando Nepote dice más delante de Trasíbulo, c. 4, § 1, —“*Huic pro tantis meritis honoris corona a populo data est facta duabus virgulis oleaganis; quam quod amor populi et non vis* (subrayado de J. B.) *expresserat, nullam habuit invidiam magnaue fuit gloria*”—, con ello quería recordar al lector romano el “*ius laurae coronae perpetuo gestandae*” (Suetonio, *Caesar*, cap. 45) que le había correspondido a Julio César, pero que, al parecer de Nepote, solo había sido fruto “del chantaje de la fuerza”. El esfuerzo por establecer tal referencia fue la causa principal de la inexactitud cometida por Nepote cuando atribuye solo a Trasíbulo la concesión de la corona de las ramas de olivo, la cual fue ofrecida en realidad a todos y cada uno de los asediados de la tribu (*Esquines contra Ctesifonte*, § 187, 190). Refiramos brevemente otras alusiones de dicho tipo. *Agesilaus*, 4, § 2. “*Cum victori praesset exercitui... tanta modestia dicto audiens fuit iussis absentium magistratum* (que lo llamaron de vuelta a Esparta) *ut si privatus esset in comitio Spartae. Cuius exemplum utinam imperatores nostri sequi voluissent*”, donde también Nipperdey reconoce un referencia inconfundible al enfrentamiento entre Julio César y el Senado. Compárese *Cato* 2, § 2: *tum* (subrayado de J. B.) *non potentia sed iure republica administrabatur*.

No una simple alusión, sino una afirmación completamente literal, se encuentra en *Eumenes*, 8, 2: “*ut nunc veterani faciunt nostri*”.

^{vi} Siendo Tales el primer ejemplo de celibato filosófico, se dan numerosas explicaciones sobre ello, y de diverso tipo, con anécdotas varias recopiladas en Zeller (*Philosophie der Griechen*, 1, 171 de la cuarta edición). Entre ellas destaca por su brevedad la siguiente

(Diógenes Laercio, 1, 16): “ἔρωτηθέντα διὰ τί οὐ τεκνοποιεῖ, διὰ φιλοτεκνίαν εἰπεῖν [”preguntado por qué no tenía hijos, dijo que por amor a los hijos”, V. A.], la cual va quizá en la misma línea de pensamiento propuesta arriba.

^{vii} Dado que, como el propio Demócrito dice, nadie lo reconocía en Atenas (“ἦλθον εἰς Ἀθήνας καὶ οὐτις με ἔγνωκεν” [“fui a Atenas y nadie me conoció”, V. A.], en Diógenes Laercio, 9, 36; “*veni Athenas neque me quisque ibi agnovit*”, en Cicerón, *Tusculanae*, 5, 36, 104) esta circunstancia entonces muy lógica de que nadie se enterara de su presencia en Atenas puede haber motivado que Demetrio Falereo niegue por completo dicha presencia (Diógenes Laercio, 9, 37). Pero a tal negación, frente a las palabras de Demócrito, hay que darle tanto menos crédito cuanto más reconocible es el esfuerzo del filósofo y hombre de Estado por redimir a su patria Atenas del reproche de no haber prestado atención a un investigador tan grande como Demócrito.

^{viii} Sobre la estancia de Anaxágoras en Atenas hay un informe de Diógenes Laercio, 2, 7: “ἐνθα καὶ φασιν αὐτὸν ἔτη διατρίβειν τριάκοντα” [“donde dicen que pasó 30 años”, V. A.]. En expresiones de este tipo, donde se trata de extranjeros que no han alcanzado la ciudadanía, la palabra διατρίβειν designa la estancia larga de un extranjero domiciliado, esto es, de un meteco, y es sinónimo de ξενιτεύειν. Esta sinonimia se muestra de forma clara en pasajes tales como Estrabón, 14, 674, Casaubon: “φοιτῶσι γὰρ εἰς αἰτὰς (τὰς πόλεις) πολλοὶ καὶ διατρίβουσιν αὐτόθι ἄσμενοι”, donde poco antes es usado ξενιτεύουσιν en un sentido idéntico, y Polibio, 12, 25h, p. 132, 4 Dindorf, en relación al historiador Timeo: “πεντήκοντα συνεχῶς ἔτη διατρίψας Ἀθηνησι ξενιτεύων”. En este sentido marcado utiliza también Aristóteles la palabra en las cartas a Antípatro arriba citadas, p. 22 [nota al pie 58, A. F.]: “τὸ Ἀθηνησι διατρίβειν ἐργῶδες”.

Otra expresión utilizada con frecuencia para designar la situación de los metecos, y debatida por Boeck, *Staatshaushalt*, 2, 261, esto es, οἰκεῖν ἐν se halla en las palabras referidas arriba de la *Tercera Filípica* de Demóstenes. El término latino similar *consistere* lo han aclarado Mommsen, *Hermes*, 7, 309.

Aunque muchos filósofos modernos han prestado más atención que los antiguos a la situación de los metecos, se debate con todo sobre supuestos problemas que desaparecen tan pronto como recordamos las limitaciones a las que aquellos estaban sometidos. Por ejemplo Zeller —*Philosophie*, 2, 2, 41 de la tercera edición— encuentra llamativo que el testamento de Aristóteles no contenga ninguna disposición sobre la casa en Atenas “que sin duda poseía allí Aristóteles”. Pero dado que los metecos no podían poseer propiedades territoriales (véase Demóstenes *Para Formión*, § 6, y Boeck, *Staatshaushalt*, 2, 196), entonces es probable que el meteco Aristóteles no poseyera casa alguna a su nombre en Atenas. Con respecto a la información según la cual habría sido precisa entretanto la llegada de Demetrio Falereo para hacer posible que Teofrasto, “tras la muerte de Aristóteles”, poseyera “un jardín propio” (“ἴδιος κήπος”, Diógenes Laercio, 5, 39), tampoco contribuyen a la claridad los comentarios de Brandis (*Handbuch* 3, 253) y Zeller p. 808. Sin embargo si se tiene en cuenta que Teofrasto era también meteco, entonces resulta lógico que, antes de poder poseer el jardín con su propio nombre, hubiera de concedérsele excepcionalmente el derecho a la propiedad de un terreno, ἐγκτησις. Esta concesión le fue facilitada por su amigo peripatético Demetrio Falereo, influyente primero, tras la muerte de Aristóteles, bajo la Constitución de Antípatro, y todopoderoso bajo la de Casandro. Pruebas de tal concesión del derecho de propiedad territorial las encuentra quien las necesite, en gran número, en Hermann, *Staatsalterthümer*, § 116, 4, p. 442 de la quinta edición.

Cicerón toma de sus fuentes griegas una lista de filósofos célebres que pasaron su vida en un “continua estancia en el extranjero” (*in perpetua peregrinatione*), *Tusculanae* 5, 37, 107: “Jenócrates, Crantor, Arcesilas, Lacides, Aristóteles, Teofrasto, Zenón, Cleantes, Crisipo, Antípatro, Carnéades, Panecio, Clitómaco, Filón de Larisa, Antíoco de Ascalonita, Posidonio, *innumerabiles alii, qui semel egressi nunquam*

domum reverterunt". Es fácil reconocer, y ya se ha hecho, que el orden está escogido según la edad de las Escuelas; a los académicos (de Jenócrates a Lacides) siguen los dos dirigentes del Perípato y de los estoicos (de Zenón hasta Antípatro); el cierre lo conforman los filósofos, más o menos eclécticos, del período romano. Para el Perípato y la Estoa la lista es completada por Plutarco, *De exilio*, c. 14: "εἰ τὴν Περιπατητικὴν ἀσπάζη μάλιστα καὶ τεθαύμακας, Ἀριστοτέλης ἦν ἐκ Σταγείρων, Θεόφραστος ἔξ Ἐρέσου, Στράτων ἐκ Ἀαμιβάκου, Γλύκων (Lykon) ἐκ Τρωάδος, Ἀριστων ἔκ Κέω, Κριτόλαος, Φασῆ ἔτης· εἰ τὴν Στωικὴν, Ζήνων, Κιτιεύς· Κλεάνθης, Ἄσσιος· Χρῦσιππος, Σολεύς (el cual, sin embargo, adquirió finalmente el derecho de ciudadanía ateniense, mientras que Zenón y Cleantes lo rechazaron, véase Plutarco, *De stoicorum repugnantibus*, cap.4)· Διογένης, Βαβυλώνιος· Ἀμτίπατρος, Ταρσεύς", y también respecto a los filósofos de su propio tiempo Plutarco atestigua allí que "οἱ δοκιμώτατοι καὶ κράτιστοι ζῶσιν ἐπὶ ξένης [...] φυγόντες [...] πράγματα καὶ περισπασμοὺς καὶ ἀσχολίας, ἃς αἱ πατρίδες φέρουσι". Pero la existencia de una gran cantidad de filósofos metecos se demuestra de forma incluso todavía más clara que con estos numerosos casos individuales en la discusión de la *Política* de Aristóteles, en torno a la cuestión de cuál de los dos sería el tipo de vida más favorable, si aquel que participa activamente en el Estado o la "βίος ξενικὸς καὶ τῆς πολιτικῆς κοινωvίας ἀπολελυμένος" ["vida de extranjero y separada de la comunidad política", A. F.], (4 (7), 2, p. 1324a, 16), y esta "vida de meteco" despegada del Estado es identificada sin más (p. 29) con el "βίος φιλόσοφος" ["vida filosófica", V. A.].

El perjuicio que supuso para las comunidades griegas la renuncia a los asuntos del Estado por parte de sus cabezas más profundas lo ha enfatizado la mirada política del romano Cicerón, *De oratore*, 3, 15, 56: "*Alii quietem ac negotium secuti, ut Pythagoras, Democritus, Anaxagoras, a regendis civitatibus totos se ad cognitionem rerum transtulerunt; quae vita propter tranquillitatem et propter ipsius scientiae suavitatem, qua nihil est hominibus iucundius, plures, quam utile fuit rebus publicis* [subrayado de J. B.], *delectavit*".

Sobre los peligros que amenazaban a los metecos en el caso de inmiscuirse en los asuntos de la ciudad donde vivían sin pertenecer a ella, hay un digno verso de Menandro en los *Monóstica*: "ξένος ὄν ἀπράγμων ἴσθι καὶ πράξεις καλῶς [‘siendo extranjero estate tranquilo y actuarás bien’, griego en el original, V. A.]", donde ἀπράγμων se refiere a un comportamiento tranquilo en sentido político, así como también Tucídides 2, 40 y 63. El mismo consejo da, siguiendo a Panecio, Cicerón, *De officiis* 1, 34, 125: "*Peregrini atque incolae officium est, nihil praeter suum negotium agere* (τὰ ἑαυτοῦ πράττειν, compárese el pasaje de Platón citado arriba), *nihil de alio anquirere* (πολυπραγμονεῖν), *minimeque esse in aliena re publica curiosum* (περίεργον)" ["Es deber tanto del inmigrante como del inquilino no ocuparse de nada que no sea de su incumbencia (ocuparse de los asuntos propios), ni entrometerse en modo alguno desde fuera (estar muy ocupado) ni estar interesado (entrometido) lo más mínimo en la gestión pública ajena", A. F.].

Para la "ἰσηγορία" ["igualdad pública", A. F.] de los metecos atenienses, realmente existente pese a la desigualdad jurídica, sea suficiente prueba *Del Estado de los atenienses*, la cual está considerada una obra de Jenofonte, c. 1, § 12, y también Tucídides 7, 63, donde Nicías de dirige a los metecos como "Ἀθηναῖοι νομιζόμενοι καὶ μὴ ὄντες" ["considerados Atenienses pero sin serlo", V. A.].

La apreciación según la cual la creencia de los atenienses en su condición de autóctonos se reflejaría también en sus duras decisiones legales sobre los metecos, la hace el rétor Aristides en su *Panatenaios*, vol. 1, p. 163, Dindorf: "καὶ ξένοι καὶ πολῖται μὴ ὄντες τῇ γῆ ταύτῃ πρέπουσι διηρησθαι κτλ."

Sobre el leve castigo que merece el asesinato de un meteco, véase Hermann, *Staatsalterthümer*, § 104, notas finales VIII y X.

^{IX} Sobre el hecho de que Anaxágoras fuera acusado de ἀσέβεια además de “μηδισμός” [“impedad” y “pro-persa”, V. A.], la única prueba es ciertamente Sátiro (en Diógenes Laercio 2, 12). Pero pese a ser una sola autoridad, no podemos dejar de lado sin más al experto literato peripatético, pues no es aceptable pensar que sus comentarios sean completamente arbitrarios. Aunque la acusación estuviera limitada jurídicamente solo a la ἀσέβεια, se puede suponer con todo que quizá en el debate sobre la misma se le haya reprochado a Anaxágoras, entre otras cosas, su naturaleza no helénica, una mala disposición hacia la democracia y una inclinación al despotismo persa, al que se encontraría próximo dado su origen jonio. Pero en realidad a través de Anaxágoras los promotores de la acusación pretendían tocar a Pericles, cuya “φύσις ἤκιστα δημοτική [‘naturaleza en absoluto popular’, A. F.]” (Plutarco, *Pericles*, c. 7; compárese *Del Estado de los atenienses*, c. 2, § 19) no era un secreto absolutamente para nadie en Atenas.

^X Con el tratamiento filológico, en absoluto forzado, que hemos dado al acertijo, desaparece lo “extraño” que encuentra Zeller (2, 1, p. 140 de la tercera edición) en el hecho de que “en Atenas se le pregunte a Sócrates sobre su origen”. En latín es también imposible, como en alemán, reproducir el doble sentido de κόσμος. Cicerón se decide por la traducción algo ruda de “mundanus”, considerando necesario añadir la explicación “totius enim mundi se incolam et civem arbitratur” (*Tusculanae* 5, 37, 108). El compuesto κοσμοπολίτης aparece por primera vez en boca de Diógenes el cínico, concretamente en respuesta a la pregunta “πόθεν εἶη [‘de dónde era’, V. A.]” (en Diógenes Laercio 6, 63; compárese con Luciano, *Vitarum Auctio*, c. 8); la ausencia de dicha palabra en el acertijo socrático, así como el doble sentido irónico de “κόσμος”, apuntan a un origen temprano y auténtico de este término.

^{XI} Con plena conciencia, claramente expresa, de plantear una paradoja que solo provoca en un principio “risa”, Platón ha resumido el pensamiento central de sus doctrinas políticas, a saber, que el saber se debe unir con el poder, en *República* 5, 473d: “ἐὰν μὴ ἢ οἱ φιλόσοφοι βασιλεύσωσιν ἐν ταῖς πόλεσιν ἢ οἱ βασιλεῖς τε νῦν λεγόμενοι καὶ δυνάσται φιλοσοφήσωσι γνησίως τε καὶ ἰκανῶς καὶ τοῦτο εἰς ταῦτον ζυμπέση, δύναμις τε πολιτικὴ καὶ φιλοσοφία [...] οὐκ ἔστι κακῶν παῦλα [...] ταῖς πόλεσι, δοκῶ δ’ οὐδὲ τῷ ἀνθρωπίνῳ γένει [‘a menos que los filósofos reinen en las ciudades o los ahora llamados reyes y gobernadores filosofen genuina y suficientemente y lo uno concorra con lo otro, el poder político y la filosofía, [...] no pueden parar los males para las ciudades, ni tampoco, creo, para el género humano’, A. F.]”. Dado que la verdadera comprensión de dicha formulación central, visiblemente ponderada y meditada, solo es posible si cada palabra es entendida en su relación concreta, habrá que plantearse por qué Platón ha añadido en el segundo miembro de la frase, al lado de “los ahora llamados reyes”, los “δυνάσται [‘gobernadores’, A. F.]”, los cuales no presentan correspondencia alguna en el primer miembro de la frase. Y la respuesta solo puede ser que Platón quiere que su intento de transformar los monarcas existentes en filósofos no se lleve solo a cabo con los reyes legítimos, sino también con los usurpadores, los cuales suelen ser designados en el habla griega cotidiana como “δυνάσται” no queriendo ni halagarlos con el título de reyes ni censurarlos como tiranos (por ejemplo en Demóstenes, *Contra Aristócrates*, § 124), de igual manera como la palabra alemana “Herrscher (Jefe)” no cuestiona el origen legal o ilegal de su autoridad. Precisamente el viejo Dionisio, contra quien se estrellara tal clamorosamente el arte de conversión filosófica de Platón, es designado por Diodoro —sin duda siguiendo el precedente de otros—, tanto “τύραννος” como “δυναστής” [ambos términos significan “tirano”, V. A.] (15, 74, al comienzo: “τὰ συμβάτα τούτῳ τῷ δυνάστη”, y 14, 2: “Διονύσιος ὅτῳ Συρακοσίων τύραννος καίπερ εὐτυχέτατος τῶν δυναστῶν γεγονώς κτλ.”), aunque ninguna de las dos palabras sea un título oficial. Cómo rezaba este, no lo he podido descifrar para la época en que el dominio de Dionisio se limitaba todavía a Siracusa; para la época en que le estaba sometida toda Sicilia un amigo, a partir de la inscripción del *Corpus inscriptionum*

Atticarum 2, 1, n. 8 (compárese *Hermes* 3, 157) me ha remitido a “ὁ Σικελίας ἄρχων” [‘el dueño de Sicilia’, V. A.], y sospecho que este título el cual oscila, al igual que “δυνάστης”, entre “βασιλεία” y “τυραννίς” [‘reinado’ y ‘tiranía’, respectivamente, V. A.], ha sido escogido en consideración a que Gelón (en Heródoto, 7, 157) fuera designado “ἄρχων Σικελίας”. Esta palabra, “ἄρχων” [‘el dueño’, V. A.], la emplea Platón allí donde declara suficiente para la realización de su Estado ideal incluso si un solo monarca abogara con su poder por el mismo (*República* 6, 502b: “εἷς ἰκανὸς γενόμενος, πόλιν ἔχων πειθομένην, πάντ’ἐπιτελέσαι τὰ νῦν ἀπιστούμενα [...] ἄρχοντος γάρ που τιθέντος τοὺς νόμους καὶ τὰ ἐπιτηδεύματα ἃ διελελύθαμεν, οὐ δήπου ἀδύνατον ἐθέλειν ποιεῖν τοὺς πολίτας”). Que se trata de un señor con poder ilimitado, lo muestra, según la regla lingüística conocida, el participio activo en “τιθέντος τοὺς νόμους” [‘estableciendo las leyes’, V. A.].

^{XII} La sospecha de que los informes sobre las afirmaciones de Sócrates, con motivo de la invitación de Arquelao, proceden de uno de los mejores Diálogos socráticos está favorecida por el vivo colorido que presentan. Séneca (*De beneficiis* 5, 6) menciona primero la afirmación —recogida arriba según la *Retórica* de Aristóteles— en la siguiente versión, algo floja: “*Archelaus rex Socratem rogavit, ut ad se veniret; dixisse Socrates traditur, nolle se ad eum venire, a quo acciperet beneficia, cum reddere illi paria non posset*”. Continúa enseguida: “*Quid tantum erat accepturus, quantum dabat, si regem in luce media errantem ad rerum naturam admisisset usque eo eius ignarum ut, quo die solis defectio fuit, regiam cluderet et filium, quod in luctu et rebus adversis moris est, tonderet*”. Es por completo verosímil que en la misma fuente que le dio a conocer la respuesta de Sócrates encontrara Séneca también esta descripción poderosa y tan apropiada para aportar viveza al Diálogo de cómo el rey supersticioso, en pánico por el eclipse de sol, se encierra en su palacio y manda que le corten el cabello al príncipe heredero. Un eclipse de sol vivido en Grecia durante el gobierno de Arquelao (413-339 a. C.), sirve a Jenofonte (*Helénicas*, 2, 3, 4) para una datación cronológica; a juicio de Zech (*Jablonowski’sche Preisschriften* 4, 46), tuvo lugar el 2 de septiembre del 403 a. C.

En un fragmento aislado de los *Discursos de animación a la filosofía* de Arriano, discípulo de Epicteto (Estobeo, *Florilegium*, 97, 28, que coincide con el fragmento 174 de Epicteto, Schweigerhauser), atribuido por Wyttenbach, sin fundamento alguno, a Plutarco (tomo 5, p. 832 de la edición de Oxford) se cuenta: “Σωκράτης Ἀρχελάου μεταπεμπομένον αὐτὸν ὡς ποιήσοντος πλούσιον, ἐκέλευσεν ἀπαγγεῖλαι αὐτῷ, διότι Αθήνησι τέσσαρες εἰσι χοίνικες τῶν ἀλφίτων ὀβολοῦ ὄνιοι καὶ κρῆναι ὕδατος ῥέουσιν” [‘Habiéndolo llamado Arquelao para hacerlo rico, Sócrates ordenó rechazar la invitación porque los atenienses disponen de 4 *choenix* de grano diario, por el valor de un óbolo, y porque sus fuentes manan agua’, V. A.]. Datos sobre los precios del grano ático no son frecuentes. Dichos datos —que por lo demás se corresponden probablemente a la época de Sócrates (véase Boeck, *Staatshaushalt* 1, 131, nota final d)—, junto con la referencia al sistema ateniense de canalizaciones de agua, llevado a cabo por Metón precisamente en el período en que Arquelao accedió al poder (véase Ulrich, *Beiträge zur Erklärung des Thukydides* p. 87; Scaliger, *De emendatione temporum*, p. 73 de la tercera edición), dejan entrever un conocimiento de las relaciones áticas tan preciso como difícilmente puede suponerse en un autor tardío.

Una claridad similar, plástica, presentan las palabras que Eliano (*Varia historia*, 14, 17) pone en boca de Sócrates: “Arquelao habría gastado para su palacio 400 minas (31.440 marcos) que habría pagado a Zeuxis para el adorno pictórico del mismo (“ἵνα καταγράφοι τὴν οἰκίαν”, compárese Plutarco, *Alcibíades*, c. 16), pero para su propia formación no habría gastado nada. Por eso era completamente natural que la gente viniera desde muy lejos para contemplar el palacio, pero por el propio Arquelao,

sin el cebo del dinero, nadie partiría hacia Macedonia; sin embargo en seres humanos bien ordenados tal cebo no daría peces”. De las relaciones de Zeuxis con Arquelaos, utilizadas aquí con fines irónicos, se encuentra otra referencia en la narración de Plinio (*Historia naturalis* 35, 62) según la cual el pintor habría regalado una pintura de Pan al rey porque sus obras de arte no podrían pagarse con dinero.

Dado que el Diálogo de Antístenes que lleva por nombre *Arquelaos* —donde, si se confirma la suposición expuesta arriba, tendrían su origen todas estas informaciones— también contenía una invectiva contra Gorgias (“καταδρομή Γοργίου τοῦ ῥήτορος”, Ateneo, 220d), de ello pueda quizá concluirse que, como muchos poetas y artistas, también aquel rétor errante —muerto en avanzada edad en el 375 a. C. (véase Frei en *Rheinisches Museum* 7, 542)— pasó largo tiempo en la Corte del rey macedonio. El episodio sobre las fechorías secretas de Arquelaos en el Diálogo platónico de *Gorgias* (véase arriba) recibiría entonces una contextualización más concreta.

^{XIII} El fragmento número 30 de la colección epistolar socrática ha deslumbrado tanto por la riqueza de los selectos datos que en él se encuentran —los cuales se destacan de las habituales chapuzas epistolares, a menudo completamente insulsas— que ha llegado a ser incluso considerado recientemente (véase Boehnecke, *Demosthenes* 1, 442) como un auténtica carta de Espeusipo a Filipo. Pero al margen de una escritura pomposamente detallista que porta el sello de lo inauténtico y de la fabricación retórica —comienza con la recomendación de un historiador desconocido, un Magnetes Antípatro, pues el mismo habría triturado en el Círculo de la Academia un ensayo de Isócrates dirigido a Filipo, y acaba con una queja, supuestamente chistosa, sobre la carestía del papel—, la naturaleza falsa de la carta está fuera de dudas ya solo por la manera con la que el autor trata el fragmento aislado —presente entre sus buenos materiales mencionado arriba—, que se corresponde a una carta auténtica de Espeusipo. En efecto mientras el verdadero Espeusipo —en una carta, según todas las apariencias, no dirigida a Filipo—, se sintió legitimado —a consecuencia de unas injurias que el propio rey, tras acceder al trono, había arrojado contra Platón— para señalar el incentivo que el príncipe había recibido de Platón, estando aquel todavía muy alejado del trono, el epistológrafo hace que las injurias provengan de Teopompo, el cual había atacado efectivamente en sus escritos a Platón (véase Ateneo 11, p. 508c), y que Espeusipo le dirija con este motivo un reproche al rey, reproche sin duda indirecto pero con todo realmente inadecuado (§ 12, p. 632, Herscher): “πυνθάνομαι δὲ καὶ Θεόπομπον παρ’ ὑμῖν μὲν εἶναι πάνυ ψυχρόν, περὶ δὲ Πλάτωνος βλασφημεῖν, καὶ ταῦτα ὥσπερ οὐ Πλάτωνος τὴν ἀρχὴν τῆς ἀρχῆς ἐπὶ Περδίκκα (así en genitivo dórico, “en el tiempo de pérδικas”, en vez del Περδίκκα de las ediciones) κατασκευάσαντος καὶ διὰ τέλους χαλεπῶς φέροντος, εἴ τι γίνοιτο παρ’ ὑμῖν ἀνήμερον ἢ μὴ φιλάδελφον”. El verdadero Espeusipo había escrito solamente (véase arriba): “ὅτι καὶ τὴν ἀρχὴν τῆς βασιλείας Φίλιππος διὰ Πλάτωνος ἔσχεν” [“que Filipo obtuvo el inicio/ poder de su reinado a través de Platón”, V. A.]. El rétor cree suavizar esta afirmación jugando con los diferentes significados de “ἀρχή”. El jugar con el doble significado de “ἀρχή” es un viejo truco retórico, registrado ya en el tercer libro de la *Retórica* de Aristóteles (c. 11, p. 1412b, 4).

^{XIV} La suposición urdida por Stahr (*Aristotelía* 1, 134; 2, 286) según la cual —pese a haberse separado Aristóteles de la Academia dirigida por Jenócrates para defender sus doctrinas más importantes a la cabeza de un Peripato de nueva fundación—, la relación personal entre ambas cabezas de escuelas que trabajaban en un mismo lugar habría seguido con todo siendo amistosa, sin menoscabo alguno para dicha amistad, es tan contraria a la conducta psicológica común —válida también para los filósofos—, que uno solo podría verse forzado a aceptar la creencia en una tal excepción mediante los testimonios más claros e irreprochables. En lugar de a una amistad expresa, la tendencia de la tradición a la que tenemos acceso apunta a lo contrario. Se llegó tan

lejos que se contaba que Alejandro, a los regalos hechos a Jenócrates, había unido la intención de disgustar a un Aristóteles caído en desgracia ante él (Diógenes Laercio 5, 10). También las proliferas suposiciones, inverosímiles en dicha prolifera, sobre un enfrentamiento entre Aristóteles y Jenócrates ya en vida de Platón (Eliano, *Varia historia* 3, 19), difícilmente podrían haber sido sostenidas por los rivales de Aristóteles si no hubieran pretendido datar ya antes en el tiempo la notoria tensión surgida entre él y el calcedonio en la segunda estancia del primero en Atenas. Merece con todo la pena tener en cuenta también una anécdota no mencionada por Stahr, que en absoluto parece una invención pero que, incluso en el caso de haber sido inventada, podría haberlo sido sobre la base de la conocida querrela entre los dos hombres. Reza en Ateneo 12, p. 530d, en una expresión que no necesita aclaración en alemán: “Ἀριστοτέλης Ξενοκράτην τὸν Καλχηδόνιον σκόπτων, ὅτι οὐρῶν οὐ προσῆγε τὴν χεῖρα τῷ αἰδοίῳ, ἔλεγε ‘χεῖρες μὲν ἀγναί, φρήν δ’ ἔχει μίασμά τι” [“Viendo Aristóteles a Jenócrates orinar sin llevarse la mano a las partes pudendas, dijo: ‘Las manos son sagradas, pero la mente tiene alguna mancha’”, V. A.]. De un lado la anécdota dibuja, de forma viva, la tendencia a una rigidez ascética en un Jenócrates en proceso de envejecimiento, y de otro lado deja ver la “μωκία” [“carácter burlesco”, V. A.] que se ha señalado en relación a Aristóteles (Eliano, *Varia historia* 3, 19), la cual adoptaba en ocasiones una forma especialmente mordiente. Uno cree tener delante de sí un pequeño fragmento del combate entre Voltaire y Maupertuis. Si Jenócrates no ha guardado rencor a Aristóteles por el uso del verso pronunciado por Fedra en el *Hipólito* de Eurípides (319), entonces era él en efecto esa estatua de piedra insensible por la que lo tenía Friné (Diógenes Laercio 4, 7).

^{xv} Aunque nadie que sepa apreciar la cautela de Boeck —la cual descansa en un examen, desde todas las perspectivas, del estado de un asunto—, pueda decidirse a apartarse de él sin la mayor de las precauciones, no puedo sin embargo seguirlo cuando cree (*Staatshaushalt*, 1, 447) que “la historia de Jenócrates presupone su exención del dinero de protección de los metecos (ἀτέλεια μετοικίου)”. Ninguna de las versiones existentes de esa “historia” me parece que permita una tal conclusión. La transmitida por Diógenes Laercio 4, 14, nos presenta a un Jenócrates realmente vendido a causa de no haber pagado el dinero de protección; Demetrio Falereo habría puesto el dinero para comprarlo y habría devuelto entonces la libertad a Jenócrates. Si hubiese existido una exención del dinero de protección para Jenócrates, entonces no habría tenido lugar la venta. Según otra versión, seguramente más clara, que se puede encontrar en Plutarco, en *Vida de Flaminio*, c. 12, y en el autor de la *Vida del orador Licurgo*, p. 842b, Licurgo encuentra a Jenócrates cuando este es conducido por los acreedores de impuestos para ser puesto a la venta. El hombre de Estado alza su bastón contra uno de los acreedores, el cual era él mismo meteco (véase Plutarco, *Alcibíades*, c. 5), y pone al filósofo en libertad, sin duda pagando por él el dinero de protección (“ἀπέλυσε” [“rescató”, V. A.]; *Vita Lycurgi*; “ἀφείλετο” [“quitó”, V. A.], *Vita Flaminii*. Compárese la *Vida de Solón* de Plutarco, c. 13 al final). Consigue también que los acreedores sean castigados por su “comportamiento rudo” (“ἀσέλγεια” [“insolencia”, V. A.], *Vita Flaminii*; “οὐ τὰ πρέποντα” [“comportamiento no apropiado”, V. A.], *Vita Lycurgi*. Licurgo cosecha un elogio generalizado a causa de su noble intervención en favor del filósofo, y Jenócrates declara que él —por el mero hecho de haber sido el motivo de dicho elogio— queda exento de todo agradecimiento. También aquí se presupone la obligación jurídica de Jenócrates de pagar el dinero de protección. Si se hubiese tratado solo de esquivar un chantaje ilegal, entonces el comportamiento de Licurgo apenas podría aparecer como digno de una alabanza tan especial. Además los acreedores son castigados solo por la “rudeza” con la que reclaman, sin duda de la manera más brusca, su derecho contra un hombre como Jenócrates. Finalmente se extrae de *La vida de Foción* de Plutarco que Jenócrates pagaba el dinero de protección todavía bajo la

Constitución de Antípatro, esto es, en su más avanzada edad y mucho después de la muerte de Licurgo. Para liberarlo de tal obligación Foción quiso facilitarle la ciudadanía ateniense (“ὄρων τὸν Ξενοκράτην τελοῦντα τὸ μετοίκιον”), algo que el filósofo sin embargo rechazó.

Dado que, por todo ello, se demuestra aquí lo insostenible de la suposición de Boeck respecto de una “ἀτέλεια μετοικίου” [“exención del impuesto de meteco”, V. A.], el proceso con los acreedores de impuestos podrá quizá ahora tornarse comprensible de la siguiente manera. Los acreedores de impuestos anteriores tal vez no habrían hecho valer su exigencia por respeto a Jenócrates, y habiendo tomado confianza por ello, este habría dejado de pagar durante largo tiempo. Pero entonces en un determinado momento habrían aparecido unos acreedores sin consideración alguna por la filosofía, los cuales habrían exigido quizá al moroso Jenócrates el pago inmediato de todos los atrasos, y al no tener este a mano la suma de una forma inmediata, se lo habrían llevado a rastras para su venta. Podría también pensarse que el asunto hubiera sido tramado por el partido de los Patriotas, quien habría querido jugarle una mala pasada a un filósofo orientado hacia la causa macedonia.

^{XVI} Dado que una pieza de historia tan merecidamente valorada, de manera general, como el *Demosthenes* de Schaefer considera una “invención” la historia, presente en Diógenes Laercio 4, 8, sobre la participación de Jenócrates en una embajada ateniense ante Filipo, debo justificar brevemente el uso que he hecho de la misma. Schaefer (3, 23, conclusión de la nota final III) llega a este parecer negativo al relacionar tal historia con la embajada después de la batalla de Queronea, pues entonces eran enviados “con toda seguridad ciudadanos”, no metecos. Pero una historia donde se subraya la corruptibilidad de los otros embajadores, junto a la inaccesibilidad de Jenócrates a todos los ofrecimientos de Filipo, no puede estar referida a la época inmediatamente posterior a la victoria de Filipo en Queronea. Pues en aquel momento el todopoderoso Filipo no necesitaba en realidad derrochar su dinero con sobornos. Solo puede referirse aquí por lo tanto a una de aquellas primeras embajadas de las que el meteco Jenócrates no formaba parte realmente como enviado oficial, sino a las que era incorporado como persona de confianza de los atenienses y *persona grata* de Filipo. También en la época de la embajada ante Antípatro, tras la batalla de Cranón, Jenócrates era todavía meteco (véase la nota anterior). Sin embargo su participación en la misma está asegurada contra toda duda por la detallada narración de Plutarco (*Foción*, c. 27); y que entonces no asumió el papel de un verdadero embajador, sino de alguien solo “adjunto”, lo indica Plutarco, de manera bastante clara, con las palabras “Ξενοκράτη τὸν φιλόσοφον τῶν Ἀθηναίων προσελομένων” [“habiendo escogido los atenienses como acompañante al filósofo Jenócrates”, V. A.].

Moritz Hermann Meier, (*Vita Lycurgi*, p. XLVI, nota), con quien concuerdo completamente en relación a la credibilidad de la embajada de Jenócrates ante Filipo, la considera aquella “*quae Ol. 108, 2, ad recipiendum iusiurandum Philipii Athenis exiit mense Munychione*” (véase Esquines, 2, § 91).

Thirlwall (*History of Greece* 7, 207) cree también poder reconciliar, como se ha intentado arriba, los informes de Plutarco y Diógenes Laercio sobre la recepción de Jenócrates por Antípatro, aparentemente discrepantes.

La cita homérica que, según el informe de Diógenes Laercio seguido arriba, utilizó Jenócrates frente a Antípatro, es puesta por Sextus Empiricus (*Adversus Mathematicos* 1, 295) —allí donde pretende demostrar que también otros, más allá de los gramáticos ortodoxos, pueden citar correctamente— en boca de Demades, quien la habría empleado al ser invitado a la mesa de Filipo tras la batalla de Queronea. Diodoro sin embargo, quien menciona otra cita homérica de aquella misma época por parte del propio Demades (16, 87), no sabe nada de esta, y es más fácil admitir una falta de precisión no importante para su objetivo, con motivo de un asunto tan colateral, de

parte del escéptico, antes que —de parte de las fuentes de las que Diógenes Laercio tomó el bosquejo vital de Jenócrates—, una confusión del filósofo que pretendían describir con el orador.

Una vacilación similar se da en relación a la comparación de la Guerra Lamíaca con una simple carrera de longitud. La misma ha sido atribuida arriba, según Plutarco, a Foción, con el cual se aviene completamente si nos atenemos a su actitud en conjunto durante ese período. En las *Autobiografías de los 10 oradores*, p. 846e, es atribuida a Demóstenes. Pero qué poco es compatible la misma con el incontrolable y ardiente fervor de este, incluso durante la Guerra Lamíaca, lo ha destacado ya Kraner en su edición del *Foción* de Plutarco, p. 62.

^{xvii} La doctrina de Platón, desarrollada ampliamente en el Diálogo *Gorgias*, está resumida en el Diálogo *Critón* en aquellas frases donde se evidencia, de la manera más clara, que Platón entiende por el “ἀδικεῖν ἄνθρωπον” [“cometer injusticia contra el ser humano”, V. A.], prohibido incluso como arma de defensa, no solo la lesión de determinadas leyes o deberes por parte del “ἀδικῶν” [“el que comete injusticia”, V. A.], sino todo perjuicio o daño a los prójimos, p. 49b [y 49c, A. F.]: “τὸ ἀδικεῖν τῷ ἀδικούντι καὶ κακὸν καὶ αἰσχρὸν τυγχάνει ὄν παντὶ τρόπῳ. [...] τὸ κακῶς ποιεῖν ἄνθρώπους τοῦ ἀδικεῖν οὐδὲν διαφέρει [...] οὔτε ἄρα ἀνταδικεῖν δεῖ οὔτε κακῶς ποιεῖν οὐδένα ἄνθρώπων, οὐδ’ ἂν ὅτιοῦν πάσχη ὑπ’ αὐτῶν”.

Como en tantos otros aspectos parece que, también en relación a esta cuestión cardinal de la moral, Aristóteles no se atuvo al alto empuje espiritualista de Platón. Evidentemente el hecho de que en *Retórica* 1, 9, p. 1367a, 19, en fuerte oposición a la doctrina platónica, sostenga que la “venganza” respecto de los enemigos es más hermosa y valiente que la reconciliación (“καλὸν τὸ τοὺς ἐξθροὺς τιμωρεῖσθαι μᾶλλον καὶ μὴ καταλλάττεσθαι· τό τε γὰρ ἀνδρείου τὸ ἀνταποδιδόναι δίκαιον, τὸ δὲ δίκαιον καλόν, καὶ ἀνδρείου τὸ μὴ ἡττᾶσθαι”), no serviría por sí solo para probar el propio parecer de Aristóteles, dado que en efecto la *Retórica* tiene en consideración exclusivamente la concepción media (“τὸ ἔνδοξον”) de los griegos. Pero también se buscará en vano un claro acuerdo con aquellas frases platónicas en la *Ética*, donde Aristóteles, si lo hubiera creído conveniente, habría debido dejar claras pruebas de ello. No carecerá de interés mostrar, con breves ejemplos, qué sensibles eran los copistas y escritores cristianos respecto de las violaciones del mandamiento del amor al enemigo que encontraban en sus modelos. En las ediciones habituales de los *Monásticos* se encuentra el verso apropiado al sentimiento popular de los griegos “λυποῦντα λύπει καὶ φιλοῦνθ’ ὑπερφύλει” [“daña al que daña y sobrepasa en amor al que ama”, V. A.]. El texto en edición aldina (después de la edición de Teócrito del año 1495), da, en lugar de las dos primeras palabras, “μισοῦντα μίσει” y además, al margen, la variante “μισοῦντα φίλει” [“odia al que odia” y “ama al que odia”, respectivamente, V. A.], para salvaguardar la moral cristiana a costa de la prosodia. Josefo (2, 8, 7) comparte la fórmula de juramento de los esenios al entrar en su Orden. Hipólito, en su breve *Refutación de los herejes*, recoge también, al igual que el resto del informe de Josefo sobre los esenios, aquella fórmula de juramento, por lo demás literalmente. Sin embargo mientras en Josefo el esenio jura (p. 150, 6, Bekker): “μισήσειν ἀεὶ τοὺς ἀδίκους καὶ συναγωνεῖσθαι τοῖς δικαίοις” [“odiar siempre a los injustos y socorrer a los justos”, V. A.], Hipólito no puede admitir el atribuir algo semejante a los esenios, en cuya afinidad con los cristianos le gustaría creer, y, sin preocuparse por la fidelidad histórica, cambia las palabras de Josefo por las siguientes (9, 23, p. 478, línea 78 de la edición de Göttingen): “μηδένα δὲ μήτε ἀδικούντα μήτε ἐχθρὸν μισήσειν, προσεύχεσθαι δὲ ὑπὲρ αὐτῶν, συναγωνίζεσθαι ἀεὶ τοῖς δικαίοις” [“no cometer injusticia contra nadie, ni siquiera contra el injusto, ni odiar al malvado, y suplicar por ellos, y socorrer siempre a los justos”, V. A.].

xviii La segunda esposa de Foción, muy alabada por la sencillez de sus costumbres, —de la primera esposa Plutarco (*Foción* c. 19) solo sabe decir que su hermano había sido el escultor Cefisódoto— fue convertida por los autores más recientes de las historias de los judíos —a raíz de un error de escritura de algunos manuscritos de Estobeo— en la esposa de Filón el judío. En el *Florilegio* de Estobeo las ediciones existentes, 74, 54, dicen efectivamente: “ἡ Φίλωνος γυνὴ ἐρωτηθεῖσα, διὰ τί μόνη τῶν ἄλλων ἐν συνόδῳ οὐ φορεῖ χρυσοῦν κόσμον, ἔφη· ὅτι αὐτάρκης κόσμος μοί ἐσαν ἢ τοῦ ἀνδρὸς ἀρετὴ” [“la mujer de Filón, preguntada por qué era la única mujer que no llevaba adornos de oro en su trato social, respondió: ‘porque para mí es suficiente adorno la virtud de mi marido’, V. A.]. Un manuscrito de Gaisford tiene sin embargo en lugar de “Φίλωνος”, el nombre a todas luces correcto de “Φωκίωνος” [“de Filón” y “de Foción”, V. A.], y la anécdota es la misma que narra Plutarco de forma viva en dos pasajes diferentes, en *Vida de Foción*, c. 19: “ἡ γυνὰ (τοῦ Φωκίωνος) ξένης τινὸς Ἰωνικῆς ἐπιδειξαμένης χρυσοῦν καὶ λιθοκόλλητον κόσμον ἐν πλοκίοις καὶ περιδεραίοις, ‘έμοι δέ’, ἔφη, ‘κόσμος ἐστὶ Φωκίων εἰκοστὸν ἔτος ἤδη στρατηγῶν Ἀθηναίων” y en *De musica* c. 1, línea A: “ἡ μὲν Φωκίωνος τοῦ ξρηστοῦ γυνὴ κόσμον αὐτῆς ἔλεγεν εἶναι τὰ Φωκίωνος στρατηγήματα”. Ahora bien, el monje Antonio utilizó un manuscrito de Estobeo con la falsa lectura “Φίλωνος” y por ello en la segunda parte de su *Melissa* (*sermo* 33, p. 105, línea 7 de la edición de Zurich de 1546) ha recogido la versión de Estobeo con variantes estilísticas por completo insignificantes: “ἡ Φίλωνος γυνὴ ἐρωτηθεῖσα ἐν συνόδῳ πλειόνων γυναικῶν διὰ τί μόνη τῶν ἄλλων οὐ φορεῖ χρυσοῦν κόσμον, ἔφη: αὐτάρκης κόσμος ἐστὶ γυναικὶ ἢ τοῦ ἀνδρὸς ἀρετὴ”. Entonces partiendo de la *Melissa* de Antonio, Mangey, quien la cita según la edición de Ginebra, después del *Estobeo* de 1609 (*sermo* 123, p. 196), sitúa de forma equivocada la historieta entre los fragmentos de Filón el judío (vol. 2, p. 673, con pequeñas faltas de precisión: “κόσμον χρυσοῦν” en vez de “χρυσοῦν κόσμον” y “ἀνδρὸς” en vez de “τοῦ ἀνδρός”). Finalmente Edwald (*Geschichte Israels* 6, 262 de la tercera edición), siguiendo de buena fe a Mangey, ha adornado su esbozo de la vida de Filón con esta bella afirmación de su supuesta esposa; a Edwald lo han seguido otros.

xix La palabra de Demóstenes sobre la locuacidad de Foción reza en Plutarco, *Vida de Foción*, c. 5: “ἡ τῶν ἐμῶν λόγων κοπίς πάρεσα” [“está presente el cuchillo de mis palabras”, V. A.]; en *Vida de Demóstenes y Praecepta reipublicae gerendae* se dice “ἀνίσταται” [“se alza”, V. A.], en lugar de “πάρεστι” y Estobeo (*Florilegio* 37, 34) ofrece ya la versión “ἡ τῶν ἐμῶν λόγων σφυρὰ καὶ κοπίς ἔρξεται” [“viene el martillo y el cuchillo de mis palabras”, V. A.], que deja entrever su peor origen por el uso de un verbo temático. En mi traducción alemana de la metáfora implicada en “ἡ κόπις” [“el cuchillo”, V. A.], sobre la cual da varias vueltas, de forma insatisfactoria, Wyttenbach (*Selectica historicorum*, p. 338 de la edición de Leipzig), al confundirlo con “ὁ κόπις” [“el pendenciero”, V. A.], he partido de la observación de que esa palabra —dado que ya originalmente se utiliza para designar la cimitarra bárbara— despierta en griego la connotación de algo innoble, como ocurre acaso en latín con “*culter*”; de esta manera no puede equipararse, metafóricamente, con la espada alemana, el “ξίφος” griego, o el “*gladius*” latino [“espada” en ambos casos, A. F.]. El cíclope de Eurípides utiliza para abatir a sus prisioneros (v. 242) “κοπίδας μαχαίρας” [“cuchillos largos”, V. A.], el cuchillo grueso de un carnicero o cocinero se llama “κοπίς μαγειρικὴ” (Plutarco, *Licurgo*, c. 2). Demóstenes ha escogido por tanto intencionadamente una metáfora con la que, al tiempo que reconoce cierto filo propio a la locuacidad de Foción, le reprocha la falta de finura artística y de ímpetu noble.

También para el pentámetro del poema de Aristocreón sobre Crisipo (en Plutarco, *Stoicorum repugnantia* c. 2), donde se denomina a este estoico “τῶν Ἀκαδημακῶν στραγγαλίδων κοπίδα” [“el cuchillo de los líos académicos”, V. A.], la traducción de Wyttenbach, “*confutatore Academiarum fallaciarum*” [“refutador de

los trucos de los académicos”, A. F.], es muy débil. Más bien, con la comparación con la κοπίς se pretende expresar que Crisipo no desenredó los lazos dialécticos de los Académicos, especialmente de Arcesilao, de forma laboriosa, sino que los deshizo con un rudo golpe de cuchillo.

^{XX} En las Escuelas de retórica se utiliza ciertamente a Foción, igual que a Arístides, como ejemplo de un hombre de Estado realmente pobre (Seneca, *Rhetoricae Controversiae* 2, 1, (9) 18, p. 162, 5, Kiessling), y Luciano, en su *Überführter Zeus* [*Zeus concluido* en las traducciones en castellano, V. A.], c. 16, acusa a la Providencia porque Foción ha carecido “de lo más necesario (σπάνις τῶν ἀναγκαίων).” Para reconducir tales exageraciones a su justo término, basta tan solo con acordarse de que Foción encontró la manera de que su hijo participara en una carrera de caballos (Plutarco, *Foción*, c. 20), que se le reprochó la vida desenfundada de su hijo, que este habría dilapidado la herencia paterna y que después, para mejorar su situación, habría vivido a costa de los comandantes macedonios de Muniquia (Diógenes el babilonio en Ateneo 4, 168e), que más tarde Foción prestó su ayuda para las dotes de las hijas de ciudadanos pobres (Suidas, en la entrada “Φωκίων”). También poseía una casa en el barrio de Melite, que en la época de Plutarco todavía era visitada por los extranjeros. En realidad era sencilla y pequeña, pero sin embargo llamaba la atención por un encalado hecho con “el polvo de cobre de flechas” (Plutarco, *Foción*, c. 18: “χαλκαῖς λεπῖσι κεκοσμημένη, τὰ δὲ ἄλλα λιτὴ καὶ ἀφελής”, compárese K. O. Müller en *Ersch und Gruber’s Enzyklopädie*, bajo el término Atikka, p. 240).

En relación a su yerno Caricles, sea suficiente remitirnos a Plutarco, *Foción*, c.

22.

^{XXI} En el hermoso fragmento deIÓN Epidemio de Quíos (en Ateneo 13, 604d) se dice del poeta Sófocles que, siendo estratega, no habría sido realmente un político sino solo “ὡς ἂν τις εἷς τῶν χρηστῶν Ἀθηναίων” [“uno de los buenos atenienses”, V. A.], y el autor del escrito *Del Estado de los atenienses* (1, 4) denomina al partido conservador, en oposición a los demócratas radicales, los χρηστοὶ [“los buenos”, V. A.].

Que una complacencia bondadosa constituye un rasgo esencial del término ático “χρηστός” se demuestra suficientemente por el hecho de que “χρηστός” alterna con “εὐήθης” [“de buen carácter”, V. A.], y con los restantes adjetivos que sirven para designar un carácter simple e ingenuo; son útiles para ello pasajes platónicos del Tímeo recopilados por Rhunken bajo el término de ἡδύς [“dulce”, V. A.], y también se puede encontrar en la *Retórica* de Aristóteles un pasaje decisivo que establece la regla para un discurso de elogio y uno de invectiva (1, 9, 1367a, 33): “ληπτέον τὰ σύνεγγυς τοῖς ὑπάρξουσιν ὡς ταῦτ’ ὄντα (que tratan las propiedades colindantes existentes como idénticas), οἷον τὸν ἡλίθιον χρηστόν”. Lo mismo ocurre con el verso de Menandro (en Estobeo, *Florilegium* 46, 11): “ἢ νῦν ὑπὸ τινῶν χρηστότης καλουμένη Μεθῆκε τὸν ὄλον εἰς πονηρίαν βίον· Οὐδεὶς γὰρ ἀδικῶν τυγχάνει τιμωρίας” [“la simpleza llamada hoy por algunos bondad es una vida entera condenada a la desdicha; pues ninguno de los que comete injusticia es castigado”, V. A.]. Esta incapacidad de hacer daño que va unida intrínsecamente a “χρηστός” no se hace valer en la definición de los así llamados Ὅροι [“Definiciones”, V. A.] platónicos (p. 412e), la cual solo enfatiza el coraje moral y la sencillez prudente: “χρηστότης· ἠθους ἀπλαστία μετ’ εὐλο γιστίας· ἠθους σπουδαιότης”.

Que “χρηστός” fuera un verdadero sobrenombre (“προσηγορία”) de Foción no está testimoniado solo por Plutarco (*Foción* c. 10) y Suidas (en la entrada Φωκίων), sino que también se evidencia por el hecho de que los críticos desfavorables a Foción hagan uso irónico de la palabra, como hizo por ejemplo el escritor griego del cual Diodoro (17, 15) ha entresacado la información sobre los debates que, a instancias de Alejandro, tuvieron lugar en Atenas para entregarle a aquel a Demóstenes y a otros nueve oradores. Allí (47, 15) se dice con un sarcasmo mordiente: “πολλῶν δὲ λόγων γινομένων κατὰ τὴν ἐκκλησίαν, Φωκίων μὲν ὁ χρηστός, ἀντιπολιτευόμενος τοῖς περὶ τὸν

Δημοσθένην, ἔφη δεῖν τοὺς ἔξαιουμένους μιμήσασθαι τὰς Λεῶ κόρας (véase E. Curtius en los *Monatsberichte der Berliner Akademie* 1878 p. 77) καὶ τὰς Ὑακινθιάδας (Heyne, *Zu Apollodor* 3, 15, 8, 5) καὶ τὸν θάνατον ἐκουσίως ὑπομῆναι ἕνεκα τοῦ μηδὲν ἀνήκεστον παθεῖν τὴν πατρίδα” [“habiéndose dado varios discursos en la Asamblea, Foción ‘el bueno’ dijo que era necesario que los reclamados imitaran a las hijas de León y a las Jacintidas y que aguardaran la muerte voluntariamente a fin de que la patria no sufriera ningún mal irreparable”, V. A.]. Este pasaje paralelo es suficiente para dar por buena la opinión expuesta arriba, según la cual Demóstenes se refería con su agria expresión “οἱ χρηστοί” básicamente a Foción.

La designación de Antípatro, mencionada arriba, como χρηστός se encuentra en la *Vida de Hispérides* p. 850a: “ἠκόντων παρ’ Αντιπάτρου πρέσβεων, ἐπαινούντων τὸν Αντίπατρον ὡς χρηστόν, ἀπαντήσας αὐτοῖς εἶπεν (Ὑπερείδης)· οἶδαμεν ὅτι χρηστός ὑπάρξει, ἀλλ’ ἡμεῖς γ’ οὐ δεόμεθα χρηστοῦ δεσπότην”. Esta misma conexión de χρηστός y δεσπότης [“bueno” y “señor”, V. A.], la cual, como muestran el *Florilegium* de Estobeo y nueve fragmentos reunidos de los trágicos y los cómicos, era habitual en boca de los esclavos, y cuya traducción al terreno político mantiene por eso precisamente una especial fuerza de atracción, fue usada supuestamente por Hipócrates al ser invitado a la corte de los persas, como se puede leer en el *Florilegium* de Estobeo, 13, 31: “Ἰπλοκράτην ἐπειθέ τις πρὸς Ξέρξην ἀπαίρειν, χρηστόν εἶναι φάσκων βασιλέα· ὁ δὲ ‘οὐ δεόμεαι’, ἔφη, ‘χρηστοῦ δεσπότην’”, y está en el trasfondo del cuarto acertijo de Plutarco en relación al rey Filipo, el cual rehúsa el consejo de establecer tropas de ocupación en las ciudades griegas con las siguientes palabras: “μᾶλλον πολὺν χρόνον ἐθέλω χρηστός ἢ δεσπότης ὀλίγον καλεῖσθαι” [“prefiero ser llamado bueno durante largo tiempo, que señor solo un poco”, V. A.]. También el gordo tirano de Heraclea Póntica, Dinonisio, recibió siendo tirano —a causa de su bondad, la cual no es difícil de encontrar entre seres humanos de tal constitución corporal—, el sobrenombre de Χρηστός (Memnón en la *Biblioteca de Focio*, 224b, 21 en Bekker, p. 12 en Orelli: “τὸ Χρηστός ἐπίκλησιν ἐκ τῶν ἠθῶν ἐνεγκάμενος”).

El trato “amigable” con Demades, mencionado arriba, se basa en la narración de Plutarco *De cupiditate divitiarum* c. 5.

^{xxii} No puedo coincidir con Nauck (*Fragmenta tragica*, p. 670) cuando reprocha a Wesseling “imprudencia” por atribuir (sobre Diodoro 16, 92) los ominosos versos declamados por Neoptólemo poco antes de la muerte de Filipo a una tragedia titulada *Cíniras*. Wesseling y su predecesor en esta suposición, Samuel Petitus, estaban legitimados para la misma por las coincidencias de la información de Suetonio sobre los Juegos en los que fue asesinado Calígula y de las correspondientes aportaciones de Josefo. La información de Suetonio (*Calígula*, 57) reza: “*Pantomimus Mnester tragoediam saltavit quam olim Neoptolemus tragoedus ludis, quibus rex Macedonum Philippus occisus est, egerat; et cum in Laureolo mimo, in quo actor proripiens se ruina sanguinem vomit, plures secundarum certatim experimentum artis darent, cruore scena abundavit*”. Y Josefo (*Antiquitates* 19, 1, 13) cuenta: “μίμος εἰσάγεται, καθ’ ὃν σταυροῦνται ληστῶν ἡγεμῶν (esto es, Laureolus; compárese Juvenal 8, 187 y 188) ὃ τε ὀρχηστής (*tragoediam saltavit*, Suetonio) δρᾶμα εἰσάγει Κινύραν, ἐν ᾧ αὐτός τε ἐκτείνετο καὶ ἡ θυγάτηρ Μύρρα, αἱμά τε ἦν τεχνητὸν πολὺ κατὰ τὸ περὶ τὸν σταυρωθέντα ἐκκεχυμένον καὶ τὸ περὶ τὸν Κινύραν” [“Se representa un mimo en el cual es crucificado un jefe de ladrones el danzante representa el drama *Cíniras* en el cual eran asesinados él y su hija Mirra, y la sangre era artificial y abundante, la derramada en torno al crucificado y en torno a *Cíniras*”, V. A.]. Ya de estas palabras de Josefo, independientemente de las que siguen a continuación, se extrae que la tragedia “bailada” en los días del asesinato de Calígula se llamaba *Cíniras*, y dado que, según Suetonio, era la misma que Neoptólemo representó ante Filipo, entonces también aquellos versos conservados por Diodoro, que anunciaban desgracia y que fueron

declamados por Neoptólemo, tienen su origen en una tragedia llamada *Cíniras*. De ello no se puede concluir que, según la detallada descripción de Diodoro, la declamación de los versos por Neoptólemo tuviera lugar en la bacanal organizada por Filipo durante la noche anterior al día de su asesinato. Pues de la misma descripción de Diodoro (16, 94) se concluye claramente que dicha representación fue suspendida el mismo día del asesinato al ser Filipo abatido a puñaladas antes de entrar al teatro, y desde luego antes de su aparición difícilmente podría empezar la pieza. Con todo el siguiente comentario de Josefo ofrece, no en relación al título de la tragedia sino considerado en sí mismo, una dificultad hasta ahora no resuelta. El mismo reza: “ὁμολογεῖται δὲ καὶ τὴν ἡμέραν ἐκείνην γενέσθαι, ἐν ἧ Φίλιππον τὸν Ἀμύντου Μακεδόνων βασιλέα κτείνει Πausanίας εἷς τῶν ἐταίρων εἰς τὸ θέατρον εἰσιόντα” [“Y es aceptado que fue aquel día en el cual Pausanias, uno de sus compañeros, asesina a Filipo, hijo de Amintas, rey de los macedonios, cuando iba al teatro”, V. A.]. Si estas palabras, según toda evidencia, han sido transmitidas correctamente —la modificación propuesta por Clinton (*Fasti Hellenici* p. 246, Krüger) debe darse en realidad por imposible—, entonces solo pueden querer decir que el asesinato de Calígula tuvo lugar el mismo día del año que el de Filipo. Ahora bien, el día del asesinato de Calígula ha sido fijado el 24 de enero por Suetonio (*Calígula* 58); el día del asesinato de Filipo no ha sido transmitido, y los añadidos de los cronistas más recientes solo fluctúan entre los meses de verano. Si Filipo fue realmente asesinado en verano, entonces quizá se puede creer que los informantes a los que sigue Josefo —a la manera de los “*vana mirantes*” que dice Tácito, *Annales* 1, 9, mencionados arriba— se permitieron algunos amaños en el cálculo cronológico para fabricar, junto con el título de la tragedia, una coincidencia de los días; pero es que también se le ocurrió a Saint Croix (*Examen des historiens d’Alexandre* pp. 604-607) desplazar al invierno el asesinato de Filipo, lo que desde luego le reprocha Ideler (*Abhandlungen der Berliner Akademie*, 1820, p. 271).

La expresión con la que supuestamente replicó Neoptólemo al ser preguntado sobre qué pasajes de los tres grandes clásicos admirara más, según la cual no admiraba nada de estos, sino solo lo trágico “ἐπὶ μείζονος σκηκῆς ἐθεάσατο, Φίλιππον ἐν τοῖς τῆς θυγατρὸς Κλεοπάτρας γάμοις πομπεύσαντα καὶ τρισκαιδέκατον θεὸν ἐποικληθέντα, τῇ ἐξῆς ἐπισφαγέντα ἐν τῷ θεάτρῳ καὶ ἐρριμμένον” [“que él mismo contempló sobre la escena mayor a Filipo, después de haber desfilado en los esponsales de su hija Cleopatra y de haber sido aclamado trece veces como un dios, degollado al día siguiente en el teatro y postrado por tierra”, V. A.] (*Florilegium* de Estobeo, 98, 70) estaba desde luego también en las mientes, como ha visto también Gataker, del César Marco Aurelio, al escribir en su libro, 11, 6, el comentario: “οἷς ἐπὶ τῆς σκηκῆς ψυχαγωγεῖσθε (véase *Rheinisches Museum* 18, 156), τούτοις μὴ ἄχθεσθε ἐπὶ τῆς μείζονος σκηκῆς” [“Con lo que os entretenéis en la escena no os aflijáis con ello sobre la escena mayor”, V. A.].

^{xxiii} El juicio de Teofrasto que compara a Demóstenes con Demades se ha conservado en Plutarco, *Demóstenes*, c. 10: “Ἀρίστων ὁ Χίος Θεοφράστου τινὰ δόξαν ἰστόρηκε περὶ τῶν ῥητόρων· ἐρωτηθέντα γὰρ, ὑποῖός τις αὐτῷ φαίνεται ῥήτωρ ὁ Δημοσθένης, εἰπεῖν· ‘ἄξιός τῆς πόλεως’ ὁποῖος δὲ Δημάδης· ‘ὑπὲρ τὴν πόλιν” [“Aristón de Quíos recogió una opinión de Teofrasto sobre los oradores. Pues preguntando este sobre qué tipo de orador le parecía Demóstenes, dijo que ‘digno de la ciudad’, y con respecto a Demades, que ‘por encima de la ciudad’”, V. A.]. Para entender este juicio de forma correcta es preciso recordar que “ἄξιός” y “ἄνάξιός τῆς πόλεως” [“indigno de la ciudad”, V. A.], eran expresiones tradicionales en la tribuna y en la sociedad atenienses para designar lo “verdaderamente ateniense” o lo “anti-ateniense” en los caracteres y en las acciones, acaso como en el lenguaje político inglés se habla de “*english*” o “*unenglish policy, minister*”. El uso de esta frase hecha se encuentra, entre otros, en Aristófanes (*Caballeros*, 1334: “τῆς γὰρ πόλεως ἄξια πράττεις”), en Lisias (*Oratio* 31, § 29) y especialmente de forma frecuente en Demóstenes (por ejemplo *Oratio* 2, párrafo 12;

Oratio 8, § 22 y § 30; *oratio* 18, § 108), de cuya boca toma entonces Demades este dicho para criticar su política como siempre turbulenta e infructífera: “Δημοσθένης οὔτε ἡσυχίαν ἄγειν ἔᾶ οὐδὲν τῆς πόλεως ἐπιβάλλεται” [“Demóstenes ni permite que haya tranquilidad ni emprende nada digno de la ciudad”, V. A.] (*Rheinisches Museum*, 29, 110, n. 4). Teofrasto quiere también señalar la energía, y al tiempo la limitación, del arte político y de la locuacidad de Demóstenes al denominarlo un orador que lleva a su máxima expresión los conceptos atenienses de oratoria y acción política. Por el contrario en Demades, quien no en vano se había formado a sí mismo fuera de la tradición retórica, Teofrasto reconocía un elemento que no encajaba con las representaciones atenienses comunes sobre un orador político, pero que precisamente por eso ejercía la violencia de lo inesperado también sobre los oyentes atenienses. Lo denominaba por lo tanto un orador que sobresalía por encima de Atenas, “ὕπερ τὴν πόλιν” [“más allá de la ciudad”, V. A.], una expresión que en todo caso era típica en aquella época, como muestra el uso de la misma en el discurso “περὶ συντάξεως” [*Sobre la organización financiera*, V. A.], (Demóstenes, *Oratio* 13, § 20). Evidentemente el meteco Teofrasto, como su maestro Aristóteles y su amigo Demetrio Falereo (véase arriba, nota final VII), pertenecían a los filósofos pro-macedonios, los cuales eran insensibles al patriotismo de ciudad de Demóstenes. Temistio, en su discurso “περὶ ἀσκήσεως” [*Sobre el ejercicio*, V. A.], (*Rheinisches Museum* 27, 257) hace referencia básicamente a este juicio de Teofrasto cuando dice que, en opinión de “alguno”, Demades superaba a Demóstenes en “claridad de entendimiento”.

Boeck —quien se indigna en el caso de Demades de una forma por lo demás poco habitual en él—, creía sin duda ir en ayuda de Teofrasto al evitar mencionarlo de forma expresa en una cita suya con críticas favorables a Demades. Se expresa por eso de la siguiente manera (*Staatshaushalt*, 1, 318): “Pero, ¿cuáles eran la vida pública y privada de Demades? Un hombre de cualidades espirituales tan brillantes que un antiguo pudo decir de él que estaba más allá del Estado —mientras que de Demóstenes solo se decía que era digno del Estado— se convirtió en abierto traidor del Estado por atender solo a sus placeres”. Esta traducción de “ἄξιος τῆς πόλεως” y “ὕπερ τὴν πόλιν” a través de la palabra común “Estado”, que evidentemente Boeckh estaba obligado a elegir para abrirse camino hacia “traidor del Estado”, quita sin embargo a la expresión de Teofrasto mucha de su precisión. Para los atenienses “ἡ πόλις” [“la ciudad”, V. A.] es la Atenas concreta, tanto como para los romanos “*urbs*” es la Roma concreta.

^{XXIV} Que con la introducción de la Constitución de Antípatro tuviera lugar una “διαψήφισις” [“votación”, V. A.] no ha sido transmitido literalmente. Pero se deja extraer con suficiente seguridad del hecho de que los expulsados sean denominados en la *Vida de Foción* de Plutarco, c. 28, “ἀποψηφισθέντες” y, c. 32, “ἀπεψηφισμένοι” [“expulsados por una votación”, V. A.], esto es, de que por lo tanto sean designados dos veces con el término establecido legalmente para una “διαψήφισις” según el texto de la ley en Dionisio de Halicarnaso, cuando reproduce el contenido del discurso duodécimo de Iseo (p. 377a, de la *Zürichner Rednersammlung*): “τὸν δὲ ἀποψηφισθέντα ὑπὸ τῶν δημοτῶν τῆς πολιτείας μὴ μετέχειν, τοῖς δὲ ἀδίκως ἀποψηφισθεῖσιν ἔφειν εἰς τὸ δικαστήριον εἶναι”. Así más tarde también Antifonte, expulsado en la del año 346, y quien después fuera ejecutado por intento de incendio de los astilleros atenienses, es llamado “ὁ ἀποψηφισθεὶς Ἀντιφῶν” [“Antifonte, el expulsado por votación”, V. A.], (Demóstenes, *De corona*, § 132).

Con las “διαψηφίσεις” [“votaciones”, V. A.] puestas en marcha por primera vez tras la aplicación de la Constitución de Antípatro, y después con el Censo de Casandro, está conectada la noticia sobre el recuento de la población ateniense llevado a cabo —según el parecer, a mi juicio correcto, de Wessenling y de Clinton (véase *Fasti Hellenici* p. 397, Krüger)— en el año 317 por Demetrio Falereo, el cual había asumido su cargo administrativo con la Constitución de Casandro, véase Ctesicles, en Ateneo 6, 272b:

“ἔξετασμών (compárese ἐξέτασιν γενέσθαι τῶν πολιτῶν κατὰ δήμους en la recién citada ley) γενέσθαι ὑπὸ Δημητρίου τοῦ Φαληρέως τῶν κατοικούντων τὴν Ἀττικὴν”.

^{xxv} Aun cuando en el pasaje de Pollux 8, 102, “οἱ ἔνδεκα νομοφύλακες κατὰ τὸν Φαληρέα μετωνομάσθησαν” [“los once guardianes de la ley recibieron una nueva denominación de acuerdo con Falereo”, V. A.], la relación de los “νομοφύλακες” con los “ἔνδεκα” sigue siendo oscura, bien puede sin embargo, a partir de la mención de Falereo, concluirse una conexión entre la actividad legislativa de los últimos y una nueva delimitación del círculo de actuación de los “νομοφύλακες”. Con ello coincidiría el hecho de que los “νομοφύλακες” atenienses no aparecen en ninguna parte en las obras de historia y discursos conservados, y de que Harpocración (en la entrada “νομοφύλακες”) puede certificar su presencia por primera vez en discursos perdidos de Dinarco, por lo tanto en la época de Falereo. No se puede perder de vista esta circunstancia al juzgar el debate sobre la interpretación del κατὰ τὸν Φαληρέα, en aquel pasaje de Pollux y en otro, 8, 153: “χίλιοι κατὰ μὲν τὸν Σόλωνα τὰς εἰσαγγελίας ἔκρινον, κατὰ δὲ τὸν Φαληρέα καὶ πρὸς πεντακόσιοι (compárese *Lexicon rhetoricum Cantabrigense*, en la entrada ‘εἰσαγγελία· εἰσήγγελον, ὡς δὲ πε Δημήτριος ὁ Φαληρεύς, χιλίων πεντακοσίων)”. Un experto como Joachim Kühnius (en la edición de Pollux de Hemsterhusius) creía que, de la misma manera que “κατὰ τὸν Σόλωνα” solo podía designar las leyes de Solón, el “κατὰ τὸν Φαληρέα” significaría las modificaciones legales promovidas por Demetrio. Luzac por el contrario (*De Socrate cive*, p. 111) solo quería ver en ello una cita de la obra en 5 volúmenes de Demetrio Falereo “περὶ τῆς Ἀθήνησι νομοθεσίας” [*Sobre la legislación de Atenas*, V. A.], (Diógenes Laercio 5, 80, y Harpocración p. 225 en Bekker), en la cual no se concreta cuándo, y a través de quién, se había introducido la modificación legal. Defiende esta misma interpretación —al parecer sin acordarse de Luzac—, Moritz Hermann Meier, en su edición del *Lexicon rhetoricum Cantabrigense (Hallische Programme* de 1843 y 1844), en la entrada “εἰσαγγελία” [“denuncia”, V. A.]. Pero como no se puede certificar la existencia de los “νομοφύλακες” atenienses como autoridades antes de la época de Falereo, es completamente verosímil, aun cuando con las palabras “κατὰ τὸν Φαληρέα” solo se haga referencia a su obra “περὶ τῆς Ἀθήνησι νομοθεσίας”, que en la misma sean propuestas, o debatidas posteriormente, las modificaciones legislativas correspondientes. De hecho ya el título “περὶ τῆς Ἀθήνησι νομοθεσίας” parece aludir al hecho de que la obra —al contrario acaso de los frecuentes escritos “περὶ νόμων” [*Sobre las leyes*, V. A.], de las cuales compuso también uno Demetrio (Diógenes Laercio 5, 80)— no era una simple colección propia de eruditos, o un debate filosófico, sino que la misma perseguía el objetivo práctico de presentar ante el público ateniense y heleno la utilidad de las modificaciones legales introducidas por Demetrio. Usener (*Rheinisches Museum* 25, 590) ha comprobado una relación similar entre el escrito de Arquino sobre los sonidos y su propuesta de introducir el alfabeto jonio. Lo dicho arriba sobre los “νομοφύλακες” respecto del nombre introducido en la época de Efilates, se basa en la aportación de Filócoro (*Lexicon rhetoricum Cantabrigense*, véase arriba “νομοφύλακες”).

Las controversias más recientes sobre los “*nomoflaques*” están resumidas en el *Staatsalterthümer* de Hermann, § 160, 3, p. 615 de la quinta edición.